

EQUINOCCIO

REVISTA DE PSICOTERAPIA PSICOANALÍTICA

# CLÍNICA DE LAS VIOLENCIAS

TOMO I

N.º 1

2020

EQUINOCCIO



asociación  
uruguaya  
de psicoterapia  
psicoanalítica

instituto  
universitario  
de postgrado  
de audepp

**Comisión Directiva de la AUDEPP**  
**Período 2019-2021**

Presidente: Lic. Psic. Germán Somma  
Vicepresidente: Lic. Psic. Miguel Carbajal  
Secretaria: Lic. Psic. Mariana Pisano  
Prosecretaria: Lic. Psic. Laura Puig  
Tesorero: Lic. Psic. Daniel Pereira  
Protesorero: Psic. Ana Blanco  
Vocal: Lic. Psic. Sandra Borges

**Decana del IUPA**

Mag. P a Correas

**Comisión de Publicaciones**  
**de la AUDEPP**

Psic. Luis Correa Aydo (coordinador)  
Lic. Psic. María Elisa Domínguez  
Lic. Psic. Cristina Rodríguez Rega  
Lic. Psic. Irina Ripoll  
Mag. Psic. Mauricio Clavero Lerena





EQUINOCCIO  
REVISTA DE PSICOTERAPIA PSICOANALÍTICA

# CLÍNICA DE LAS VIOLENCIAS

TOMO I  
N.º 1  
2020

EQUINOCCIO 



asociación  
uruguaya  
de psicoterapia  
psicoanalítica

instituto  
universitario  
de postgrado  
de audepp

**Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica**

es una publicación de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica

Dirección: Canelones 2208, 11200, Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: [contacto@audepp.org](mailto:contacto@audepp.org)

Teléfono: (+598) 2408 4985

Fax: (+598) 2402 2066

**Edición y corrección:** Florencia Eastman Ruegger

**Diseño y diagramación:** Andrea Natero Felipe

**Corrección en inglés:** Natalia Milán

ISSN: 2730-4833

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*

## NOTA EDITORIAL

Con esta edición de la revista de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP) iniciamos una nueva etapa. Lo hacemos intentando recoger lo mejor de la rica historia de nuestra publicación y, a la vez, dando un paso hacia la actualización y mejora de la revista, para acompañarla a las exigencias actuales en el mundo de las publicaciones científicas y, en el mismo sentido, para transformarla definitivamente en el órgano de difusión académica del Instituto Universitario de Postgrado de la asociación (IUPA).

Como una manera de simbolizar esta nueva etapa, la revista llevará un nombre que la identifique: *Equinoccio*. Esta denominación puede remitir a varios significados. En lo concreto, significa que saldrá dos veces por año. Con una intención más metafórica, hace pensar en luces y sombras, equilibrios dinámicos y transformaciones en las que, desde muy antiguo, la humanidad ha reparado, advirtiendo las regularidades de la naturaleza, lo que la ha llevado, entre otras cosas, a producir ciencia. El psicoanálisis nace con la intención de entender los conflictos subjetivos: comprender las luces y las sombras interiores, en un combate del que no cabe esperar un desenlace definitivo. Por supuesto que la revista mantiene también la denominación descriptiva de siempre —*Revista de psicoterapia psicoanalítica*—, porque lo sigue siendo: un espacio para la producción y el intercambio entre psicoterapeutas, dirigido especialmente a los socios de la institución, pero abierto también al diálogo con otros colegas y otras disciplinas. También mantendremos en esta nueva etapa el criterio ya

instituido por las comisiones de publicaciones anteriores de que la selección de los artículos centrales esté sometida a las normas de arbitraje que son de uso para publicaciones científicas de referencia internacional.

En cuanto a los contenidos, cada número tendrá un tema central, elegido en función de los lineamientos científicos que la institución en su conjunto vaya definiendo. Se realizará para cada número una convocatoria abierta para la presentación de los artículos que integrarán dicha publicación. La selección entre los presentados se realizará siguiendo las sugerencias del arbitraje.

En este primer número, cuyo tema central es «Clínica de las violencias», los artículos que constituyen el «Núcleo temático» son reformulaciones de algunos trabajos presentados al VI Congreso de la AUDEPP (X de FLAPPSIP). Se trata de aportes seleccionados para ese congreso por un comité científico, que los evaluó con criterios análogos a los definidos en nuestras normas de arbitraje entre pares. El lector encontrará en esta selección un criterio de pluralidades: nombres nuevos y muy conocidos en la AUDEPP, textos que revisitan clásicos y aportes muy recientes, enfoques desde la clínica y desde la perspectiva social y, en fin, un intento por reflejar lo que la institución, desde sus orígenes, se ha propuesto en relación a la vigencia y la potencialidad del psicoanálisis.

Asimismo, tendremos a partir de ahora un espacio denominado «Relecturas», destinado a la publicación de textos ya editados por nuestra revista o provenientes de otras fuentes, que pongan en perspectiva histórica la mirada sobre la temática central. En esta oportunidad reeditamos un trabajo de 1995 sobre los efectos de la Ley de Caducidad. Veinticinco años después interesa repensar el impacto sobre la convivencia social que tuvo la implantación de esa norma.

Otra novedad que llevaremos adelante es un espacio de informes sobre trabajos de investigación en curso o culminadas, titulado «Avances de investigación». Desde el comienzo, la producción teórica del psicoanálisis

ha tenido dos alas complementarias: la especulativo-ensayística y la clínico-investigativa. El progreso de los métodos de investigación en las disciplinas sociales ha significado un desafío para el cual la institucionalidad psicoanalítica no siempre ha estado bien preparada. La AUDEPP toda, y el IUPA en especial, a través de su carrera de magíster, viene intentando superar falsas contradicciones y contribuir a una ampliación del saber psicoanalítico con base en la evidencia. Es un proceso apasionante en el que queda mucho camino por recorrer antes de encontrar el equilibrio entre las dos corrientes teóricas que señalábamos. En este espacio editorial daremos voz a los procesos de investigación de nuestros socios y magísteres en formación. Lo iniciamos con una síntesis de la primera tesis de maestría defendida en el IUPA.

Los lectores encontrarán también otras secciones, que aspiramos a mantener en futuros números. Una de ellas es el espacio de «Conversaciones». La entrevista a expertos o personas relevantes en una actividad es un género ideal para ocuparse con frescura y seriedad de temas emergentes. Tiene las reglas del diálogo interpersonal, pero se lleva adelante para un público amplio. Permite ver desde otro ángulo a los entrevistados cuando previamente los hemos conocido solo a través de sus publicaciones. A veces, ante una pregunta que logra traspasar lo consabido, podemos asistir al proceso de pensamiento del entrevistado y tener, así, un atisbo sobre cómo se elaboran sus postulaciones. Esperamos haber logrado algo de eso en la entrevista que presentamos en este número.

También incluimos un espacio de «Reseñas bibliográficas». Lo pensamos como uno de los servicios que una revista científica debe brindar a sus lectores: acercarles información sobre algunas posibles ampliaciones bibliográficas de la temática tratada en cada número. Ante la vastedad de las lecturas posibles, multiplicada hoy por los recursos digitales, es bueno que quienes han leído y valorado algún texto sobre el tema orienten a sus colegas para seguir investigando.

Un último punto en esta presentación editorial se refiere justamente al recién aludido universo de lo digital. No nos corresponde hacer profecías sobre el futuro del libro en papel, pero es indudable que una gran parte del acceso a la información se cumple hoy en día a través de internet. Como es un universo complejo en el que coexisten todo tipo de publicaciones de desigual interés y valor, los intelectuales de este tiempo debemos aprender dónde y cómo se puede acceder a información de calidad. Por lo dicho, aspiramos a colocar a *Equinoccio* en los portales de recuperación de textos científicos más prestigiosos. Para ello debemos cumplir con ciertos requisitos. Uno de ellos es la periodicidad, pero hay otros que demandarán esfuerzo y adecuación de todos los socios y futuros colaboradores de la revista. El objetivo es que los valiosos aportes que se han publicado en el pasado y se publicarán en el futuro no duerman entre páginas que amarillean a la espera de un lector que tal vez no llegue nunca. La web permite hoy que, en cualquier momento y desde cualquier lugar del mundo, un lector interesado —terapeuta, académico o investigador— acceda a los aportes que, para un psicoanálisis con vocación de futuro, han nacido entre nosotros. Vale la pena este esfuerzo de *aggiornamento*, porque estamos convencidos de que nuestra producción científica merece que se la tome en cuenta, lo cual hoy no es del todo posible sin accesibilidad digital.

En esta área y en todas las que integran nuestro plan editorial apostamos a seguir trabajando en el futuro, recogiendo también las sugerencias que los lectores nos quieran hacer llegar.

Comisión de Publicaciones de la AUDEPP

# ÍNDICE

<b>1. NÚCLEO TEMÁTICO</b> .....	<b>11</b>
D. W. Winnicott: Lo positivo de la agresividad y el odio en el desarrollo temprano y en el tratamiento	
<i>Adriana Anfusso y Laura de Souza</i> .....	13
«Sí, pero yo no soy cagón...». Cuando la agresión está al servicio de la autopreservación	
<i>María Eugenia Noble</i> .....	27
Efecto en la subjetivación de adolescentes en conflicto con la ley penal que participan en programas de prevención secundaria y terciaria	
<i>Silvana Contino</i> .....	39
Los destinos del objeto	
<i>Bettina Miglierina</i> .....	55
Neogénesis: un modo de abordaje de lo traumático	
<i>Magdalena Lema y Silvia Tejería</i> .....	67
Infancias trans. Interpelaciones en la figura del psicoanalista	
<i>Mauricio Clavero</i> .....	79
<b>2. RELECTURAS</b> .....	<b>101</b>
Las palabras no entienden lo que pasa...	
<i>Elsa Leone</i> .....	103
<b>3. AVANCES DE INVESTIGACIÓN</b> .....	<b>115</b>
Psicoterapia en instituciones de salud con adolescentes con intento de autoeliminación	
<i>María José Morales</i> .....	117
<b>4. CONVERSACIONES</b> .....	<b>133</b>
¿Qué podemos aprender de la violencia política y social de Chile?	
Conversación con Lorena Biason	
<i>Luis Correa, por la Comisión de Publicaciones de la AUDEPP</i> .....	135
<b>5. RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS</b> .....	<b>161</b>
Huellas del menosprecio. Adolescentes privados de libertad y desarrollo humano (de Santiago Abadie Vicens)	
<i>Martín Núñez</i> .....	163
Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia (de Ricardo Rodulfo)	
<i>Adriana Anfusso</i> .....	169
<b>NORMAS DE PUBLICACIÓN Y ARBITRAJE</b> .....	<b>177</b>



# NÚCLEO TEMÁTICO

1



D. W. WINNICOTT:  
LO POSITIVO DE LA AGRESIVIDAD  
Y EL ODIO EN EL DESARROLLO  
TEMPRANO Y EN EL TRATAMIENTO

**Adriana Anfusso**

Licenciada en Psicología de la UDELAR

Miembro Habilitante de la AUDEPP

Profesora adjunta del IUPA

Miembro del Board Latinoamericano de los Encuentros Winnicott

Correo electrónico: [adriana.anfusso@gmail.com](mailto:adriana.anfusso@gmail.com)

ORCID: 0000-0002-8744-432X

**Laura de Souza**

Licenciada en Psicología de la UCU

Miembro Habilitante de la AUDEPP

Profesora titular del IUPA

Miembro del Board Latinoamericano de los Encuentros Winnicott

Correo electrónico: [ldesouza.56@gmail.com](mailto:ldesouza.56@gmail.com)

ORCID: 0000-0003-3189-7677

## Resumen

El objetivo de este trabajo es explorar los aspectos positivos y negativos de la agresividad, el odio y sus derivados tal como aparecen en la obra de Winnicott. Examinaremos su origen y naturaleza, sus opuestos y algunos conceptos que les son afines. También consideraremos la ineludible influencia que este autor les atribuye en el desarrollo humano y en la psicoterapia psicoanalítica de pacientes que sufrieron traumas tempranos y agonías primitivas en las primeras etapas de su vida.

**Palabras clave:** agresividad, odio, desarrollo, terapia psicoanalítica

## D. W. WINNICOTT: THE POSITIVE ASPECTS OF AGGRESSIVENESS AND HATE IN EARLY DEVELOPMENT AND IN TREATMENT

### Abstract

Our aim is to explore the positive and negative aspects of aggressiveness, hate and its derivatives that are present in Winnicott's work. We will examine their origin and nature as well as those of some opposite terms and related elements. In addition we will consider the unavoidable influence this author attributes to these aspects in human development and in the psychoanalytical treatment of patients that experienced early traumas and primitive agonies in the first stages of life.

**Keywords:** aggressiveness, hate, development, psychological therapy

El odio es uno de los *malos sentimientos* que solemos experimentar, aunque en general nos es difícil aceptarlo como propio. La moral lo ha vuelto un concepto no demasiado relevante, incómodo y bastante mal visto en general y por cada uno de nosotros, tengamos o no formación religiosa.

En este artículo nos cuestionamos acerca del odio, uno de los derivados de la agresividad que suele incluirse dentro de la categoría de esos *malos sentimientos*. Nuestra intención es examinar su naturaleza y origen, sus opuestos, algunos conceptos que le son afines y las funciones que se le asignan en ciertos desarrollos de la teoría y la técnica psicoanalítica.

Nos referimos a los aportes de Donald Woods Winnicott, autor que mostró profundo interés por estos temas a lo largo de toda su vida y que produjo una serie de trabajos importantes, si bien complejos, al respecto. Entre sus producciones más conocidas se cuentan *La agresión y sus raíces*, de 1939, *El odio en la contratransferencia*, de 1947, *La contratransferencia*, de 1960, *Agresión, culpa y reparación*, de 1960, y *El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones*, de 1968. En ellas reserva un sitio particularmente destacado para la agresividad y el odio, a los que reivindica con sólidos y reiterados argumentos y les adjudica un lugar positivo e insoslayable en la vida y en el psicoanálisis, en la salud y en la patología.

Winnicott es hoy uno de los pensadores psicoanalíticos más valorados en Occidente. Se trata de un siempre agudo teórico y clínico que inevitablemente provoca divergencias cuando se lo trata de categorizar. Es posible reconocer su sensatez y respeto hacia las verdades instaladas, pero casi en simultáneo se lo advierte confrontando, desobedeciendo, incluso provocando al *statu quo*. Por ejemplo, por 1947, época en la que se

pregonaban con firmeza los valores de la neutralidad y la abstinencia, Winnicott eligió un título casi desafiante para uno de sus artículos. Nos referimos a su bien conocido texto *El odio en la contratransferencia*. El pensamiento paradójico y complejo es una marca que lo distingue permanentemente y que está presente en toda su obra y más visiblemente en sus teorizaciones en torno a la agresividad y el odio, que siguen pres-tándose, hoy como ayer, a discusiones nunca clausuradas.

Con su planteo dialéctico, Winnicott superó las dicotomías —que él siempre consideró falsas— entre sujeto y objeto, individuo y sociedad, heredado y adquirido, fantasía y realidad... Su particular forma de ver las cosas le exigía interrelacionar áreas y conceptos hasta ese momento clivados. Así es que propuso al psicoanálisis complementar el examen del individuo como un aislado con el examen de un nuevo objeto de estudio, también paradójico y complejo: la unidad dual individuo-ambiente, cuya primera versión es la díada madre-bebé, a la que luego sumó la dupla paciente-terapeuta.

Para empezar, consignamos que muy tempranamente Winnicott (1990a) advierte que

Basta observar al ser humano adulto, al niño o al bebé, para comprobar que el amor y el odio existen en ellos. [...] De todas las tendencias humanas, la agresividad, en particular, está oculta, disfrazada, desviada, se la atribuye a factores externos y cuando aparece siempre resulta difícil rastrear sus orígenes. (p. 104)

Winnicott revisó ampliamente las versiones de Sigmund Freud (1991) y Melanie Klein (1980) acerca de la agresividad y el odio. Lo hizo particularmente a partir de su experiencia con pacientes llamados *graves* o *inalizables*, de donde surgió su personal idea de que, particularmente en esos casos, es posible concebir un cierto paralelismo entre la crianza y el

tratamiento terapéutico. De allí también nació su visión de la agresividad y el odio como ingredientes insoslayables de la naturaleza humana, a la que aportan elementos positivos que Winnicott se esforzó por señalar y describir pese a la postura oficial adversa del psicoanálisis de su época. Con esta y muchas otras propuestas innovadoras, Winnicott contribuyó de forma importante a los significativos procesos de cambio que empezaron a darse en la teoría y en la práctica psicoanalíticas ya a mediados del siglo xx, cambios que continúan hasta el momento actual y que seguirán dándose en tanto nuestra disciplina se mantenga realmente viva.

A continuación, examinaremos con atención qué pasa con el odio en el desarrollo normal y en el proceso terapéutico de casos considerados *difíciles*, dos áreas que Winnicott visualiza con ciertos paralelismos y entrelazamientos. Es en base a elementos teóricos y ejemplos clínicos que justifica el papel protagónico y positivo que asigna a la agresividad y al odio, y que le interesa destacar (Winnicott, 1991c).

Discrepa con la clásica propuesta dualista que opone al instinto de vida el instinto de muerte, planteados ambos como de carácter innato, propuesta que él asocia con el concepto de *pecado original* que siempre rechazó terminantemente. Para dar cuenta de los orígenes de la agresividad y desde una postura monista, Winnicott (1991c) postula, en cambio, una fuerza vital inicial constructivo-destructiva a la que también se refiere con los términos paradójales de amor-discordia, amor-lucha o amor-odio. Tal fuerza vital —al igual que el viento, el agua o el fuego— conlleva posibilidades constructivas, creativas y provechosas, junto a otras destructivas, devastadoras, negativas. Interesa destacar que cuando observa al recién nacido la reconoce en su voracidad y en su irrefrenable tendencia al movimiento.

Winnicott (1991c) considera al movimiento como expresión de vida, por lo que sostiene que un bebé que patea, grita, araña o muerde no lo hace en base a su agresividad innata, sino porque está vivo y ejercita sus

funciones. Plantea que la forma más primitiva de amor incluye naturalmente lo agresivo, pero aclara que en esos tiempos se trata de un amor *precruel*, aparentemente despiadado o incompasivo y que potencialmente puede causar daño, aunque no lo impulsa intención agresiva alguna. Entre otras cosas, porque un bebé inmaduro no está en condiciones de concebir un blanco al que apuntar. Deberá recorrer un buen trecho para alcanzar la discriminación, el concepto de exterioridad y la noción de un otro a quien agredir.

Según Winnicott (1991b, 1999b), el odio recién aparece cuando culmina la primera etapa del desarrollo, cuando el infante abandona la dependencia absoluta y supera la vivencia de omnipotencia absoluta, que según el autor se extiende hasta cerca del primer año de vida. Poco a poco, el *infans* va adquiriendo grados cada vez mayores, aunque nunca absolutos, de independencia. Su voracidad (*mouth-love*), hasta entonces concebida por él como todopoderosa, encuentra un límite cuando, una y otra vez, el pecho que cree haber vaciado absolutamente reaparece lleno de leche. Al sobrevivir incólume, ese *pecho volvedor* se convierte en el primer *tú* del bebé, da entrada a la primera noción de lo que no forma parte del todo grandioso, con poderes mágicos, que el bebé cree ser. Winnicott pone el nombre de *not-me* a esta nueva categoría de objetos y eventos que el bebé empieza a reconocer.

Las traducciones de la obra de Winnicott que conocemos no trasladan al español la diferencia teórica entre *not-me* y *not-I*. Ambas se homologan erróneamente en un *no-yo*, pero lo cierto es que con el giro *not-me* Winnicott introduce el antecedente evolutivo de lo *not-I*. Lo *not-me* corresponde al período en el que el bebé empieza a salir de la etapa de dependencia absoluta, cuando la vivencia de fusión y de omnipotencia comienza a desvanecerse; es decir, al pasaje de la dependencia absoluta a la dependencia relativa. Si bien muchas situaciones se siguen resolviendo exactamente a la manera del bebé gracias al manejo suficientemente

bueno de quienes lo cuidan, que responden haciendo caso exactamente a sus necesidades, el bebé empieza a captar que algunos hechos, objetos o situaciones se le resisten, parecen tener vida propia e independiente de él. Sería el caso del *pecho volvedor* que recién planteamos. Todo eso que percibe como *rebelde* sería colocado por el bebé dentro de la categoría de lo *not-me*, que empieza a constituirse y a prefigurarse como antecedente de lo *not-I* o *no-yo* propiamente dicho. Se trata de un momento estructurante, previo a ese otro más definitorio aun, en el que se estrenan y adquieren sentido nada menos que lo interno y lo externo, y en que se instalan las nociones del *yo*, del *otro*, del *tú*...

Al conformarse los espacios diferenciados de lo interno y lo externo, el niño pequeño puede también empezar a distinguir y separar la realidad fáctica de la realidad propia de la fantasía.

Las ideas y la conducta agresivas adquieren un valor positivo comparadas con la destrucción mágica, en tanto que el odio se transforma en una señal de civilización. (Winnicott, 1990b, p. 120)

Con el tiempo [...] los bebés adquieren el impulso de morder. Esto marca el comienzo de algo muy importante, que pertenece al área de la crueldad, el impulso o el uso de objetos desprotegidos. [...] tarea de las madres es protegerse sin tomar represalias ni vengarse [...], sobrevivir [...]. Si ella sobrevive el bebé hallará un nuevo significado para la palabra amor, y en su vida aparecerá algo nuevo, que es la fantasía. Es como si ahora el bebé pudiese decirle a su madre: «Te quiero porque has sobrevivido a mis intentos de destruirte. En mis sueños y en mi fantasía te destruyo cada vez que pienso en ti, porque te quiero». Esto es lo que objetiviza a la madre, la sitúa en un mundo que no es parte del bebé y la torna útil. (Winnicott, 1989, p. 51)

Integrando su experiencia pediátrica y psicoanalítica, Winnicott (1990b) afirma: «Los bebés no recuerdan haber recibido un sostén adecuado: lo que recuerdan es la experiencia traumática de no haberlo recibido» (p. 87). Considera que los bebés que han resultado traumatizados por haber sufrido rupturas excesivas de la continuidad de su existencia en épocas tempranas experimentan lo que ha dado en llamar *angustias* o *agonías impensables*, producto del derrumbamiento de su precario yo en construcción (Winnicott, 1991a). Estas angustias son homólogas a la sensación de fragmentarse en mil pedazos, de caer para siempre y nunca dejar de caer, de perder absolutamente la conexión con el cuerpo u otras situaciones equivalentes. Los adultos que han pasado por estas circunstancias y luego consultan suelen armar en los consultorios reediciones esperanzadas de aquellas fallas traumáticas originarias, reediciones que vendrán acompañadas de ataques al encuadre de todo tipo a los que el analista deberá *sobrevivir*. El terapeuta que *sobrevive* es el que permanece en su función sin mayores cambios, se mantiene lo más parecido a sí mismo que le es posible y no toma represalias. Solo así se puede promover la cura y auspiciar lo que Winnicott (1999c) considera un nuevo comienzo que destrabará el desarrollo detenido o desviado originado por *fallas* tempranas de quienes cumplían las funciones parentales. El bebé debió *reaccionar*, renunciar a sus respuestas espontáneas para *encajar* en el lecho de Procusto que le ofrecieron cuidadores que no fueron capaces de adivinar sus necesidades. La adaptación, el sometimiento y las defensas *falso self* remplazaron desde entonces la espontaneidad propia de la conducta que define a la infancia normal.

Winnicott (1993a) reconoce que en la práctica clínica se dan situaciones en las que el rol profesional se ve alterado debido a la emergencia de aspectos personales del analista de difícil manejo, como eventuales sentimientos de odio. En tales casos, tanto Winnicott como Margaret Little consideran de suma importancia que el analista acepte el surgimiento de

esas reacciones imprevisibles, de origen consciente o inconsciente, que a menudo responden al impacto que producen en él actitudes inesperadas o regresivas de los pacientes (Little, 1995). Así es que se populariza el concepto de *respuesta total del analista* (R) acuñado por Little en 1957, que era colega y paciente de Winnicott, quien valora y hace suya tal denominación. Esta R incluye «todo lo que el analista hace, piensa, imagina, sueña o siente en relación a su paciente, a lo largo de todo el análisis» (Little, 2017, pp. 215-216). Winnicott y Little acuerdan en cuanto a que la neutralidad no solo es imposible de sostener, sino que además no resulta deseable. Conciben al analista como alguien fuertemente comprometido con su trabajo y con su paciente, e inevitablemente atravesado por las múltiples y variadas complejidades propias de su irrenunciable subjetividad. Esta subjetividad solo se podrá controlar muy parcialmente, por más y mejor analizado que se esté, y además incluye, obviamente, agresividad y odio latentes, que inevitablemente aflorarán cada tanto con mayor o menor visibilidad y fuerza. En tales casos, el analista tendrá que hacerse cargo de ello, reconocerlo e incluso disculparse.

En todo análisis son inevitables ciertas *fallas* del analista. Carece de importancia que estas sean reales, fantaseadas o atribuidas y proyectadas en el analista por el paciente. No importa si es justa la atribución o si el paciente adjudica esa *falla* equivocadamente, porque en ambos casos la situación es vivida por ese paciente como absolutamente real, ya que hay momentos en que realidad y fantasía se confunden. El paso siguiente es que el terapeuta integre el tema en la sesión para ofrecer la oportunidad de trabajar en torno a la coexistencia de distintas *verdades* que dependen de la subjetividad de cada uno y que hay que aprender a reconocer, tolerar y respetar. Una actitud tal del terapeuta permite al paciente revivir y reubicar la perspectiva de aquella vivencia traumática que fue parte de lo *sabido no pensado* (Bollas, 1991) y que afectó su desarrollo desde su primera infancia. Aspectos que el paciente concebía como incambiables

e inherentes a su ser dejan de serlo y pasan a ser considerados como el producto de algo de *naturaleza externa*. Podrá entonces atribuirlo a una respuesta inadecuada del medio a sus *necesidades*, que modificó y perturbó profundamente su existencia, y no a su enfermedad o a su fatídico destino. La nueva versión de aquel desgraciado hecho del pasado en el tratamiento hará surgir en él algo que recién ahora puede identificar como *odio*, un odio justificado o razonable. El odio justificado irá dirigido a otro, el terapeuta, quien lo tolera, no responde con la misma moneda y le demuestra que ese odio no es arrasador, ya que puede *sobrevivir* a él y mantenerse incambiado (Winnicott, 1993a, 1993b, 1999a).

Después de experiencias de este tipo se instala definitivamente en cualquier paciente una clara discriminación, antes no totalmente alcanzada, entre lo de adentro y lo de afuera, entre lo yo y lo no-yo, entre el yo y el tú. Surgirán también dos nuevos ámbitos bien diferenciados: el de la fantasía —una realidad de carácter íntimo y muy personal— y el de la objetividad —una realidad distinta, de carácter predominantemente compartido—. Si este proceso no tiene lugar, el resultado es la retraumatización del paciente, quien reaccionará como lo hizo originalmente, con defensas *falso self*. Este es un resultado iatrogénico indeseable que genera la pérdida de la autenticidad, de la espontaneidad y del gusto por la vida. Predominará en el paciente la sumisión, el acatamiento a lo socialmente aceptable y, en definitiva, una adaptabilidad que traiciona la mismidad y se parece a una «muerte en vida» (Winnicott, 1993a).

Para terminar, compartimos algunos versos del poema *Relaciones*, de Little (2017, pp. 305-307). Ellos sintetizan en clave poética algo de lo que nos interesó plantear y compartir en este trabajo: la presencia inevitable en cada uno de nosotros de montos variables de odio y agresividad y su cualidad alternante y complementaria con el amor. Este todo complejo resuena poderosamente en la voz de la autora, una psicoanalista y paciente fuera de serie:

Nuestros ritmos de amor y odio  
están descoordinados.  
Por eso cada uno molesta al otro, aunque amamos.  
[...]  
Entonces, aquí y allá, los dos son uno.  
Y aquí y allá cada uno es dos;  
[...]  
Un frenesí alternante  
[...]  
De acción, interacción y reacción.  
Nuevas fuerzas nacen y florecen:  
nace un nuevo fuego, risas y lágrimas,  
una nueva creación y nacimiento.

Margaret Little

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOLLAS, C. (1991). *La sombra del objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- FREUD, S. (1991). Más allá del principio del placer. En *Obras completas* (vol. XVIII, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- LITTLE, M. (1995). *Relato de mi análisis con Winnicott. Angustia psicótica y contención* [1985]. Buenos Aires: Lugar Editorial.

- LITTLE, M. (2017). «R». La respuesta total del analista a las necesidades del paciente. En R. Rojas y L. Tuane (trads.), *Transferencia neurótica y transferencia psicótica* (pp.95-134) [1957]. Santiago de Chile: Pólvora.
- WINNICOTT, D. W. (1989). *Los bebés y sus madres* [1987]. Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1990a). La agresión y sus raíces [1939]. En *Deprivación y delincuencia* (pp.104-112). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1990b). Las raíces de la agresión [1964]. En *Deprivación y delincuencia* (pp.113-120). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1991a). El miedo al derrumbe [1963]. En C. Winnicott, R. Shepherd y M. Davis (comps.), *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp.111-121). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1991b). El uso del objeto y el relacionarse mediante identificaciones [1968]. En C. Winnicott, R. Shepherd y M. Davis (comps.), *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp.263-273). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1991c). El uso del objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta [1969]. En C. Winnicott, R. Shepherd y M. Davis M (comps.), *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp.287-293). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1993a). La contratransferencia [1960]. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (pp.207-216). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1993b). Análisis de los fines de la guerra. En *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista* (pp.243-244). Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1999a). El odio en la contratransferencia [1947]. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp.263-274). Buenos Aires: Paidós.

WINNICOTT, D. W. (1999b). La agresión en relación con el desarrollo emocional [1950]. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp.275-293). Buenos Aires: Paidós.

WINNICOTT, D. W. (1999c). Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico [1954]. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp.371-390). Buenos Aires: Paidós.



«SÍ, PERO YO NO SOY CAGÓN...».  
CUANDO LA AGRESIÓN  
ESTÁ AL SERVICIO  
DE LA AUTOPRESERVACIÓN

**María Eugenia Noble**

Licenciada en Psicología de la UDELAR

Especialista en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA

Miembro de la AUDEPP

Correo electrónico: [ma.eugenianoble@gmail.com](mailto:ma.eugenianoble@gmail.com)

ORCID: 0000-0002-4419-1529

## Resumen

El presente trabajo pretende dar cuenta de algunas líneas de reflexión habilitadas por el seminario *La construcción del sujeto ético*, de Silvia Bleichmar, como recurso para pensar un fenómeno de frecuencia y complejidad llamativas, que surge de la experiencia profesional en territorio en un centro educativo de enseñanza secundaria pública. Estas son las peleas entre pares, en las que se puede observar la figura del «cagón» o «cagona» como rasgo identitario a ser evitado a toda costa y como significante presente en la cotidianidad.

Se articulan las nociones de Bleichmar en relación a la autopreservación identitaria con los desarrollos de Jacques Derrida a propósito de los «nuevos teatros de la crueldad». También con los de Emmanuel Levinas sobre el movimiento yoico que requiere el reconocimiento del semejante desde una postura ética, según la pregunta: ¿cómo lograr esta distensión del ser, de algún rasgo instalado en el yo, cuando la autopreservación brinda un medio para ser que es valorado en el entorno, a veces el único? Se hace énfasis en que el discurso que transmite la condición de semejante es ideológico, para reflexionar acerca de las responsabilidades y los estatutos de la agresión y la violencia.

**Palabras clave:** agresión, identidad, subjetividad, vulnerabilidad

## “OKAY, BUT I'M NOT A WIMP..”

### WHEN AGGRESSION IS AT THE SERVICE OF SELF-PRESERVATION

#### Abstract

The present work aims to give an account of some lines of thought enabled by the seminar “The construction of the ethical subject”, presented by Silvia Bleichmar as a resource to think about a phenomenon of striking frequency and complexity, which arises from the professional experience on the ground of a public secondary education center. These are fights among peers, in which we can see the figure of the “wimp” as an identity trait to be avoided at all costs and as a significant reality in everyday life.

Silvia Bleichmar’s notions are articulated in relation to identity self-preservation with Derrida’s developments regarding the “new theaters of cruelty” and with those of Emmanuel Levinas about the ego movement that requires the acknowledgment of the other from an ethical position, following the question: How to achieve a relaxation of the being, of some traits installed within the ego, when self-preservation provides a means of being that is valued in the environment, sometimes the only one? It is emphasized that the discourse that conveys the status of equality is ideological, to reflect on the responsibilities and statutes of aggression and violence.

**Keywords:** aggression, identity, subjectivity, vulnerability

## EL ACONTECIMIENTO DE SER

La palabra *ser* tiene una forma verbal que debería significar en principio un hacer o una historia. En efecto, la forma verbal de la palabra *ser* no expresa sustantivos, expresa advenimiento, el hecho mismo o el acontecimiento de ser; dice que en el ser nos jugamos ser, conservamos, que hay en él una obstinación y un esfuerzo por ser, como si en el hecho de ser resonase de algún modo, de forma amenazadora, una especie de inolvidable primacía del no-ser contra la que el ser habría de luchar.

Emmanuel Levinas (2001, p. 249)

A través del presente trabajo intentaré dar cuenta de algunas líneas de reflexión habilitadas por la lectura y el intercambio grupal (AUDEPP, 2018) del seminario *La construcción del sujeto ético*, de Silvia Bleichmar (2006), como recurso para pensar un fenómeno de frecuencia y complejidad llamativas, que surge de la experiencia profesional en territorio en un centro educativo de enseñanza secundaria pública, en una zona marcada por la marginación y la pobreza. Una de las demandas y preocupaciones más frecuentes de la comunidad educativa consiste en las peleas entre pares. A través de estas, continuamente se permean dos escenarios, si bien en ambos se construyen legalidades bien diferenciadas: el barrio y el liceo.

Es fundamental destacar que la violencia no deriva ni se encuentra ligada exclusivamente a la pobreza. Siguiendo los planteos de Bleichmar (2016), lo violento sí estaría relacionado con la construcción de la noción de *semejante* y con la impunidad que se vivencia en lo social. Partiendo de esta base, se opone el sujeto disciplinado al sujeto ético y se destaca la imposibilidad de seguir pensando en términos de *puesta de límites*, dado

que el problema, previo y más profundo, radica en las legalidades que constituyen, pautan, restringen y estructuran al sujeto. La clave de dichas legalidades se encuentra en el desdoblamiento del otro, o sea, en la doble función del adulto frente al niño al implantar la sexualidad, por un lado, y, al mismo tiempo, pautar los límites de la apropiación del cuerpo del niño por el adulto. Para ello, es fundamental el clivaje del aparato psíquico del adulto, ya que la inscripción libidinal en el cuerpo del niño se lleva a cabo bajo el ejercicio de los cuidados autoconservativos, acotando su cuerpo como lugar de goce para el adulto. De esta forma, la inscripción de la sexualidad se desarrolla en un marco ético, por la posibilidad de reconocer al otro como sujeto en acciones que tienen que ver con lo libidinal, pero no con lo puramente erógeno. En este punto, Bleichmar (2016) toma a Sigmund Freud (2013) para afirmar que esta posibilidad de desdoblamiento del adulto va a configurar la base de todos los motivos morales en el niño. Entonces, se sitúa, desde esta perspectiva, lo ético previo al Edipo y a la instalación del superyó.

Es de suma importancia la noción que Bleichmar (2016) define como *proyección constitutiva* a partir de la de *imaginación radical*, de Cornelius Castoriadis (1998). Dicha proyección constitutiva está determinada por los enunciados de la cultura, que permiten, justamente, la articulación de las representaciones en el plano imaginario: se piensa que hay algo donde no hay nada, se proyecta en el otro algo que no existe, se produce.

La diferenciación que hace esta autora entre los procesos de producción de subjetividad y los de constitución de psiquismo es fundamental, tanto para pensar las nuevas subjetividades a través del psicoanálisis, como para respetar el lugar de los enunciados sociales y culturales en las formas de pensar, sentir y actuar que tienen los sujetos. En este sentido, al hablar de constitución del psiquismo refiere a los procesos del funcionamiento psíquico, que se sostienen más allá de los cambios históricos, la diferenciación tópica. Mientras que ubica a la producción de subjetividad

«Sí, pero yo no soy cagón...».

Cuando la agresividad está al servicio de la autopreservación

en el terreno de lo político, lo histórico «tiene que ver con el modo con el cual cada sociedad define aquellos criterios que hacen a la posibilidad de construcción de sujetos capaces de ser integrados a su cultura de pertenencia» (Bleichmar, 2010a, p. 33). Las significaciones y la organización discursiva del imaginario social, cómo son o no son los sujetos, cómo deberían ser, y el reconocimiento de ello, surgen de los modos de producción subjetiva articulados con el deseo, lo pulsional y lo narcisista.

Por lo tanto, el discurso que transmite la condición de semejante es ideológico y no puede escapar a los atributos de la cultura. *El otro* como alteridad, el reconocimiento ontológico, solo es posible en presencia del semejante, y esa será la fuente de las premisas morales y las valoraciones ideológicas. La función de introducir legalidad se da desde el otro interiorizado y de allí surge lo que se cuestiona y lo que se habilita. La postura ante la ley no es sinónimo de la ley en sí misma. Se puede aplicar una ley de manera desubjetivada, como abstinencia, o se puede aplicar una ley que humaniza y organiza. Sin embargo, ¿cómo construir una legalidad enmarcada en la ética cuando el lugar de semejante se ha instalado en la experiencia de desauxilio o desde lo persecutorio?

## LA AMENAZA CONTINUA DEL NO SER

Nicolás tenía 16 años.\* Solía, con frecuencia, estar involucrado en peleas realmente intensas. Los motivos consistían en «me miró mal», «está de vivo», «provoca», sin mucha posibilidad de profundizar al respecto

---

\* Es importante aclarar que los nombres que se mencionan en el artículo son ficticios y que lo recogido textualmente es un recorte a modo de viñeta o ilustración que respalda la reflexión teórica. Las expresiones aquí consignadas fueron elegidas entre muchas otras similares habituales en esta población, con independencia de otras características personales que no eran de relevancia para el trabajo.

(tanto los suyos como los de sus distintos *partenaires*, recíprocamente). Comenzamos a trabajar en un espacio individual, atravesado por las posibilidades de trabajo de una institución de este tipo (es muy difícil determinar previamente un contrato con frecuencia definida, ya sea por la asistencia de los estudiantes o por los emergentes continuos y con carácter de urgencia a ser atendidos en una población tan grande). En uno de los últimos encuentros que tuvimos expresó:

Sabés que no me he metido en líos, hace tiempo, ¿viste? Yo te dije una vez que te prometía que no iba a pelear más, con todo lo que hemos hablado..., me di cuenta que estaba pasado, y ta..., no tiene sentido. Bueno, eso sí, yo no voy a buscar más líos, pero, si me buscan, no puedo hacer nada... (Nicolás)

Le pregunté por qué y su respuesta fue: «Claro, yo no busco más líos, pero yo no soy cagón, y como cagón no voy a quedar...».

Jennifer, de 14 años, también asistía a un espacio individual y había estado involucrada en varias peleas que terminaban en golpes. Expresaba:

¿Viste todo lo que hemos hablado de mi familia? Lo que te conté, que antes era buena y me enseñaron a defenderme, tuve que aprender. Es como que ahora ya no me viene eso como antes, ya no quiero pelear más, no me he metido con nadie. Estoy rezando para que ninguna se haga la viva, no puedo quedar como una cagona tampoco. (Jennifer)

El cagón/cagona como rasgo identitario a ser evitado a toda costa es un significante presente en la cotidianidad. Ante la pregunta de qué es ser una cagona o un cagón, qué sucedería si se queda como una cagona o un cagón, siempre surgen las mismas respuestas: «te pasan por arriba», «te agarran de gil», «no te respetan», «te toman el pelo». Y si quiero hilar un

«Sí, pero yo no soy cagón...».

Cuando la agresividad está al servicio de la autopreservación

poco más fino y pregunto más, queda claro siempre que el «te pasan por arriba» o el miedo a la pérdida del respeto no están unidos al miedo de lastimarse el cuerpo o lastimar a otro. No hay conciencia de un posible riesgo biológico, pero sí de un riesgo identitario, grande, que, a pesar del proceso y la elaboración de la historia de vida, del contacto con la agresividad en cada historia, es muy difícil estar dispuesto a correr.

Claramente, este fenómeno se ve complejizado en varones, ya que los ideales de la masculinidad hegemónica requieren su constante demostración, dar prueba de ello.

Tal como afirma Bleichmar (2010b), «El yo queda articulado, en sus enunciados de base, a una red que determina su existencia como tal, y que cuando se rompe hace entrar en naufragio al conjunto del aparato y obliga a defensas extremas» (p. 71). El no poder quedar como cagona/cagón —a pesar de la pérdida de la motivación para estar involucrado, nuevamente, en una pelea— nos ubica en el terreno identitario y, por ende, de la autopreservación de rasgos que fueron instituidos culturalmente, que son valorados en el entorno inmediato y cuya pérdida significaría dejar de ser. La autora diferencia los conceptos de *autoconservación* y *autopreservación* como dos instancias diferentes dentro del yo, constituido como masa representacional. Mientras que la autoconservación tiene que ver con conservar la vida, la autopreservación está unida al resguardo de la identidad, de los conjuntos de enunciados que entran el ser del sujeto (Bleichmar, 2010b).

Parfraseando a Emmanuel Levinas (2001), en estos casos se hace visible la primacía de la amenaza continua del no ser. El autor agrega:

La ética, la solicitud dirigida al ser de quien es diferente de mí mismo [...] sería la distensión correspondiente a esa contracción ontológica expresada por el verbo *ser*, el des-interés que quiebra la obstinación de ser, que inaugura el orden de lo humano. (Levinas, 2001, pp. 249-250)

Entonces, ¿cómo lograr esta distensión del ser, de algún rasgo instalado en el yo, cuando la autopreservación brinda un medio para ser que es valorado en el entorno, a veces el único? Me inclinaría a pensar, a su vez, que este cuestionamiento podría estar complejizado por tres procesos que dificultarían aun más este movimiento identitario. Por un lado, no se trata de un fenómeno ejercido por victimarios a víctimas, sino de un fenómeno recíproco —en mi opinión— ejercido entre víctimas de lo que Jacques Derrida (2010) llamó los «nuevos teatros de la crueldad». En segundo lugar, puede generarse una posible fractura, en momentos de riesgo para la subjetividad, entre los procesos de autoconservación y autopreservación, lo que llevaría, por ejemplo, a optar entre la supervivencia biológica y lo identitario (Bleichmar, 2010b) o bien a exponer el propio cuerpo por no dejar de ser. Y, por último, la ausencia de un proyecto personal, de una promesa de mejora que aliente a la renuncia o a un cambio en el rasgo valorado.

Yo no sé qué me gusta, porque pienso y pienso y a mí no me gusta nada, no quiero hacer nada después, no me veo haciendo algo. Bueno, viste que ni sé si voy a salir del liceo, creo, y otro año ni ahí intento estudiar. Ya fue, no sé qué voy a hacer, andar ahí... (Nicolás)

Solo vos me decís que soy inteligente, ya sé que los otros años me dijiste que podía pasar, yo te decía que no y al final pude. Pero, mirá, tengo todas bajas y, si termino el liceo este año, qué voy a hacer después. Me gustaba peluquería, pero no me voy a poder inscribir porque voy a tener exámenes, y además me dijeron que piden muchos materiales. Así que no, no voy a hacer nada. Seguir en otro liceo ni loca, no me gusta estudiar. Y en mi casa, imagínate, las cosas no van a cambiar nunca más... (Jennifer)

Derrida (2010) considera la crueldad como una especificidad del psicoanálisis, que la concibe como inherente al ser humano. Se puede poner fin a la crueldad sangrienta, a los espectáculos públicos de asesinatos, pero —siguiendo las propuestas de Friedrich Nietzsche y Freud— siempre vendrá a ocupar ese lugar una crueldad psíquica que no cesará de crear nuevos recursos para tal fin. Serían nuevos teatros de la crueldad, a los que además el sujeto se somete voluntariamente (Derrida, 2010). En diálogo con esto, Bleichmar (2016) agrega que es inherente al ser humano tanto la existencia de crueldad como su sofocamiento, problema que tiene que ver, para ella, con el destino de la pulsión. Es por esto que Derrida (2010) afirma que solo el psicoanálisis podría abordar esta temática sin una *coartada*, es decir, sin recurrir a explicaciones dogmáticas y reduccionismos religiosos o a causalismos biológicos.

El desauxilio, el sentimiento de soledad, la indiferencia, constituyen formas de crueldad no sangrienta a las que estas y estos jóvenes han estado expuestos. Se entiende a la crueldad como un modo de relación al otro que va tomando diferentes formas en la cultura y puede tener predominio de agresividad, de sadismo o —como se mencionaba— de desauxilio. Por lo tanto, quizá el desafío mayor consistiría en encontrar un movimiento sin quedar tomados por la justificación que da lugar a la impunidad, pero sin confundirse sobre quiénes son y han sido los verdaderos agresores. Corresponde preguntarse qué sucede en estos casos con la noción de *semejante* y con la de *alteridad*, cuando, justamente, el planteo consiste en prescindir de un otro, otro que, además, me puede «pasar por arriba», «agarrar de gil», «no respetarme». Seguir atribuyendo los fenómenos sociales que se mencionan anteriormente o bien el incremento de distintos ejercicios de crueldad, agresión o criminalidad a la pulsión de muerte como un determinante ontológico, filosófico o biológico, puede ser pensado como recurrir a una *coartada*, en términos de Derrida (2010).

Se trata, en todo caso, de comprender de qué manera opera la pulsión de muerte en los distintos fenómenos sociales, en los vínculos, en la clínica.

Las formas actuales de desubjetivación, en las que, por ejemplo, las personas existen en función de lo que tienen y no de lo que hacen o de lo que son —aun más en un entorno como este, en el que generalmente lo que se tiene está muy lejos de lo que se desea, incluso de lo que se necesita, y donde no hay promesa de recompensa por lo que se hace—, generan fracturas en las instancias ligadoras o inhibidoras, que van perdiendo, como consecuencia, la posibilidad de retener la fuerza pulsional. Para renunciar a la pulsión, en coherencia con el planteo freudiano, además se requiere de la promesa de obtener placer mediatizado que le dé sentido a dicha renuncia (Freud, 1992). Bleichmar (2016) retoma la idea de *proyecto* sartreano, que es un proyecto individual que tendría sentido en el marco de un proyecto social y que habilitaría la demora y la postergación. Cuando habla del incremento de la pulsión de muerte está haciendo alusión al ejercicio de la pulsión de forma desligada, destructiva, que daña o se daña. Y esto no se da, exclusivamente, por un cambio de estructuración superyoica, sino que es el yo, como instancia, el que se encuentra en riesgo en relación a la autopreservación. Son los aspectos amorosos y ligadores del yo aquellos que podrían *morigerar* los efectos de crueldad de la pulsión de muerte; la búsqueda de descarga es yoica, pero solo un yo constituido como reservorio narcisista del amor del otro (identificaciones amorosas narcisísticas) es capaz de oponerse a la pulsión de muerte. Cabe destacar que se concibe a la pulsión como anónima o acéfala, es decir que no busca dañar al objeto, sino consumarse en el propio ejercicio, en esa forma de relación con el objeto (Bleichmar, 2016).

Creo que uno de los riesgos de los profesionales que trabajamos en instituciones donde procesos de desubjetivación se manifiestan continuamente es quedar tomados por el mismo desgano que nos rodea, por la

«Sí, pero yo no soy cagón...».

Cuando la agresividad está al servicio de la autopreservación

desesperanza y la falta de un proyecto colectivo a futuro, o bien querer poner límites a través de la agresividad. En ambas oportunidades, estaríamos reproduciendo la violencia, el desauxilio y la indiferencia que ha estado tan presente en la vida de muchas y muchos jóvenes de nuestro país. Considero que el psicoanálisis, siguiendo a Bleichmar y Derrida, cuenta con las herramientas necesarias y tiene la obligación ética de no resistir al mundo que lo rodea y de ejercer su responsabilidad en la resubjetivación y humanización, ya sea en consultorios, en instituciones o en la teoría.

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLEICHMAR, S. (2010a). Producción de subjetividad y constitución del psicoanálisis. En *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del Yo* (pp. 33-50). Buenos Aires: Topía.
- BLEICHMAR, S. (2010b). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- BLEICHMAR, S. (2016). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.
- CASTORIADIS, C. (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: Eudeba.
- DERRIDA, J. (2010). *Estados de ánimo del Psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*. Buenos Aires: Paidós.
- FREUD, S. (1992). El malestar en la cultura [1930]. En *Obras completas* (vol. XXI, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (2013). Proyecto de Psicología [1895]. En *Obras completas* (vol I, pp. 323-436). Buenos Aires: Amorrortu.
- LEVINAS, E. (2001). Diálogo sobre el pensar-en-otro. En *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro* (pp. 247-255). Valencia: Pre-textos.



EFECTOS EN LA SUBJETIVACIÓN  
DE ADOLESCENTES EN CONFLICTO  
CON LA LEY PENAL QUE PARTICIPAN  
EN PROGRAMAS DE PREVENCIÓN  
SECUNDARIA Y TERCIARIA

**Silvana Contino**

Magíster en Psicología de la UDELAR

Profesora adjunta del IUPA y de la UDELAR

Miembro de la AUDEPP

Correo electrónico: [silvana.contino@gmail.com](mailto:silvana.contino@gmail.com)

ORCID: 0000-0002-0978-9170

## Resumen

A partir del trabajo profesional de coordinación territorial de equipos técnicos de programas que abordan situaciones de adolescentes en conflicto con la ley penal, y de la investigación y formación académica en el tema de adolescentes que incurrir en conductas delictivas, se propone como objetivo problematizar las implicancias en los procesos de subjetivación adolescente de los que participan en los programas que responden a la prevención secundaria y terciaria en la violencia juvenil. Programas diseñados con tal objetivo dejan, en ocasiones, atrapado al adolescente en una lógica en la cual las propias políticas públicas solamente pretenden la inclusión social y la no vulneración de derechos. El diseño de estos programas pone el acento en una protocolización de las situaciones abordadas, en vez de atender la particularidad o singularidad subjetiva del adolescente. La normatización de las situaciones en una lógica de derechos genera violencia en los beneficiarios del programa, por lo cual quedan desdibujados los tiempos lógicos internos de cada sujeto, su familia y referencias adultas de aquellos adolescentes que son población objetivo.

**Palabras clave:** subjetivación adolescente, instituciones, prevención, adolescentes en conflicto con la ley

## THE EFFECTS OF SUBJECTIVATION IN ADOLESCENTS IN CONFLICT WITH THE LAW WHO PARTICIPATE IN SECONDARY AND TERTIARY PREVENTION PROGRAMS

### Abstract

Emerging from the professional territorial coordination work of technical teams of Programs that address situations with adolescents in conflict with the law, research and academic training on the subject of adolescents who engage in criminal conduct, our objective is to problematize the implications in the processes of adolescent subjectivation of those who participate in programs that respond to secondary and tertiary prevention in youth violence. Programs designed for this purpose sometimes leave the adolescent trapped in a logic from which public policies only try to reduce social exclusion and violation of their rights. The design of these programs puts emphasis on a protocolization of the situations addressed, instead of addressing the adolescent's particularity or subjective singularity. The standardization of these situations, in a logic of rights, generates violence in the beneficiaries of the program, blurring the lines of the internal logical times of each subject, their family and adult referents of the adolescents in the target population.

**Keywords:** adolescent subjectivity, institutions, prevention, adolescents in conflict with the law

## INTRODUCCIÓN

Al pensar sobre las condiciones de reclusión de adolescentes en conflicto con la ley y sus procesos de subjetivación, entendía que las condiciones actuales de reclusión se le imponen al sujeto que delinquirió desde la lógica de la fuerza, de lo intrusivo; son efecto del poder y lo instituido es, consecuentemente, de carácter violento. Ello tiene repercusiones en la subjetividad de las personas que se encuentran en tal condición. Si bien este tema es interesante para su discusión, me preguntaba también qué pasaba con las situaciones en las que no se llega directamente a la medida de reclusión y los sujetos que cometen delitos participan en ciertos dispositivos pensados como alternativas a la reclusión. Se trata, en definitiva, de programas cuyo carácter es procurar la prevención de las conductas delictivas y la disminución de la reincidencia. Son programas que responden a políticas públicas sobre el tema, diseñados por organismos del Estado y que están, básicamente en su mayoría, orientados a una población específica, como es el caso de los adolescentes en conflicto con la ley penal. Por lo tanto, decidí plantear y problematizar este tema a partir de mi trabajo profesional, como investigadora y académica en el tema de adolescentes que incurrir en delitos, e indagar los efectos en el proceso de subjetivación adolescente en tanto se participa en dispositivos de prevención secundaria y terciaria de la violencia juvenil.

En los últimos años, los adolescentes que incursionan en conductas delictivas han cobrado relevancia en la opinión pública. La difusión en medios de comunicación y en las redes sociales lo configura como tema de preocupación social, de salud y jurídico-legal. Sin embargo, estudios

coinciden en que el número de adolescentes que cometen delitos son significativamente menor en comparación con las actividades delictivas de los adultos (López y Palummo, 2013). En el año 2014, se suscitó una discusión en torno a una propuesta de reforma constitucional que pretendía, con diferentes argumentos, bajar la edad de imputabilidad para los adolescentes que cometieran delitos en el país. La sociedad en general debatía si los jóvenes debían ser juzgados como adultos a los 16 o a los 18 años de edad. Se consideraba que el sujeto puede ser penalmente responsable dada su capacidad de actuar motivado por las normas, «salvo que tenga algún defecto o alteración psíquica que incida en su imputabilidad» (Muñoz Conde, 1985, en Barquet et al., 2014).

En esta coyuntura y dados los insuficientes votos en el plebiscito que tuviera lugar para bajar la edad de imputabilidad, comienzan el diseño y la implementación de programas que involucran a varios organismos e instituciones estatales y que tienen como objetivo la prevención de conductas delictivas y la disminución de las reincidencias en adolescentes entre 13 y 17 años de edad que se encontraban en conflicto con la ley.

En general, la población beneficiaria de estos programas son adolescentes que han incursionado en conductas delictivas y las bases epistemológicas que sustentan dichos programas se encuentran en la lógica de vulneración de derechos. Por lo regular, en el diseño de los instrumentos aplicados se apunta a jóvenes que provienen de barrios catalogados como marginales y de familias vulnerables. En el protocolo de intervención participan diversas instituciones, cada una con sus lógicas, para restituir aquellos derechos que fueran vulnerados y dar así cumplimiento al objetivo del programa. El supuesto básico es que ciertos derechos vulnerados propician la comisión de delitos en los jóvenes. Si bien las instituciones se encuentran disponibles para ponerse en marcha en un trabajo de red intersectorial, en el trabajo territorial y de coordinación queda en evidencia que, a partir de sus lógicas institucionales y sus distintas funciones en

el Estado, se desprenden concepciones de una adolescencia minorizada, lo que obstaculiza abordajes personalizados y singularizantes. Se deja por fuera la posibilidad de pensar las particularidades de las subjetividades adolescentes en juego, como procesos de construcción de subjetivación adolescente.

Como profesional, académica e investigadora, considero que acciones de políticas públicas sobre la adolescencia minorizada, ancladas en la perspectiva de derechos de infancia solamente, tienden a protocolizar ciertas acciones, lo cual deriva en una suerte de cristalización de las intervenciones. Esto se expresa en cierta incapacidad para percibir y albergar la singularidad de los adolescentes, así como de sus tiempos subjetivos. Se repite así la violentación al sujeto a partir del reforzamiento de prácticas de control y tutela, lo que los ubica nuevamente en el lugar de la carencia.

## ALGUNAS CONCEPTUALIZACIONES

Es posible definir la subjetividad como un concepto que tiene que ver más con lo sociológico que con lo psicoanalítico propiamente dicho, más allá de que en muchas ocasiones se haga uso de su definición en la práctica (Bleichmar, 2003). La subjetividad, como configuración subjetiva (González Rey, 2010), entrama las condiciones materiales y simbólicas de existencia, y las instituciones sociales matrizan el proceso de socialización del sujeto y revelan el modo singular de *estar en el mundo con otros*. Esta singularidad contiene a su vez las dimensiones cognitivas, emocionales-afectivas y de las prácticas (González Rey, 2010; Bonvillani, 2009; Bleichmar, 2003). La producción de subjetividad hace al modo en que las sociedades determinan las formas en las que se constituyen sujetos que puedan integrarse a sistemas que les otorguen un determinado lugar. La

subjetividad hace a un conjunto de elementos que configuran un sujeto fuertemente marcado por lo histórico y por las representaciones con las cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de los sujetos aptos para desplegarse en su interior. Por otra parte, la subjetividad varía de acuerdo a cada momento histórico y se transforma análogamente junto a los sistemas histórico-políticos. Las condiciones históricas, políticas, económicas, socioculturales, familiares, transubjetivas e intersubjetivas dan material representacional para lo intrasubjetivo y para la construcción del psiquismo (Bleichmar, 2003).

El proceso de subjetivación adolescente no escapa de esta definición e implica la puesta en juego de una multiplicidad de factores que interaccionan. Marcelo Viñar (2009) plantea que el proceso de subjetivación adolescente es un proceso de transformación complejo y difícil, en el que lo biológico, lo psicosocial, lo histórico, lo sociocultural, lo económico y lo político se ponen en juego. Por ello habla de *adolescencias* y no de *adolescencia* como categoría preestablecida. Durante la modernidad era posible escuchar «los jóvenes son el futuro» (Klein, 2008) porque imperaba la idea de dar paso a una construcción sólida que apostaba a la inversión en la juventud como impulsora de valores transmisibles y sostenibles. En la actualidad, con la hipermodernidad y la cultura de lo efímero, no perdurable, líquido, y de valores poco duraderos o superficiales por lo cambiantes, se condena al joven por no poseer lo que la propia sociedad no le da. Se es injusto al condenar a los adolescentes por aquello que el mundo adulto no le ha proporcionado. Por lo tanto, al decir de Néstor García Canclini (2004), los «jóvenes no son el futuro, sino el presente de la sociedad» y somos responsables de dejarlos en una suerte de vacíos sólidos identificatorios, en tanto referentes, que deberían oficiar de soporte para el tan trabajoso costo psíquico de construcción de identidad (Di Segni Obiols, 2002; Cao, 1997, 2009, 2013; Fandiño Parra, 2011). La condición adolescente en la constitución subjetiva tiene una urgencia

identificatoria (Cao, 1997, 2009) en la que necesita apuntalarse, y cuando ella no aparece en las formas de paternidad, estilos parentales o ciertos estilos de padres (Oliva Delgado et al., 2008; Kancyper, 2007), los apoyos sociales de pares cobran relevancia (Cumsille y Loreto Martínez, 1994). Las conductas de infracción dentro del proceso de subjetivación adolescente pueden ir, en el mejor de los casos, desde una lógica confrontativa (Kancyper, 1997), exploratoria de conductas de riesgo (Le Breton, 2011), como formas fallidas de encontrar la estabilidad que la condición adolescente hace tambalear (Cao, 2009), hasta la necesidad de ciertas conductas implementadas para la construcción de una rápida identidad «falsa», que sirva como soporte ante el sufrimiento por tanto vacío y desamparo (Winnicott, 1981).

*Desamparo* es un término pensado por el psicoanálisis. Desde el lenguaje corriente se puede definir como una situación o estado de desprotección, desvalimiento o vulnerabilidad. El desamparo da cuenta de alguien que no recibe el apoyo o la ayuda que necesita. Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1996) plantean que el desamparo se define como el «estado del lactante que, dependiendo totalmente de otra persona para la satisfacción de sus necesidades (sed, hambre), se halla impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a esa tensión interna» (p.94). A pesar de que esta definición esté orientada al desamparo en la infancia, se puede ver en la adolescencia situaciones análogas o similares.

Contemplando la noción puramente psicoanalítica de Laplanche y Pontalis (1996), se podría afirmar que el desamparo en la adolescencia sería el estado en el que el adolescente, al depender de otros para la satisfacción de sus necesidades psíquicas de construcción de identidad, se halla impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a esa tensión interna que implica la conformación sólida e integrada de las identificaciones necesarias para tal construcción, sin que quede un vacío en ello. En dicho proceso, lo fundamental es el rol que ocupan las figuras

parentales, referentes e instituciones como soporte de la construcción subjetiva. La noción de *desamparo* da cuenta de que es necesario que exista otro que ampare, acompañe y apunte (Cao, 2013). Myrta Casas de Pereda (2018) propone una definición precisa de *amparo*, que permite evidenciar de qué se habla cuando se habla de *desamparo*:

El amparo implica otro que rodea y remite a todo aquello del orden de la realidad afectiva que protege de las fuerzas exteriores, del posible daño. Y al mismo tiempo, implica en el orden de la vivencia (fantasía) la necesidad expresa de un afecto, del compromiso libidinal del otro en esa función de cuidado y protección. (p. 11)

Marcelo Luis Cao (1997) desarrolla el concepto de *apuntalamiento*. Lo describe como un concepto fundamental para la estructuración, formación y desarrollo del psiquismo, que opera constantemente a lo largo de la vida del sujeto de forma de que los otros, en todas sus formas, puedan acompañar el proceso de subjetivación. De acuerdo con esta perspectiva, el apuntalamiento se despliega en tres dimensiones. La primera es la del apoyo sobre una base originante, que en el caso de la adolescencia está relacionada con las primeras imágenes parentales. La segunda dimensión es la de la modelización, que consiste en el trabajo de identificación que opera sobre los otros del vínculo, que forman parte de la experiencia vivencial del sujeto. La tercera es la ruptura crítica, dimensión relacionada con las pérdidas que acarrea el proceso de maduración; esta corresponde al concepto de *transcripción* e implica la puesta en marcha de un trabajo elaborativo, que permite el reposicionamiento del sujeto en las dimensiones intersubjetiva e intrasubjetiva dentro del campo representacional.

Es durante la adolescencia que estas dimensiones toman especial valor y espesor, en tanto las viejas apoyaturas que servían en la niñez deben ser desechadas e intercambiadas por otras que den cuenta del proceso

madurativo del joven. En este sentido, comienzan a tallar los apoyos sociales recibidos y percibidos de diferente orden, y no solo desde lo intersubjetivo, sino en relación con el soporte interinstitucional (Cumsille y Loreto Martínez, 1994). Ante situaciones de vacíos identificatorios sostenidos, de fallas en el apuntalamiento a nivel imaginario y simbólico en un momento primario, las instituciones referenciales pueden officiar como aquellos apoyos faltantes y dar sostén, en una segunda oportunidad, a la construcción de subjetividad. Si las instituciones no albergan y sostiene al joven, porque se encuentran en crisis, dejan a los adolescentes a la deriva (Di Segni Obiols, 2002).

Hay desarrollos teóricos en referencia a las conductas delictivas en la adolescencia o violencia juvenil, que con sus estudios tratan de darle explicación o caracterizar ese modo de funcionamiento. Históricamente han recibido la influencia de los desarrollos criminológicos en la esfera del ámbito adulto hasta llegar, en los años 70, a desarrollos específicos en el área. Estas líneas de desarrollo, en lo que hace a la comprensión de la conducta delictiva en la adolescencia, se apoyan en diferentes paradigmas. Algunas, las más clásicas, hablan de la «carrera delictiva» en un sujeto; estas han estudiado que en el desarrollo del sujeto hay una suerte de continuidad de las conductas y que solo cambia su naturaleza e intensidad. En esta línea está la psicología de la delincuencia juvenil, la criminología del desarrollo (Redondo Illescas y Pueyo, 2007; Redondo Illescas, 2008), y hasta algunas más actuales, que hacen énfasis en la identificación de factores de riesgo y protección en el desarrollo de un sujeto en el que la presencia de dichos elementos puede o no aumentar la probabilidad de que la conducta delictiva aparezca en algún momento de su historia. Es en estos desarrollos teóricos en los que se apoyan los programas de prevención de la conducta delictiva, en tanto tienen una postura según la cual se trata de disminuir los factores de riesgo en un sujeto y su familia y de potenciar los factores de protección. Los estudios sobre factores de

riesgo y de protección se encuentran realizados en poblaciones vulneradas en varios aspectos: a nivel familiar, socioeconómico, sociocultural, etcétera.

En ciertas poblaciones vulneradas a nivel socioeconómico y sociocultural se acentúan las carencias de soporte para la subjetivación adolescente. En estas realidades los vacíos son de carácter estructural, realidades de déficit a todo nivel, de carácter transgeneracional. No han logrado ciertas apoyaturas para los procesos de subjetivación de los sujetos que las habitan. Las diferencias socioeconómicas y socioculturales imprimen una realidad en las familias en la cual la violencia se instala como tal, a cualquier nivel de expresión, y provoca fallas y daños. Los estudios que han echado luz sobre los factores de protección y de riesgo para las conductas delictivas cometidas por adolescentes solo logran detectar una parte del problema. Dadas las falencias en las lógicas barriales, en las instituciones, en la familia y los adultos referentes, tratar que los factores de riesgo disminuyan no hace que los niños, niñas y adolescentes puedan, con la restitución de ciertos derechos, encontrar el sustento necesario para las subjetividades implicadas. En algunas oportunidades, no basta con que se coloque en instituciones que tienen esas funciones a aquellos adolescentes que quedan en los márgenes de los controles en salud, por ejemplo, o que carecen de escolarización o de inserción en la educación no formal, para que tengan contacto con otros jóvenes proactivos no delictivos, creyendo así que se los incluye y se les restablecen derechos que no estaban presentes. En muchos casos, los adolescentes «de los márgenes», por más que se les encuentre un lugar de reinserción en el sistema—sea este de salud, de educación, de formación profesional—, hacen abandono de la institución, porque las instituciones tienen una función normalizante y generalizante del deber ser, donde queda diluida la particularidad, la singularidad de cada caso, de cada familia y su historia, de la historia del adolescente y las subjetividades en cuestión.

Entonces, la mirada y las prácticas profesionales que se orientan solo a la restitución de los derechos, que se consideran como formas de inclusión social, si no son acompañadas por una mirada y lectura constante, por un seguimiento de lo singular y de lo procesual de cada adolescente, de su subjetivación, de su dinámica familiar y de su realidad concreta social, no pueden ser sostenidas por los adolescentes. Las conductas instaladas se repiten en las instituciones implicadas y hacen que se los vuelva a desvincular, de manera que se cierra así un circuito de violentación que deja al adolescente en una suerte de repetición de la historia, en el lugar de la dureza de la violencia y de las carencias de apoyo y apuntalamiento.

## CONSIDERACIONES FINALES

Por lo tanto, podemos reflexionar que las acciones de política pública sobre la adolescencia minorizada ancladas en la perspectiva de derechos de infancia tienden a protocolizar ciertos procesos, lo que deriva en una suerte de cristalización de las intervenciones posibles. Esto se expresa en cierta incapacidad para percibir y albergar la singularidad de los adolescentes implicados, así como para considerar sus tiempos subjetivos. Esto interpela, porque lo que se repite es la violentación del sujeto a partir del reforzamiento de prácticas de control y tutela, de lo que «debe ser», lo cual ubica nuevamente al adolescente y a su familia en el lugar de la carencia y ante la imposibilidad de ocupar lugares supuestamente otorgados.

A su vez, los sustentos ontológicos y metodológicos que guían estas acciones técnicas en los programas de prevención del delito en adolescentes no permiten ubicar la construcción de un dato que revele los factores de riesgo: la subjetividad de los propios técnicos y técnicas intervinientes. Aquello que sucede con los técnicos, con la tarea que realizan,

con las historias de los adolescentes y sus familias, con el encuentro en los contextos en que habitan, se trata como un obstáculo para la realización de la tarea. En este sentido, la investigación e intervención de corte psicosocial, necesaria para abordar la temática delictiva en la adolescencia, se lleva adelante sin una concepción de las subjetividades como algo del orden de lo dialógico, de lo cual son parte las dimensiones emocionales-afectivas, cognitivas y de las prácticas de los profesionales intervinientes.

La protocolización de la intervención que llevan adelante los programas —recabar datos sobre factores de riesgo y protección y brindar orientación para el acceso a los distintos servicios en pos de la restitución de los derechos— entra en una lógica binaria entre un sujeto significado desde la carencia y una oferta de soluciones preestablecidas, de la que será acreedor. De este modo, la productividad subjetiva del encuentro entre el equipo interviniente y el adolescente y su familia no resulta sostenida por la acción pública, por lo que queda restringida la posibilidad de desarrollar aptitudes para la autogestión y la iniciativa. Los adolescentes que no se encuadran en la protocolización estipulada, que no responden a los tiempos prescritos, que cuentan con otros sufrimientos, no tienen cabida en el programa. Esto implica otras formas de violencia, con otras consecuencias en la subjetivación de los adolescentes, en una suerte de repetición, ya que no tiene cabida el ser escuchados desde el padecimiento.

Cabe preguntarse sobre los efectos de estigmatización de estas prácticas y sobre la doble inscripción del concepto de *minoridad adolescente*, es decir: el abandono y la infracción. Los adolescentes con bajos factores de riesgo de comisión de delitos son acogidos de forma temporal, sin que se tenga en cuenta situaciones que hacen a los momentos singulares de subjetivación, en un momento crítico como la adolescencia, y sin escuchar la particularidad y los sentidos de las conductas cometidas. Para aquellos con altos factores de riesgo de cometer acciones delictivas

graves, multideterminadas por la extrema vulneración de los derechos sociales, las problemáticas de salud mental no tratadas, las problemáticas personales y familiares, la ausencia de figuras referentes afectivas, una lógica familiar delictiva que estaba presente como forma de identificación y fallido soporte de identidad, no se prevé acciones de apuntalamiento que permitan el sostén y el soporte subjetivo necesarios.

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARQUET, P., CILLERO, M. y VERNAZZA, L. (2014). *Aportes para la cobertura periodística sobre la rebaja de la edad de imputabilidad*. Montevideo: Unicef Uruguay.
- BLEICHMAR, S. (2003). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- BONVILLANI, A. (2009). *Subjetividad política juvenil. Estudio comparativo en jóvenes cordobeses de procedencias sociales contrastantes* (tesis doctoral). Córdoba: Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba.
- CAO, M. L. (1997). *Planeta adolescente. Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural*. [shorturl.at/etKNW](http://shorturl.at/etKNW)
- CAO, M. L. (2009). *La condición adolescente. Replanteo intersubjetivo para una psicoterapia psicoanalítica*. Buenos Aires: Autopublicación.
- CAO, M. L. (2013). Bordes y desbordes adolescentes. En *I Coloquio internacional sobre culturas adolescentes, subjetividades, contextos y debates actuales. Argentina-Francia-Uruguay*. Buenos Aires. [shorturl.at/CKMW8](http://shorturl.at/CKMW8)
- CASAS DE PEREDA, M. (2018). El desamparo del desamor: a propósito de la depresión en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. *Desamparo*, 127, 11-24. [shorturl.at/huOR9](http://shorturl.at/huOR9)

- CUMSILLE, P. y LORETO MARTÍNEZ, M. (1994). Efectos del estrés y el apoyo social sobre el bienestar psicosocial de los adolescentes: revisión de la literatura. *Psykhé*, 3(2), 115-123.  
[www.psykhe.cl/index.php/psykhe/article/view/49/49](http://www.psykhe.cl/index.php/psykhe/article/view/49/49)
- DI SEGNI OBIOLS, S. (2002). *Adultos en crisis. Jóvenes a la deriva*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- FANDIÑO PARRA, Y. J. (2011). Los jóvenes hoy: enfoques, problemáticas y retos. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 2(4), 150-163.  
[shorturl.at/cgmoy](http://shorturl.at/cgmoy)
- GARCÍA CANCLINI, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- GONZÁLEZ REY, F. (2010). Las categorías de sentido, sentido personal y sentido subjetivo en una perspectiva histórico-cultural: un camino hacia una nueva definición de subjetividad. *Universitas Psychologica*, 9(1), 241-253. [www.scielo.org.co/pdf/rups/v9n1/v9n1a19.pdf](http://www.scielo.org.co/pdf/rups/v9n1/v9n1a19.pdf)
- KANCYPER, L. (1997). *La confrontación generacional. Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- KANCYPER, L. (2007). *Adolescencia: el fin de la ingenuidad*. Buenos Aires: Lumen.
- KLEIN, A. (2008). La (dramática) realidad social y psíquica de muchos jóvenes latinoamericanos. *Revista Liberabit*, 14(14), 21-30.  
[shorturl.at/ektA2](http://shorturl.at/ektA2)
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- LE BRETON, D. (2011). *Conductas de riesgo. De los juegos de la muerte a los juegos de vivir*. Buenos Aires: Topía.
- LÓPEZ, A. y PALUMMO, J. (2013). *Delincuencia juvenil en la ciudad de Montevideo*. [shorturl.at/cyVW9](http://shorturl.at/cyVW9)
- OLIVA DELGADO, A., JIMÉNEZ MORAGO, J., PARRA JIMÉNEZ, A. y SÁNCHEZ QUEIJA, I. (2008). Acontecimientos vitales estresantes, resiliencia y ajuste

adolescente. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 13(1), 53-62. [www.aepcp.net/rppc.php?id=185](http://www.aepcp.net/rppc.php?id=185)

REDONDO ILLESCAS, S. (2008). Individuos, sociedades y oportunidades en la explicación y prevención del delito: Modelo del Triple Riesgo Delictivo (TRD). *Revista Española de Investigación Criminológica*, 6, 1-53.

<https://reic.criminologia.net/index.php/journal/article/view/34>

REDONDO ILLESCAS, S. y PUEYO, A. A. (2007). La psicología de la delincuencia. *Papeles del psicólogo*, 28(3), 147-156.

<http://www.papelesdelpsicologo.es/pdf/1499.pdf>

VIÑAR, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo: Trilce.

WINNICOTT, D. W. (1981). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia.



# LOS DESTINOS DEL OBJETO

**Bettina Miglierina**

Psicóloga de la UDELAR

Profesora adjunta del IUPA

Miembro de la AUDEPP

Correo electrónico: [bmiglierina@adinet.com.uy](mailto:bmiglierina@adinet.com.uy)

ORCID: 0000-0002-1412-3381

## Resumen

Las figuras teóricas internalizadas que se entretajan en nuestro pensar se diluyen sorprendentemente cuando asistimos a relatos de lo mentalmente inasible. El sujeto, ese otro a quien escuchamos, despliega lo que podríamos denominar, informalmente, como su *dragón*: manifestación o acto de violencia, agresión, que no encontró a su paso obstáculo alguno que la detuviera.

En este artículo me referiré a lo que se me presentó como un intento de filicidio. ¿Cómo y desde dónde nos interpela una situación clínica marcada por este hecho? El psicoanálisis, desde siempre llamado a articular la interacción de lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, parece desafiado a analizar esa relación desde ejes más específicos.

La pulsión, nunca descuidada en nuestras descripciones del funcionamiento psíquico, aparece con fuerza convocada en esta ocasión. ¿Cuál el destino de las investiduras cuando pudo haberse concretado un filicidio? Siguiendo algunas ideas de André Green acerca de la ligazón objetal, abordaré el análisis de un material que ubica intensamente a la clínica como soberana a la hora de conducir nuestras reflexiones

**Palabras clave:** investiduras, ligazón objetal, desobjetalización, destructividad

## DESTINATIONS OF THE OBJECT

### Abstract

The internalized theoretical figures that are intertwined in our thoughts are surprisingly diluted when we witness stories of the unthinkable. The subject, that Other that we listen to, deploys what we could define, informally, as his or her *dragon*: a manifestation or an act of violence, aggression, something that did not find in its path an obstacle that would stop it.

In this article, I will refer to what is presented to me as an attempt of filicide.

¿How and where from does a clinical situation marked by this fact question us? Psychoanalysis, always called on to articulate the interaction of the intrapsychic and the intersubjective, seems challenged to analyze this relationship from more specific lines of action.

The never neglected drive in our descriptions of psychical functioning appears, summoned with strength in this occasion. ¿What's the role of the investitures when a filicide could have taken place?

Following some of André Green's ideas about objetal connection, I approach the analysis of a material that places clinical practice at its center at the time of reflecting.

**Keywords:** investitures, objectal connection, desobjectalization, destructiveness

## PRESENTACIÓN DEL CASO

A veces, las figuras actuales de la violencia parecen delinearse desde trazos inimaginables. En efecto, Patricia, de 32 años, concurre a la consulta con indicación de psicodiagnóstico y una derivación escrita en la cual se lee: «Intento de filicidio». Sus primeras palabras son: «Me mandaron del juzgado»; se trata de una imputada en un proceso judicial en curso.

A continuación, ordeno algunos datos para aproximarnos a un entendimiento de las circunstancias.

### Datos de su pasado

- ▶ Sus padres se separaron cuando Patricia tenía 2 años. No vio más a su padre. Fue a vivir con su abuela y su hermana menor durante unos años, y luego volvió a vivir con su madre, un nuevo compañero de esta y subsiguientes hermanos menores.
- ▶ Sobre su madre menciona severa inestabilidad y recuerda que «podía ser muy alegre y muy agresiva». Refiere situaciones de maltrato, peleas caóticas, reacciones explosivas de hostilidad, propias y ajenas, en su entorno más próximo. Su infancia y adolescencia transcurrió en un ir y venir, una convivencia alternante con distintos familiares. Y siempre, tarde o temprano, con un retorno al conflictivo ámbito materno. Afirma: «Siempre tuve un amor infinito por mi madre», pero relata una relación marcada por afectos tempestuosamente cambiantes y distanciamientos desgarradores.

- ▶ Los vínculos de pareja se dan con uniones fuertes y finales disruptivos, impregnados de hostilidad. No se describen desde un aspecto de construcción de su afectividad ni de su historicidad. Solo en tanto hechos.

### Datos de la actualidad

- ▶ Patricia tiene dos hijos de distintos padres: Cecilia (15 años) y Juan (8 años). También vive con Camila, hija del padre de su segundo hijo. Camila y Juan son, por tanto, hermanos por parte de padre.
- ▶ Patricia se había separado del padre de Juan (Luis) porque peleaban mucho, ambos se agredían verbal y físicamente. Mediaba una causa judicial por violencia doméstica, con medidas cautelares vigentes.
- ▶ Cuando llega a consultar, Patricia salía con otro novio.
- ▶ Camila era como una hija para ella, a la que «le daba todo», refiriéndose a que no permitía que tuviera carencias económicas. Ya estaban hablando de los preparativos de la fiesta de 15 años que la chica anhelaba. Patricia vivió y compartió más tiempo con Camila que con su propia hija Cecilia, que muchas veces fue dejada a cargo de su abuela.

### Hechos

- ▶ Camila va a visitar a su madre biológica y muere electrocutada en un accidente.
- ▶ Cuando llega la noticia, Patricia se desborda, reacciona estrepitosamente en el dolor: «Me puse como loca».
- ▶ Cecilia va con ella al velatorio y entierro de Camila. Juan se queda en su casa, a cargo de la persona que habitualmente lo cuidaba, sin saber nada de lo que había pasado.
- ▶ Respecto a la muerte de Camila, Patricia refiere:

Yo costeeé todo el velorio de Camila. Le compré el vestido de fiesta [de 15] que ella quería, para que se lo pusieran para el velatorio y la maquillaran. Vi cosas que me llenaban de rabia, de quienes decían que ella no era de la familia. Me daban ganas de sacarlos a todos para afuera. En el cementerio no me quería ir, no la quería soltar.

- ▶ Al regresar a su casa, Patricia se acuesta, solo quería dormir. Menciona: «No quería estar en la realidad».
- ▶ Juan, ante ese panorama y sin saber lo que sucedía, pregunta por Camila y dice que tiene miedo. Patricia llama a Luis y le propone volver a la relación y cancelarle la restricción existente para «que viniera a hacerse cargo del niño». Mientras tanto, Juan estaba allí y, al ver mal a su madre, se le acerca. Patricia relata:

Me acariciaba, me preguntaba qué me pasaba, se acostaba ahí conmigo. Preguntaba por Camila porque veía que habíamos vuelto sin ella. Le dije que se tenía que acostumbrar porque ahora Camila estaba en el cielo. Él gritaba, se puso muy mal, lloraba. Cecilia no tomaba su medicación [psiquiátrica] y la amenacé: «Mañana te llevo al médico». Juan me dice: «Vos sos mala». Estaban todos en la casa; yo en el cuarto estaba sola con él. Las pastillas que le dan a Cecilia lo pueden calmar a él. Y le di.

- ▶ No da más detalles al respecto ni hace otros comentarios. Luego dice: «Me despierto cuando Cecilia gritaba: “¡Lo mató! ¡Lo mató!”. Y ya el padre se lo lleva a emergencia. Vino la policía y me desacaté».
- ▶ Inmediatamente Juan es internado en CTI y, por orden judicial, se asigna su tenencia a un familiar materno. Su madre solo puede visitarlo en presencia de un tercero.

## Algunas observaciones

- ▶ La presentación de la paciente es la esperable para su edad, con un aspecto personal cuidado, arreglado y actual.
- ▶ Desarrolla un discurso que conserva la coherencia secuencial y el hilo conductor.
- ▶ No surgen mayores enfatizaciones emocionales. No se angustia en el curso de sus narraciones. Sus planteos remiten fundamentalmente a lo fáctico y casi nada a lo vivencial. No despliega un cuestionamiento introspectivo respecto a la gravedad de lo sucedido ni una reconsideración de las situaciones de vida que pudieron haberla conducido a esto ni la posibilidad de ligar situaciones, personas y experiencia afectiva.
- ▶ Viene a la consulta porque le fue sugerido por un abogado que una evaluación psicológica podía ser conveniente para que eventualmente consideraran devolverle la tenencia de su hijo.
- ▶ Falta reiteradamente a las horas asignadas.
- ▶ No completa el proceso.

## ANÁLISIS

Mi primer encuentro con Patricia quedó marcado por la frase que leí en la hoja de derivación: «Intento de filicidio». Es como si algo en mi interior hubiera comenzado a desmoronarse y sentía que no podría acompañar a esta paciente, que ya se comunicaba sin dificultades con su fuerte e imperante voz. Se refería fundamentalmente al fallecimiento de Camila. Su lamento y su protesta ofuscada se relacionaban con ese hecho penoso. Pero no aparecía mención alguna de su hijo menor ni de los acontecimientos vinculados a la causa judicial que la implicaba.

Su discurso sin vacilaciones, contundente, no dejaba casi margen para preguntas; su presencia se imponía.

Simultáneamente yo percibía que mis ideas se diluían antes de concretarse en un pensamiento medianamente lúcido. Lo que podía pensar en un momento me resultaba inasible unos segundos después. Hasta que entendí que no estaba pudiendo amalgamar mis afectos con otras formulaciones del pensar y, claramente, desde ese lugar no podía ni debía intervenir. Mi silencio no solo pretendió favorecer el despliegue del discurso del otro, sino que fue el mejor refugio posible ante aquello que me dejaba sumergida en un impacto indescriptible.

Patricia se expresó sin incomodidad y finalmente insistió en su expectativa de que las conclusiones de este trabajo sirvieran para presentar en el juzgado. Así transcurrió nuestro primer «encuentro», por así llamarlo, y debió pasar un cierto tiempo antes de que yo pudiera escribir algo sobre este caso.

En esa primera entrevista no existí demasiado, digamos. Tampoco existió Juan ni su otra hija Cecilia. La palabra fue destinada básicamente a quien había fallecido, a quien ya no estaba. No a las características de los vivos, de aquellos que sí estaban a su alrededor. Y esa fue la tendencia predominante que se mantuvo en distintas instancias de trabajo. Una situación clínica que, podría decir, primariamente me situó ante la destructividad y sus posibles manifestaciones.

Sin duda, la destructividad, a veces de presencia insoslayable, a veces muy constatable, que podemos ver hoy por hoy expandirse en distintos territorios le plantea un problema al pensar psicoanalítico. Un problema en tanto desafío cuasi filosófico y, al mismo tiempo, muy pragmático. ¿Dónde inscribir las expresiones de destructividad del sujeto cuando se trata de analizar una dinámica intrapsíquica y su interacción con el mundo? ¿Qué términos elegir a la hora de denominar sucesos que a veces nos resultarían innombrables?

Imposible no recordar a André Green (2014), quien nos deja —casi como legado— una pregunta: ¿por qué las pulsiones de destrucción o de muerte?

Sabemos algo del camino que este autor recorrió en su minucioso estudio y reconsideración conceptual de la pulsión, hasta llegar a anexar a la teoría otros términos, quizás más aprehensibles. Nos ha aclarado que «la pulsión es la matriz del sujeto» (Green y Uribarri, 2015, p. 57), pero que es en relación al objeto que se va a desplegar. La pulsión de vida será conceptualizada desde la denominada función *objetalizante* (que va de la mano de las investiduras) y la pulsión de muerte, desde su *destrutividad desobjetalizante*.

«La función desobjetalizante [...] hace que el objeto pierda sus características específicas para el sujeto» (Green y Uribarri, 2015, p. 60). Desde esta frase tan plena de sentidos, intentaré que nos aproximemos a aspectos de este material, siguiendo algunos referentes teóricos de un pensador que nunca dejó de ser clínico.

En determinado momento Patricia cuenta, casi con particular orgullo: «Yo costeé todo el velorio de Camila. Le compré el vestido de fiesta [de 15] que ella quería, para que se lo pusieran para el velatorio y la maquillaran. [...] No me quería ir, no la quería soltar». Con esto, la paciente parecía haber asignado el estatuto de lo vivo a la chica muerta. Pero de retorno a su casa, casi deja muerto a su hijo vivo.

En esas circunstancias, Patricia se nos presenta como en una conjugación paradójal: necesita cumplir el deseo de quien ya no existe, pero no puede luego escuchar el deseo de su hijo que clamaba por proximidad y contención. Despliega una suerte de poder ante lo inerte y luego se ubica ella misma como inerte ante el pedido afectivo del otro. Es como si se pudieran visualizar *investiduras cruzadas*, en estrepitosa permutación radical.

Podríamos preguntarnos: ¿cómo se juega la dimensión objetal en esta organización psíquica en tales circunstancias?

En sus relatos, Patricia se centra en una pérdida. En una sola. Sin poder concientizar todo lo que iba perdiendo alrededor. Viste de fiesta la muerte; lucha por conservar el objeto externo que ya no existe en tanto tal, pero al precio de hipotecar componentes de la realidad. Entre los mecanismos que se despliegan en extrema defensa, asoma una peculiar forma de la idealización.

Desde Green, la idealización es entendida como investidura pulsional negativizada (resultante del trabajo de lo negativo), que se instala como satisfacción ilusoria y desmiente que se trata de una satisfacción vedada (Navarro, 2016). Es una defensa que crea una ficción y habilita, en este caso puntual, un escenario donde lo ideal se plasma casi absurdamente y rompe coordenadas de tiempo y espacio; idealización que no solo se expresa en pensamiento, sino que precipita en acto, quizás en una toma de poder sobre lo que ya no pertenece a nada ni a nadie. Y el deseo se torna indiscernible: ya no sabemos de qué ni de quién. En ese proceder marcado por el exceso, solo puede comprenderse la alteración de la significación, la confusión, la tensa incrustación de algún sentido, la álgida interfase entre situación y estructura.

Cuesta seguir el destino de las investiduras, que parecen transitar por un momento anárquico. Cuesta visualizar y comprender el estatuto asignado al objeto.

Podríamos hablar de un viraje, de la idealización al desconocimiento objetal. Y quizás, en ambos casos, de una dislocación en la situación objetal, que nos aproxima a las reflexiones sobre la función desobjetalizante.

Un desconocimiento... ¿El de Juan? Un hijo que finalmente sobrevivió en los hechos, pero que no habita ni se instala en el discurso de su madre. Juan recibió de nuestra paciente una medicación psiquiátrica que nunca le fue indicada, tan solo así, sin que mediara algún detenimiento transitorio, lo cual derivó en los hechos de gravedad ya citados. Su pedido

fue así acallado, su angustia silenciada y su eventual porvenir ni siquiera imaginarizado.

Reflexionemos sobre una dimensión del psiquismo en la que el destino objetal está quizás condicionado por procesos de desinversión (pero sin ruptura de la ligazón). La desinversión también es entendida como mecanismo defensivo, pero con pobres resultados y una confusión aun mayor en este caso.

Asoman aquí aspectos de un funcionamiento que nos remitiría a los efectos del trabajo de lo negativo, que, tal como Green (2010) advierte, se presenta subvertido en las personalidades fronterizas.

Uno de sus aportes conceptuales es el de lo negativo, no como algo desfavorable, sino como lo ausente, lo que no está presente en cierta dimensión psíquica. Un trabajo de lo negativo, de gran complejidad, que detenta una determinada impronta en las neurosis, mientras que asume otro sesgo en las patologías y «estados en los límites de la analizabilidad» (Green y Uribarri, 2015, p. 30). En estos interviene en la articulación de defensas más precarias incidiendo en la no simbolización, la no continuidad existencial, la representabilidad fallante o no siempre disponible, la escisión; una dinámica impregnada de componentes destructivos, que derivan en el ataque del vínculo con el objeto.

Este caso, el de Patricia, parece ejemplarizante al respecto. Se nos presentaría una manifestación de la desinversión objetal, expresión de la destructividad que la condiciona.

En cuanto a la historia de la paciente, sabemos de la falla reiterada en sus vínculos primordiales, de su infancia marcada por la alternancia de uniones extremas repentinas y separaciones caóticas en el núcleo familiar, rupturas que pudo sobrellevar —al parecer— desde el reforzamiento de mecanismos omnipotentes. Ciclos vinculares similares se reiteraron después en su curso vital. De aquellas personas que eventualmente se fueron anexando a su historia no contó demasiado. No prioriza descripciones de

lo que pudo compartir o no con cada quién. Los intercambios se destacaban fundamentalmente desde el aspecto material económico. Su relato transmite su acaecer vital como una serie de sustituciones fácticas, sin mayor especificidad ni dedicatoria, hasta que una gran pérdida la vulnerabiliza más.

Como plantea Green (2014), la pulsión de muerte, que no establece supremacía ni tampoco subordinación respecto a la de vida, no está activa en permanencia. La relación de objeto reclama su lugar decisivo en ese eventual devenir, en tanto es la que hace a la posibilidad de intrincación pulsional, mientras que su fracaso favorece la desintrincación. Son las frustraciones las que introducen el desequilibrio que activa y habilita la expresión de las pulsiones de destrucción.

Este fragmento de teoría nos brinda elementos para pensar lo impensable, para acercarnos a la comprensión de ciertas manifestaciones de la destructividad en determinadas personalidades y de su conexión con los ciclos que recorrerá el objeto, el que se encuentra furtivamente y se vuelve a perder en cada desinversión.

Muchas veces nos centramos en el sujeto: su decir, su expresión, su hacer, las manifestaciones de su afectividad, etcétera. Pero no menos importante es el lugar que este asigna a sus objetos. Son quizás los destinos del objeto —ese que a veces silenciosamente se construye, se esculpe, se esconde o se desconoce— los que nos alertan acerca del entramado pulsional establecido y, por tanto, acerca de la organización del psiquismo del sujeto en cuestión.

De mi trabajo con Patricia queda un cúmulo de ideas que aún guardo, de impresiones por articular, de reflexiones, de ligazones, no sé aún si posibles...

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GREEN, A. (2010). *El pensamiento clínico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GREEN, A. (2014). *¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte?* Buenos Aires: Amorrortu.
- GREEN, A. y URIBARRI, F. (2015). *Del pensamiento clínico al paradigma contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- NAVARRO, J. B. (2016). *Diccionario conceptual André Green*. Buenos Aires: Lugar.

# NEOGÉNESIS: UN MODO DE ABORDAJE DE LO TRAUMÁTICO

**Magdalena Lema**

Licenciada en Psicología de la UCU  
Especialista en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA  
Miembro de la AUDEPP  
Correo electrónico: [magdalena.lema@gmail.com](mailto:magdalena.lema@gmail.com)  
ORCID: 0000-0001-6731-6470

**Silvia Tejería**

Licenciada en Psicología de la UDELAR  
Miembro Habilitante de la AUDEPP  
Correo electrónico: [silviatejeria@gmail.com](mailto:silviatejeria@gmail.com)  
ORCID: 0000-0002-3268-7789

## Resumen

En este artículo trabajamos el concepto de *neogénesis*, acuñado por Silvia Bleichmar. Partimos de las conceptualizaciones de esta autora acerca de los efectos traumáticos de lo real sobre el psiquismo, y articulamos los conceptos de *trauma* y *violencia*. Estos conceptos suponen una fuerte revisión teórica de ciertos postulados epistemológicos con su correlato de reformulaciones en la práctica clínica. Si bien la violencia no es un concepto específicamente psicoanalítico, en la clínica somos testigos de su incidencia en el sufrimiento humano y de su acción devastadora en el funcionamiento habitual de los sujetos. Bleichmar se ocupa del impacto singular y subjetivo del hecho traumático, y se pregunta cómo es afectado el yo en sus funciones y cuáles son las modalidades de respuesta del sujeto ante lo traumático. Cuando las respuestas del sujeto ante el embate de lo traumático escapan a las posibilidades de encadenamientos simbólicos y la represión no organiza, es necesario instrumentar una clínica especial que propicie la escucha de aquellos indicios de la experiencia real, restos metonímicos que hacen signo para el analista. En este trabajo de neogénesis, la intervención terapéutica no se reduce a encontrar lo que ya estaba, sino que intenta producir nuevas condiciones de simbolización.

**Palabras clave:** neogénesis, trauma, violencia, realidad

## NEOGENESIS: AN APPROACH TO TRAUMA

### Abstract

In this article, we work on the concept of Neogenesis, coined by Silvia Bleichmar. We start by considering Bleichmar's conceptualizations about the traumatic effects of the real on the psychism, by articulating the concepts of *trauma* and *violence*. These concepts imply a strong theoretical revision of certain epistemological postulates with their correlation of reformulations in clinical practice. Although violence is not specifically a psychoanalytic concept, in our practice we are witnesses to its incidence in human suffering and its devastating action in the habitual functioning of the subjects. Bleichmar deals with the singular and subjective impact of the traumatic event, questioning how the self is affected in its functions, and what are the modalities of the subject's response to the traumatic. When the responses of the subject to the onslaught of the traumatic escape the possibilities of symbolic chaining, and repression does not organize, it is necessary to implement a special clinic that encourages the listening of those signs of real experience, metonymic remains that become a sign for the analyst. In this work of Neogenesis, therapeutic intervention is not reduced to finding what was already there, but attempts to produce new symbolization conditions.

**Keywords:** neogenesis, trauma, violence, reality

## INTRODUCCIÓN

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,  
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;  
muero de un pensamiento mudo como una herida.

Delmira Agustini (1965).

El abordaje de las situaciones traumáticas plantea desafíos clínicos particulares que implican la necesidad de poner a trabajar nuestras teorías para generar nuevas posibilidades de intervención. Consideramos de gran relevancia el concepto de *neogénesis*, acuñado por Silvia Bleichmar (1993), en la medida en que se trata de un modo de considerar los efectos psíquicos de lo traumático, que abre, destraba y ofrece posibilidades creativas y simbolizantes. La riqueza de este concepto nos permite abordar especialmente la articulación de las nociones de *violencia* y *trauma*, que serán desarrolladas a lo largo de este trabajo.

El concepto de *trauma* se encuentra en el origen mismo del psicoanálisis, casi como piedra angular de todo el edificio conceptual, aunque no siempre utilizado con un sentido unívoco. *Violencia* es un concepto ajeno al psicoanálisis, pero que entendemos se encuentra en algún tipo de articulación con nuestra tarea, en tanto somos testigos de la fuerza destructiva de sus efectos.

Violencia y trauma. Entonces, ¿cómo articularlos? En la vieja idea freudiana de un «origen traumático de la neurosis», el concepto de *après-coup* marca la complejidad de esa articulación (Freud, 1985). Lo que nos interesa destacar es que la forma en que pensamos en psicoanálisis la

relación entre los fenómenos psíquicos y lo real no es un asunto menor, sino un verdadero problema epistemológico.

En esta línea, Bleichmar ha pensado con rigor psicoanalítico acerca de los efectos traumáticos de lo real sobre el psiquismo. Es decir, los diversos modos en que el embate de lo acontecido actúa sobre el sujeto y genera sufrimiento, descompone y desarticula su funcionamiento habitual. Desde una fuerte revisión teórica de ciertos postulados psicoanalíticos, entiende los tiempos míticos de la represión primaria como tiempos histórico-vivenciales reales. Por lo tanto, es posible identificar los momentos fundantes de estructura psíquica y por ello es posible desarrollar nuevas herramientas de intervención.

Desde *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis* (1987) y *La prioridad del otro* (1996), Jean Laplanche establece un giro fundamental en la epistemología psicoanalítica: el otro como punto de partida para comprender la constitución psíquica. La situación antropológica fundamental dada por la necesidad de la cría humana —en su desauxilio inicial— de un adulto que se ocupe del cuidado de la vida y tome a su cargo los procesos de humanización marca el carácter estructurante de la relación con el otro real. A partir de aquí, el problema de la constitución psíquica está dado más bien por cómo el psiquismo se cierra —es decir, cómo consigue una delimitación y una diferenciación—, que por cómo se abre al mundo. La realidad no es secundaria, sino primordial. Por ello, la tópica psíquica se construye en el marco de la tópica intersubjetiva que el Edipo define con su estructura. El ser humano llega a un mundo ya pautado por ciertas legalidades que van a determinar el modo como el adulto se emplaza frente al niño, desde una doble función: la inscripción de la sexualidad y, al mismo tiempo, la pautación de los límites de su apropiación del cuerpo del *infans* como lugar de goce.

En este contexto, habría que diferenciar una teoría traumática de la constitución psíquica, de aquellos traumatismos específicos con efecto

desestructurante, que someten al psiquismo a un monto de excitación inderivable, a experiencias no metabolizables, a la imposibilidad de ligadura, y que constituyen verdaderos procesos de desmantelamiento psíquico. Y diferenciar también los microtraumas de la vida cotidiana, que fuerzan procesos más o menos exitosos y creativos de elaboración, de aquellas otras situaciones de real violentamiento. Situaciones ante las cuales el sujeto no puede responder con el equipamiento defensivo habitual, situaciones que implican un desmantelamiento defensivo, una efracción de la membrana psíquica o una ruptura de la continuidad existencial, al decir de Donald Woods Winnicott.

En *La desconstrucción del acontecimiento* (2006), Bleichmar cita la comunicación preliminar de Freud, que plantea: «En calidad de tal [trauma psíquico], obrará toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico y, desde luego, la sensibilidad de la persona afectada. Y agrega que lo vivido, o su recuerdo, opera a modo de *cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión conserva eficacia presente*» (Freud, 1895, en Bleichmar, 2006, s.p.).\*

¿Cómo es afectado el yo por «la incidencia atacante de lo real»? Según Bleichmar (2014), «el impacto de lo traumático pone en riesgo, en mayor o menor medida, dos grandes aspectos de la organización del yo y de su función: la autopreservación y la autoconservación» (p.40); es decir, la forma como el yo se representa la conservación de la vida y sus riesgos, por un lado, y, por otro, la forma como se siente en riesgo respecto de los enunciados identificatorios que lo constituyen. Normalmente, estas dos dimensiones van juntas, pero los traumatismos marcan su diferenciación. En términos generales, en las catástrofes naturales está en riesgo la autoconservación y en las a catástrofes históricas se ven constantemente

---

\* El destacado es nuestro.

afectados los enunciados identitarios constitutivos del yo, lo cual pone en riesgo la autoestima y lleva a procesos de desidentificación.

Se trata de poner de relieve la capacidad de lo acotencial (en tanto real histórico) de *producir efectos*, en la medida en que resulta imposible de engarzar en los sistemas psíquicos previos, ya que colocan al yo en riesgo de sobrevivencia biológica o simbólica.

Frente a estas experiencias, el psiquismo puede responder bajo dos modalidades, que no son excluyentes: al modo de lo *originario* y al modo de lo *arcaico*.

La cadena de respuestas al modo de lo originario implica todo el repertorio de formaciones sintomáticas sobre las que es posible seguir una traza simbólica, en tanto que la posibilidad de ligar se mantuvo y, aun dentro de la patología, el sujeto puede encontrar algún tipo de equilibrio. Podemos decir que la represión opera y que existe una malla simbólica que hace posible tramitar lo vivido.

Cuando, en cambio, la respuesta es al modo de lo arcaico, nos encontramos con otro fenómeno, en el que la represión no organiza y, más bien, las representaciones *avanzan*, desconectadas o desligadas, sobre un yo que se siente inerte para manejarlas. Se trata, en este caso, de los restos de lo real vivido, pero al modo de un material en bruto, desengarzado, que requiere de algo totalmente diverso de la interpretación simbólica. Supone ingresar en una clínica especial, que dé lugar a la escucha de aquellos *indicios* de la experiencia real, en la búsqueda de *simbolizaciones de transición* que aporten algún nivel incipiente de ligadura.

Entonces, es necesario preguntarnos: ¿de qué modo se produjo el desarme de la malla psíquica?, ¿qué opera de la represión originaria?, ¿qué restos de posibilidades de simbolización existen?, ¿qué de lo real vivido insiste, desarticulando y rompiendo?

## NEOGÉNESIS

El concepto de *neogénesis* viene a ampliar el repertorio de respuestas posibles ante la insuficiencia de la interpretación simbólica para cercar lo arcaico. Se trata de un movimiento que pretende generar las condiciones básicas para la simbolización posterior, en lugar de dar significados a priori.

Normalmente, el análisis trabaja sobre lo secundariamente reprimido, sobre aquellos contenidos que alguna vez fueron palabra y que, por lo tanto, son recuperables por medio de la asociación libre. Opera sobre el levantamiento de represiones y el develamiento del sentido oculto, ya que, en efecto, lo secundariamente reprimido es lo único sobre lo que el sujeto puede recomponer las cadenas asociativas, en la medida en que alguna vez esos contenidos formaron parte de la trama del lenguaje articulado.

Pero ¿qué ocurre cuando la organización defensiva del sujeto estalla espontáneamente por efecto de situaciones imposibles de tramitar o metabolizar con el equipamiento defensivo disponible?

No es posible seguir los mismos procedimientos cuando se trata de lo que nunca cayó bajo el efecto de la represión. Es este caso, se trata de cercar esas representaciones, «de recomponerlas cuando avanzan y, si no avanzan, dejarlas dormidas» (Bleichmar, 1999, p.105). Se aplica plenamente en este punto lo que plantea José Luis Martí Quirós (2004), para quien la escucha analítica es la «escucha de un silencio», es la escucha de lo que no puede ser dicho.

En ocasiones, un sonido, un olor, un dibujo de un niño, un dato perceptivo, aislado de cualquier ensamblaje (un *signo de percepción*, de acuerdo a los términos freudianos), puede ser capaz de producir perturbaciones, de desencadenar repeticiones o compulsiones, sin un aparente sentido. El signo de percepción queda anudado a la experiencia traumática como

resto metonímico. No es inconsciente, o sea que no ha caído bajo los efectos de la represión, y constituye el *indicio* privilegiado que lleva al trauma. El resto indiciario de lo real vivido no es un recuerdo, ya que para que exista recuerdo tiene que haber un sujeto que narre la historia, y estos son elementos que se encuentran fuera de la historización. Más que recuerdos, podría decirse que se trata de *reminiscencias* de algo que permanece como resto inmodificado que determina el estancamiento de la producción psíquica.

## PENSANDO DESDE LA CLÍNICA

La consulta de una mujer de 38 años nos ayuda a ejemplificar este tipo de intervenciones. Es una profesional universitaria que ha pasado por una penosa situación de violencia ejercida por su expareja, lo que deriva en reiteradas denuncias, en la judicialización del caso y en la prescripción de medidas severas: restricción de acercamiento y consiguiente colocación de tobillera electrónica al agresor. Asimismo, la pericia forense realizada a este hombre explicita la presencia de un trastorno antisocial de la personalidad, con fuertes componentes de manipulación, impulsividad, ausencia de sentimientos de culpabilidad, imposibilidad de empatía...; en fin, con la posibilidad de incurrir en acciones violentas que ponen en riesgo la integridad física del otro.

Esta mujer tiene con este hombre una hija de 6 años de edad. Acudió a la consulta dos meses después de haber reanudado, por su cuenta, el contacto con el padre de la niña, quien en el momento actual concurre a su casa a visitarla, lo cual ha generado nuevamente situaciones de violencia. A su vez, el padre ha llevado a su hija a dormir a su casa sin acuerdo de la madre. La situación se torna inmanejable para esta mujer, y consulta.

En algún momento del proceso terapéutico llegamos a un punto en el que pregunto: «¿Qué pasó? ¿Por qué habrá sido que lo llamaste de nuevo?».

La paciente rápidamente responde: «Es que, pobrecita Nati, yo la veía tan solita...».

El indicio «tan solita» da lugar a una intervención bajo la forma de pregunta: «Y tú, ¿te has sentido así alguna vez?». Esta intervención, que opera al modo de simbolización de transición, me lleva a una escena desconocida hasta el momento. Conduce al despliegue de la situación traumática histórica de la paciente: el maltrato infantil, el padre que no tuvo, un abuelo protector que murió cuando ella tenía 5 años, el abandono de la madre, la vida con una tía maltratadora en medio de carencias muy severas.

Hay que decir que el indicio sería aquello que *hace signo* para alguien, en este caso para el analista que escucha. No es un signo para el paciente.

Entonces, el modo de engarzar estos indicios a la trama psíquica y reducir sus efectos destructivos es a través de la elaboración de simbolizaciones de transición que, como verdaderos autotrasplantes psíquicos, hagan posible *recomponer* y *articular* lo desgarrado.

Neogénesis, tal como sostiene Bleichmar (1999), sería entonces aquel «movimiento que en la práctica no se limita a recuperar lo ya existente, sino que intenta generar nuevas condiciones de simbolización, abrir nuevas posibilidades de vida» (p.12). Y la autora agrega: «la intervención del analista no se reduce a encontrar lo que ya estaba, sino a producir elementos nuevos de recomposición y de articulación que den un producto diferente del preexistente» (p.37).

En estos casos, la interpretación simbólica obtura la posibilidad de establecer un nexo más profundo con lo vivenciado, que es absolutamente singular. Las simbolizaciones de transición hacen posible el nexo, permiten la apropiación de un fragmento representacional que no puede ser

aprehendido mediante la libre asociación, cuya significación escapa, pero insiste de manera compulsiva.

A diferencia de la construcción, no ofrece un sentido más o menos cerrado proporcionado desde la función sintética del analista, sino que más bien *implanta contextos* que han sido relatados y que son conocidos en el interior del proceso analítico, pero que no han sido relacionados con el elemento emergente. Se trata de restituir el *fragmento indiciario* a la escena de la que formó parte, para dar lugar al paso de la metonimia a la metáfora.

## LA FUNCIÓN DEL TERAPEUTA

Teresa Sánchez (2017) nos recuerda que Julia Kristeva decía: «Un analista que no descubre en cada uno de sus pacientes una nueva enfermedad del alma, no lo escucha en su verdadera singularidad» (p.2).

En el terreno de lo traumático, la búsqueda de lo singular es, para el analista, la disposición a ingresar en el terreno de lo irrepresentable o de lo impensable, en la medida que no estamos en el terreno de lo secundariamente reprimido y, por ello, recuperable desde su encadenamiento simbólico.

La idea de *figurabilidad psíquica*, que desarrollan con gran profundidad César y Sara Botella (2001), nos ayuda a pensar «en esa zona psíquica-prepsíquica situada a uno y otro lado del mundo de las representaciones, especialmente el de las representaciones de la palabra, de las formaciones preconscientes, de la racionalidad» o bien en la «memoria sin recuerdo» o en lo que los autores llaman *tras-país*. Este sería el de los «acontecimientos que no han podido adquirir la condición de representación», ya sea que se refieren a un pasado, como a un presente que «escapa a la posibilidad de ser puesto en historia-relato debido al fracaso del Trabajo de Representancia» (Botella, 2014, pp.1-3).

Acceder a este universo prepsíquico requiere de una escucha fina e implicada, que nos coloca en un terreno complejo y que en ocasiones nos lleva al límite de nuestra capacidad de procesamiento y a nuestros propios impensados. Al decir de Botella y Botella (2001), se trata de una escucha particular, que implica en la mente del analista procesos regresivos —al modo del trabajo del sueño— que hacen posible un trabajo de figurabilidad psíquica.

Para finalizar, acordamos con lo que plantea Susana García Vázquez (2005) con respecto a que nuestra tarea «requiere libertad, modestia y rigurosidad. Libertad para poder pensar y apelar a distintos recursos, modestia para no olvidar nuestros límites, los límites de nuestro instrumento y los del paciente, y rigurosidad en la reflexión que la clínica diariamente obliga» (s. p.).

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTINI, D. (1965). *Antología. Clásicos uruguayos* (vol. 69). Montevideo: Biblioteca Artigas.
- BLEICHMAR, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLEICHMAR, S. (1999). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLEICHMAR, S. (2006). La desconstrucción del acontecimiento. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Tiempo, Historia y Estructura. Su impacto en el psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Lugar y APA.

- BLEICHMAR, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- BOTELLA, S. y BOTELLA, C. (2001). *La figurabilidad psíquica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BOTELLA, C. (2014). Sobre el trabajo de figurabilidad. *Asociación Internacional Para el Estudio y Desarrollo de la Mentalización*.  
<https://revistamentalizacion.com/ultimonumero/botella.pdf>
- FREUD, S. (1985). *Obras completas. Estudios sobre la histeria (J. Breuer y S. Freud) (1893-1895)* (vol. II). Buenos Aires: Amorrortu.
- GARCÍA VÁZQUEZ, S. (2005). Trauma psíquico y método psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 100*, 149-169.  
[https://www.apuruguay.org/revista\\_pdf/rup100/100-garcia.pdf](https://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup100/100-garcia.pdf)
- LAPLANCHE, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LAPLANCHE, J. (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MARTÍ QUIRÓS, J. L. (2004). La escucha alienada. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 43*, 157-162.
- SÁNCHEZ, T. (2017). Cambios en la escucha psicoanalítica de los trastornos ligados a la hipermodernidad. *Aperturas psicoanalíticas, 56*.  
<http://shorturl.at/sFMQ3>

# INFANCIAS TRANS. INTERPELACIONES EN LA FIGURA DEL PSICOANALISTA

**Mauricio Clavero Lerena**

Magíster en Psicología Clínica de la UDELAR  
Especialista en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA

Profesor titular del IUPA

Miembro de la AUDEPP

Correo electrónico: [maucl2020@gmail.com](mailto:maucl2020@gmail.com)

ORCID: [0000-0002-8961-4222](https://orcid.org/0000-0002-8961-4222)

## Resumen

En este artículo se propicia una reflexión acerca de la necesidad de que «lo invisible opere visibilidad y lo impensado se vuelva enunciable» (Fernández, 2000, p. 171). Para ello, se desarrollan algunas tensiones en torno a la teoría y la clínica psicoanalítica desde las diversidades y disidencias sexuales en la infancia.

Para una posible comprensión de las migraciones sexo-genéricas en las infancias, es necesario considerar una amplitud teórica dentro y fuera del territorio psicoanalítico, de los enunciados de permanencia del funcionamiento psíquico (Bleichmar, 2000), el conocimiento de estudios de género desde una perspectiva poscolonial y el necesario debate en torno a la relación entre los cuerpos, los sexos y las identidades.

Es por esa razón que se apuesta a la articulación interdisciplinar y a la noción de producción de conocimiento desde la interseccionalidad. Este planteo surge de una clínica comprometida con el denominado *lazo social* y, siguiendo a Silvia Bleichmar (1986), se propone a la clínica psicoanalítica no como ese lugar donde se produce teoría, sino desde el cual se abren interrogantes; y es desde allí que se convoca a pensar las violencias que sufren y han sufrido algunas personas trans en sus primeros años de vida.

**Palabras clave:** infancias trans, psicoanálisis, violencias

## TRANS CHILDHOODS: INTERPELLATIONS IN THE FIGURE OF THE PSYCHOANALYST

### Abstract

In this article, we propose to reflect on the need to make “the invisible visible and the unthinkable enunciable” (Fernández, 2000, p. 171). To do so, we develop some tensions around psychoanalytic theory and clinic from diversities and sexual dissidence in childhood.

For a possible understanding of sex-generic migrations in childhood, it is necessary to consider a theoretical spectrum both inside and outside of the psychoanalytic territory, the statements of permanence of psychic functioning (Bleichmar, 2000), the knowledge of gender studies from a postcolonial perspective, and a necessary debate around the relationships between bodies, sexes and identities.

For this reason, we commit our efforts to an interdisciplinary articulation and to the concept of generating knowledge from an intersectional standpoint. This approach arises from a clinic devoted to the so-called social bond and, following Silvia Bleichmar (1986), we propose a psychoanalytic clinic, not as a place where theory is produced, but a place where questions are raised; and from this place we invite others to think the violence that trans people suffer and suffered in early life.

**Keywords:** trans childhood, psychoanalysis, violence

## EL CRUCE DE LA FRONTERA<sup>1</sup>

No soy un hombre. No soy una mujer. No soy heterosexual. No soy homosexual. No soy tampoco bisexual. Soy un disidente del sistema sexo-género. Soy la multiplicidad del cosmos encerrada en un régimen epistemológico y político binario, gritando delante de ustedes.

Paul B. Preciado (2019, p. 28).

Tal como propone Paul B. Preciado (2019), el cambio de sexo o género y la migración son dos prácticas de cruce que, al poner en cuestión la arquitectura política y legal del colonialismo patriarcal, de la diferencia sexual y del Estado-nación, sitúan a un cuerpo humano vivo en los límites de la ciudadanía e incluso de lo que entendemos por *humanidad*. Lo que los caracteriza es el camino radical, no solo del viajero, sino de la comunidad humana que lo acoge o rechaza. El cruce es el lugar de la incertidumbre, de la no evidencia, de lo extraño, y eso no es una debilidad, sino una potencia.

Cambiar de sexo o género no es, como quiere la guardia del antiguo régimen sexual, dar un salto a la psicosis, pero tampoco es un mero trámite médico-legal que puede completarse durante la pubertad para dar paso a una normalidad absoluta. Si el régimen de la diferencia sexual es la religión científica de Occidente, entonces ese cambio no puede ser sino

---

1 El presente artículo plantea y discute posibles interpelaciones en la figura del psicoanalista a partir de las migraciones sexo-genéricas en las infancias; como tal se enmarca en un adelanto de investigación en curso que se titula: *Infancias trans. Perspectivas psicoanalíticas. Estudio exploratorio-descriptivo en psicoanalistas de la ciudad de Montevideo*, del doctorado en Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad del Salvador, en convenio con la Asociación Psicoanalítica Argentina, en la ciudad de Buenos Aires.

un acto herético. El cuerpo y la sexualidad ocupan en la actual mutación el lugar que la fábrica ocupó en el siglo XIX. Existe al mismo tiempo una revolución de los subalternos y un frente contrarrevolucionario en lucha por el control de los procesos de reproducción de la vida (Preciado, 2019).

El cruce de la frontera posibilita visualizar sexualidades centrales y periféricas, como si se hiciera uso de un símil geográfico, no con el objetivo de transmitir un locus de pertenencia, tal como menciona Raquel Lucas Platero (2012), sino con el fin de esbozar la posición que ocupa una práctica, vivencia o identidad sexual, con respecto a los vectores de poder que la componen, para evidenciar así sus fisuras constitutivas. Asimismo, son de interés los aportes de Gilles Deleuze y Félix Guattari (2006) con respecto al territorio que se pretende conocer, el cual es producido en el movimiento mismo del cartografiado o como cartografías que se van dibujando en paralelo al tiempo que se fundan y establecen los territorios.

Se parte de que no todas las identidades sexuales o de género comparten un mismo lugar de disidencia o transgresión y, por lo tanto, ello exige conceptualizar como campo de problema —al decir de Ana María Fernández y Juan Carlos De Brasi (1993)— lo diverso, aquello que agrupa lo discontinuo, sin cultivar lo homogéneo.

## PSICOANÁLISIS, DIVERSIDADES Y DISIDENCIAS SEXUALES

Las *diversidades sexuales* llevan consigo presentaciones subjetivas que ponen en discusión conceptualizaciones psicoanalíticas relativas a la sexualidad, los géneros, los sexos y la sexuación. Particularmente, el travestismo, la transexualidad y el transgénero dislocan la tradicional relación sexo-género y ponen en evidencia un carácter disidente con relación a la heteronorma, lo cual convoca a la revisión de algunos postulados

psicoanalíticos tradicionales. Dichas presentaciones exigen una especial discusión de sus complejidades y especificidades cuando constituyen existenciarios en las infancias.

Reconocer la existencia de niños y niñas que desde su identidad de género autopercibida se denominan *trans* pone de manifiesto subjetividades sexuadas, así como emplazamientos deseantes e identitarios que alteran el orden de un régimen instituido. Estimamos que las perspectivas o puntos de vista que posean los psicoanalistas al respecto son un problema de interés para ser atendido-investigado.

Propiciar la problematización en torno a las infancias trans genera desafíos que incluyen a la comunidad científica y académica, y que la exhortan a la producción de conocimiento al respecto. El psicoanálisis —como disciplina que aborda la sexualidad— podría sentirse convocado a exponer un posicionamiento, desde sus aportes tanto teóricos como clínicos.

Desde este lugar, si desea hacerlo, deberá considerar los aportes de Silvia Bleichmar (2000) y definir los enunciados de permanencia del funcionamiento psíquico, entendidos como aquellos que trascienden las mutaciones en la subjetividad y las modificaciones históricas y políticas. Esa necesaria permanencia de enunciados cobra mayor vigencia como horizonte explicativo posible para esos modos de emergencia de la subjetividad (Bleischer, 2017).

Por otra parte, Joyce McDougall (1998) postula que a veces reverenciamos con un fervor casi religioso a las cabezas pensantes de nuestras escuelas analíticas. Es decir, no cuestionamos estas instituciones ni sus conceptos o descubrimientos, con lo cual dejamos entrever que les otorgamos una suerte de profesiones de fe, más que considerarlas teorías científicas; muchas veces los maestros son elevados al rango de sacerdotes y profetas en torno a cierto fervor casi religioso de quienes integramos esas instituciones. En ese sentido, se hace necesario considerar la apuesta epistemológica de Sandra Harding (1986), quien entiende la

necesidad de volver a las sociedades científicas y revisar cómo se produce conocimiento y de qué manera las nociones sobre género han influido e influyen en la práctica y el pensamiento científicos.

Tal como se desprende de la investigación de Diego Sempol (2013), el discurso médico —particularmente el psiquiátrico—, así como el discurso psicoanalítico, y, por tanto, las instituciones que los han albergado históricamente, han diagnosticado las diversidades sexuales en la órbita de la psicosis y la perversión. Al respecto, Néstor Yellati (2013) propone suspender el diagnóstico de psicosis a toda persona trans y subraya la importancia que tiene para un psicoanalista el reconocer sus propios prejuicios. Afirma que muchas veces la contratransferencia que suscita la demanda de transformación del cuerpo puede ser causada por un prejuicio actual, y agrega que el diagnóstico es una herramienta magnífica, pero que en ocasiones puede quedar al servicio de ese mismo prejuicio. Tal como propone Facundo Blestcher (comunicación personal, 2019), despatologizar las diversidades no implica suprimir la psicopatología, sino someter a revisión la metapsicología para evitar una ideologización.

Es necesario reconocer que las construcciones indentitarias trans no son psicosis *per se*. Esto no significa que no alberguen un sufrimiento específico que pueda desencadenar alteraciones de orden psicopatológico, pero ello podría desarrollarlo también alguna otra situación de sufrimiento psíquico.

Un desafío que se instalaría en la figura del psicoanalista a partir de las disidencias y diversidades sexuales en las infancias sería permitirse una interpelación en torno a su marco referencial teórico y tener disposición a una necesaria ampliación de sus fronteras teóricas y horizontes conceptuales. Ello implica ser cauteloso, no incurrir en una suerte de sociologismo psicoanalítico y revisar dimensiones metapsicológicas con el fin de acercarse a una comprensión del sufrimiento psíquico que pueda ocasionar el dinamismo de estas presentaciones.

En tal sentido, y al decir de Fernández (2000), tampoco se trata de *psicologizar lo social*, sino de partir de una noción de subjetividad más allá de los dominios de objeto unidisciplinarios —en lo que, bajo la premisa del caso por caso, muchas veces se incurre— y considerar un sujeto universal de interioridad psicológica.

Además, se trata de reconocer la avidez de un saber que no se ha producido exclusivamente en nuestras fronteras disciplinares, sino que proviene fundamentalmente del horizonte social, en particular de los colectivos de la diversidad y la disidencia. Estos colectivos han dispuesto sus biografías de vida y también de muerte, y, paralelamente, han construido teorías de las cuales muchos de nosotros, desde nuestra sexualidad cis, no hemos podido cuidar-respetar adecuadamente.

La contemplación de una amplitud teórica, la articulación interdisciplinar, así como la noción de producción de conocimiento desde la interseccionalidad, darían cuenta de condiciones necesarias para poder, como proponía Michel Foucault (1976), pensar de otro modo.<sup>2</sup>

La interseccionalidad, en el sentido desarrollado por Platero (2012, 2014), debe concebirse como una herramienta de comprensión de las sexualidades no normativas, que contempla las expresiones de deseo, la identidad y el parentesco que rompen con patrones heteronormativos y exceden y transgreden las creencias del sexo asignado al nacimiento, la identidad de género y la congruencia de los roles asignados socialmente. O, como sostiene Lisa Duggan (2011), como posibilidad de propiciar la comprensión en torno a las relaciones de privilegios y exclusiones, no solo apelando al necesario reconocimiento de las sexualidades no normativas, sino también contribuyendo teóricamente a interpelar la privatización de

---

2 En este sentido se considera como antecedente el trabajo de la Dra. Rosario Allegue (2013), *Pensar de otro modo: de la diferencia sexual a la diversidad*. Si bien no incluye las disidencias sexuales, sí relaciona en profundidad el postulado foucaultiano con presentaciones de la diversidad sexual en la clínica psicoanalítica.

derechos y ofreciendo herramientas teóricas para la movilización dentro de las fronteras.

Por otra parte, atiende a la artificial frontera entre el *ellos* y el *nosotros*. Esa posición se dibuja sobre la garantía de la distancia y la seguridad de quienes configuran el *nosotros*, que no podrán jamás ser confundidos con el *ellos*. Esa frontera entre el *nosotros* y el *ellos* se desvanece y está asentada en una ilusoria convicción de continuidades, donde se cargan y movilizan ejes de diferenciación y no de integración, lo que reproduce dinámicas de privilegio y subordinación.

La interseccionalidad exige que la sexualidad sea pensada con relación a la raza o etnia, la capacidad o la diversidad funcional, la clase, la posesión o no de un estatus de ciudadanía, etcétera. A veces, arriba a la noción de una sexualidad abyecta —aunque no toda sexualidad no normativa es necesariamente abyecta o disidente— en la que se subraya cómo funcionan el privilegio y el poder, tal como lo proponía Foucault (1976), o lo que Preciado (2005) menciona como «sexo-política».

Lo abyecto como práctica transgresora es lo que, según Platero (2012), fue enunciado con anterioridad por Julia Kristeva (1980) como la imposibilidad de alcanzar una identidad estable y fija, en la que los objetos que provocan la abyección son los que traspasan el límite del cuerpo y ocupan ese espacio intermedio de peligro y deseo. Esta noción en torno a la corporalidad implica conocer —tal como menciona Carlos Alberto Barzani (2015), citando a Enrique Carpintero (2012)— la noción de *corposubjetividad*, entendida como aquella que refiere a un sujeto que constituye una subjetividad desde diferentes cuerpos.

Cuerpo orgánico, cuerpo erógeno, cuerpo pulsional, cuerpo social y político, cuerpo del imaginario, cuerpo simbólico; cuerpos que a lo largo de la vida componen espacios de anudamiento y dan cuenta de procesos de subjetivación, pero también cuerpos que producen signos, tal como plantea Baruch Spinoza (1982), en clave de pasiones. Pasiones como efectos

de acciones sobre los cuerpos, cuerpos que afectan y son afectados en el colectivo social. Siguiendo a Foucault (1984), cuerpos en tanto realidades discursivas, que no solo producen sino que transforman discursos, interpelando así lo que Zubiaur (2007) postula como ficciones identitarias, las cuales no desaparecen solo con una deconstrucción teórica.

Concebir los cuerpos acorde a la noción de *género* de Judith Butler (2002) implica que el cuerpo sexuado se asume en un contexto y momento dados y, por ende, queda descartada la hipotética relación mimética entre sexo biológico y género. Este último es entendido como una categoría clasificatoria que constituye una matriz con el poder, que no puede ser leída fuera de él y que no existe, sino que se crea al tiempo que se performa (Butler, 1990). Así concebido, el género estaría necesariamente en articulación con la noción de *agencia*, ya que el género no sería una suerte de identidad estable o un locus de agencia del que derivarían distintos actos, sino que se trataría de una identidad constituida en el tiempo, una identidad instituida a través de una repetición de actos siguiendo particulares estilos. A su vez, el género estaría tensionado con una noción de *inteligibilidad* (Butler, 1993, 2002), que atañe a todos los actores sociales implicados en los procesos de etiquetaje identitario, donde indicar algunos cuerpos como inteligibles no limita las posibilidades corporales ni discursivas de representación, es decir que pueden existir representaciones cuyos significados sean ininteligibles para parte de los actores involucrados.

El psicoanalista que se entienda interpelado seguramente examinará su implicación, su corposubjetividad, ampliará su análisis de las teorías que sustentan sus prácticas y de las propias representaciones sexuales y de género que lo atraviesan y lo han constituido. Asimismo, podrá considerar la corposubjetividad trans apoyado en la noción de *cuerpo* que propone Begoña Enguix (2010), como esa frontera entre dos mundos vividos o imaginados: por un lado, el de los discursos sociales —adscritos e

inscritos— y, por otro lado, el de los deseos y las expresiones identitarias corporeizadas. Y lo hará considerando las representaciones y los discursos desde su carácter múltiple, limitado por la inteligibilidad y visibilidad, donde la apuesta estaría en

visibilizar lo menos estereotipado recurriendo a los nuevos discursos identitarios. Los cuerpos visibles, identidades no prefijadas sino inestables y fragmentadas en las que las identidades son inscritas (Nietzsche, Butler) se constituyen en fronteras respecto a los cuerpos no visibles ni explícitamente sexualizados, en los que los elementos de inscripción pueden no existir, pasar inadvertidos o ser distintos. (Enguix, 2010, p. 58)

## LAS INFANCIAS TRANS COMO EXISTENCIARIOS POSIBLES

Largas tensiones se han puesto sobre la mesa con relación a lo trans en las infancias o a las infancias trans, atravesadas por dimensiones que responden a una consideración evolucionista —que no habría motivos para desechar—, que quizás exige ciertas revisiones en las que algunos conceptos, como el de *recursividad*, han encontrado un fundamentalismo resistente a la hora de ser interpelados. A ello se le suman los debates en torno al tratamiento hormonal, la autonomía progresiva, etcétera, todos debates necesarios, pero que exceden el horizonte de esta reflexión.

Tales debates, si se articulan con la interpelación, seguramente construirán una escucha analítica que respete lo que Marlene Wayar (2019) propone como *empatía mutua*, lo cual propiciaría la consideración de la *nostredad* de la infancia como tiempo y cartografía para la indagación, la transformación y la identificación. Ello permitirá escuchar empáticamente infancias exploratorias que no sean rápidamente patologizadas,

sino que puedan ser modelos de referencia que ofrezcan la posibilidad de producción de nuevos saberes.

Ríos de tinta han circulado desde el psicoanálisis en torno a la conceptualización de las infancias. Sin ánimo de desconocerlo y apuntando a su ampliación desde un posicionamiento poscolonial es que se entienden oportunos los aportes de Wayar (2019):

la infancia como ese tiempo y cartografía donde podemos construir una tercera opción a la dicotómica propuesta entre identidad/Yo-Otredad, el poder como posibilidad de construir Nostredad, posibilidad valiosa para enarbolar nuestras voces. La humanidad está hasta hoy entendida como la realidad sistémica heterocentrada hombre-mujer, de cuyo entender binario venimos teniendo resultados tales como que desde que enunciaron la ley primera, «No matarás», la muerte ha venido siendo el negocio más productivo del sistema en lo macro: civilizaciones heterosexuales contra civilizaciones heterosexuales. Y en lo micro, familias y hogares heterosexuales violentando, expulsando y hasta matando por acción y omisión a sus infancias. Entonces, desde la Teoría Trans Latinoamericana afirmamos que «No queremos más ser esta Humanidad» (Susy Shock), y al decirlo intentamos salirnos del par sistémico: «No soy hombre, no soy mujer, hoy *voy siendo travesti*». Este gerundio explica mi *solo por hoy*, pero no lo cierra a crisis y transformación. Iré viendo si desde mi compromiso y amor responsable me salgo de esa topografía otra, ajena y opresiva, para desde mi lugar y tiempo hacer una crítica con todos aquellos registros que poseo, desde los que pueden confrontar cualquier teoría para situacionalmente ratificar o rectificar cualquier constructo teórico, todo saber. (p. 25)

Con el fin de aportar al conocimiento, y enmarcado en la formación doctoral en curso, se enuncia una noción posible acerca de las infancias

trans que las considera como una construcción de existenciaros en niños y niñas que presentan formas identitarias *aparentemente discordantes* con el sexo anatómico asignado o con las representaciones genéricas binarias que definen la diferencia entre lo masculino y lo femenino, según los dispositivos de producción de subjetividad (Blestcher, 2017).

La noción de *existenciaros* tiene como origen el pensamiento de Martin Heidegger (1951) y se articula con los desarrollos de Fernández (2012) y Fernández y Peres (2013), así como con la noción de *existenciaros trans*, acuñada por Lohana Berkins (2012). Asimismo, considera la noción de *itinerarios y subjetividades nómades*, propuesta por Rosi Braidotti (2000), y se adhiere a un concepto de género autopercibido y resultante de las condiciones de construcción ideológica, entidad cultural, moral y política (Pavan, 2017).

Estos existenciaros hacen eco de una perspectiva constructivista de la identidad trans, una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad y la contingencia (Hall, 2003, en Arfuch, 2005), y emergen de posiciones del sujeto y no son susceptibles de ser fijadas en el tiempo ni de reducirse a unos pocos significantes claves. Así entendidos, refieren, más que al ser, al proceso de *devenir* (Arfuch, 2005) y operan como un juego de representaciones que funciona en el marco de contextos simbólicos y materiales específicos. Ello supone que no hay existenciaros-identidades sin una narrativa del sí mismo, sin un discurso ni un entramado de intersubjetividades sociales que oficien de marco de inteligibilidad (Arfuch, 2005).

Ello se amplía y enriquece con los aportes de Blestcher (2019), quien considera a las infancias trans como una modalidad entre tantas otras con las cuales se constituye el sujeto sexuado. Esto es extensible a otras presentaciones de disidencias sexuales existentes en la infancia o en otro momento de la vida, atravesadas por una pluralidad, una multiplicidad, una ambigüedad, una hibridación, una transicionalidad, que en gran

medida contradicen e incomodan las concepciones canónicas con las cuales se pensaron los géneros, los sexos, las identidades, las subjetivaciones, las sexuaciones.

De forma similar, una referente, la Dra. Eva Giberti<sup>3</sup> (2019), en diálogo personal hace mención a

un mundo que ha existido siempre y que ha podido hacerse, ver y buscar reconocimiento contra toda corriente que ha marcado qué es lo normal y qué no. Una realidad que ha estado oculta y ocultada, sufriendo, confundida [...] íntimamente definida por el afuera, [...] donde la violencia de la cultura intenta obligar a comportarse como no se desea [...] niños que tempranamente, cuando acceden a su identidad de género, se autoperciben desconcertados, poniendo en juego elementos del ser en cuanto identidad, de la existencia de ese ser. (Comunicación personal, 5 de mayo, 2019)

Si atendemos a que las interpelaciones exigirían de nosotros esbozar algunas definiciones, sin forzar sentidos, es que se hace imperioso escuchar a los protagonistas. La clínica y particularmente la clínica psicoanalítica, implicada, interpelada, siempre ha sido un lugar para alojar hospitalariamente esa posibilidad. Una clínica en la que a algunos psicoanalistas estos pacientes *nos llegan* —en el sentido amplio del significante— podría ser ese lugar para poner en funcionamiento el postulado de Bleichmar (1986), como ese lugar desde donde se abren interrogantes.

---

3 El Mag. Facundo Blestcher y la Dra. Eva Giberti forman parte de la muestra de la investigación en curso y fueron entrevistados en 2019 en calidad de informantes clave.

## CLÍNICA Y VIOLENCIAS

Solía pasar largas horas mirándome al espejo. Me acariciaba el rostro y el cuello, me pasaba los dedos por los labios, me rozaba los pezones y, despacio, iba bajando por el vientre hasta encontrarme con eso. «Ya se va a caer», pensaba, mirándome el pene. Mis compañeros de clase me decían mujercita y aquello me entusiasmaba.

Nenita, nenita cantaban, pero no alcanzaba para que la maestra me diera permiso de ir al baño con las otras nenas, o para evitar la tormenta de piñas que dos o tres veces por semana me alcanzaban a la salida de la escuela. A las nenas no se les pega, había dicho la maestra una vez, pero se ve que yo era parte de un grupo de nenas a las que sí se les podía pegar.

¡Pateá como un hombre!, me gritaba el profesor de gimnasia y todos se reían de mis movimientos demasiado frágiles. No era buena en el fútbol, lo reconozco, pero si tan solo me hubieran dado la oportunidad de demostrarles lo regia que era patinando, tal vez hasta se hubiera sentido orgullo de mí.

Una mañana de domingo, desnuda frente al espejo, osé esconderme el pene entre los muslos y ponerme la bata suave de mamá. ¡Qué bonita me quedaba! No recuerdo muy bien qué pasó después. Ellos estaban en misa, pero habían llegado antes.

Papá entró al dormitorio y me sorprendió jugando. Apretó los dientes, se arrojó sobre mí y los puños de los gurises de la escuela ya no eran tan poderosos comparados con los suyos.

Sentada en la ducha, llorando, veía la sangre y el agua tibia arremolinándose en el desagüe. Las compañeras de la escuela decían que la primera vez que sangrás duele, pero nunca me imaginé que tanto.

Juan Solá (2016, pp. 23-24).

Juan Solá (2016), en su texto *La Chaco*, expone diversos testimonios que evidencian y enuncian lo difícil de ser enunciable-denunciable: múltiples tramas de violencias padecidas tempranamente por personas trans, nada lejanas a las que escuchamos en la clínica.

De forma similar, Juan Ramón Barbancho (2018), en *Cicatrices en la memoria*, realiza un recorrido por historias de vida de personas trans y

conceptualiza la noción de *infancias destruidas* para aludir a la violencia a la que han sido sometidas por el hecho de evidenciar su sexualidad no normativa.

Otros relatos, como también proponen Verónica Dema y Alejandro Viedma (2018) —citando a Osvaldo Bazán (2018)— evidencian un orden de lo *nefando*, entendido como lo indigno, lo que no se puede hablar sin repugnancia u horror.

Las diversas formas en que se entraman los relatos de las personas trans van tejiendo redes de significaciones que —al decir de Graciela Eyheremendy et al. (2017)— desquician y deslizan los acoples sexo-género de la modernidad. En tal sentido, se piensan como agenciamientos, en la medida en que las experiencias de los cuerpos se entraman con enunciados y significaciones, y arman máquina.

La violencia por identidad de género puede ser ejercida por personas, grupos de personas o por instituciones. Va desde sutiles expresiones —propias de la violencia simbólica— hasta graves actos discriminatorios con altos niveles de violencia física, que ponen en riesgo la integralidad e incluso la vida de personas trans.

La transfobia está en el origen de los actos violentos hacia las personas trans. Jesús Generelo (2012) la define como aversión, rechazo o temor a personas trans, a la transexualidad o a sus manifestaciones, quizá porque roza lo que parece ser el tabú más grande de todos: la transgresión de los roles de género y de lo socialmente establecido en lo que refiere a la identidad de género.

Estos procesos incluyen no solo a quien agrede y quien es agredido, sino también a quien es espectador, que generalmente desde el silencio y la no intervención coopera con la reproducción de la situación de violencia. El espectador se convierte en un testigo que muchas veces se identifica con la víctima.

Ilan Meyer (2003) habla de un «estrés de las minorías» cuando se refiere a existenciarios atravesados por experiencias vitales de alto grado de ansiedad por el hecho de ser trans. Ello pone en juego los múltiples mecanismos de la discriminación, las expectativas de rechazo, la vergüenza, la posible transfobia internalizada, etcétera. Según el autor, las vivencias de estigma, prejuicio y discriminación construirían un ambiente hostil que facilitaría la aparición de diversos conflictos psicológicos. A diferencia de otras violencias, como puede ser la discriminación por etnia o religión —en las cuales se encuentra apoyo en el contexto familiar—, las personas trans suelen ser las únicas en sus familias, núcleos familiares que históricamente las han discriminado y expulsado.

La clínica psicoanalítica que reciba estas situaciones propiciará escuchar al otro atravesado por el campo de lo diverso o lo disidente, sin descuidar las resonancias internas que se ponen en juego en las fantasías, así como las construcciones de realidad que allí se produzcan. Se buscará sostener las dimensiones del dolor psíquico sin impulsar una adaptación normativa y acompañar la producción en torno a la singularidad deseante y la autopercepción. Se escuchará las derivas del reconocimiento de lo diverso desde un lugar de la no excepción o rareza, para potenciar que pueda expresarse como singularidad sin incurrir en la normalización.

La violencia padecida desde lo real buscará ser reparada en el vínculo transferencial, y es allí donde se entiende que aquel psicoanalista que se halla interpelado escuchará un particular sufrimiento muchas veces atravesado por la abyección y estará atento de no incurrir en una lógica hetero-cis-normativizante. Ello posibilitará que emerjan otros elementos, que podrán ser o no de orden psicopatológico y que *trascenderán* los conflictos específicos del campo de lo diverso.

Si se produce una interpelación en la figura del psicoanalista, seguramente se podrá estar atento de no incurrir en discursos que quizás puedan tener un contenido reactivo a lo hetero-cis-normativo, en los cuales

—atravesados también por una cierta corrección política— se pueda llegar a considerar una suerte de explicación de las infancias trans en forma exclusiva desde lo genérico. La clínica psicoanalítica con perspectiva de género entenderá que no son reducibles las infancias trans a la identificación genérica y contemplará también la constitución psíquica de las infancias. Tal como menciona Blestcher (2019), deberá tener en cuenta aspectos de una organización de la tópica que exigen la comprensión de parámetros metapsicológicos.

## UN A MODO DE SÍNTESIS, SOSTENIENDO LA INCOMODIDAD

Este trabajo intentó aportar a un *pensar incómodo* y tomó los desafíos de interrogar lo que no se sabe. Pero, sobre todo, intentó no incurrir en explicar psicoanalíticamente desde lo ya sabido situaciones como las infancias trans, sino que buscó someterlas a un real campo de problemas, con el fin de insistir en que lo invisible opere visibilidad y lo impensado se vuelva enunciable.

Esta es una realidad que oficia como punta de lanza, ya que abre un debate a la interna de nuestra disciplina y nos convoca a interpelarnos. Y esta punta de lanza no desconoce los avances de los marcos legales regulatorios, por ejemplo, en Uruguay, donde las infancias trans son legalmente posibles.

El psicoanalista que se interpele desde la implicación de su clínica podría sentirse interesado en comprender una realidad que se articula y se adapta al sistema legislativo y, por lo tanto, da respuestas, desde una perspectiva de derechos, a sujetos que han padecido históricamente su vulneración. Pero más allá del reconocido avance legal que reciben,

tendrá presente que el goce involucrado en la sexuación no puede ser considerado, por definición, del todo absorbido por ninguna ley.

Por otra parte, quienes realicen investigaciones en este campo de problemas, atravesados por la interpelación, aportarán a la concientización y la educación dentro de una episteme de la diversidad sexual y de los derechos humanos, teniendo en cuenta que sigue siendo el horizonte que permitirá eliminar la discriminación y las violencias sufridas por la población trans.

Para finalizar, cabe mencionar que las interpelaciones serán múltiples y los puntos de vista o perspectivas de los psicoanalistas que se sientan convocados serán variados y dependerán de la relación entre su orientación teórica y la visión que tengan de los modos de subjetividad sexuada contemporánea y de los devenires eróticos-existenciales.

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEGUE, R. (2013). Pensar de otro modo: de la diferencia sexual a la diversidad. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 7(2), 5-18.
- ARFUCH, L. (2005). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- BARBANCHO, J. R. (2018). *Cicatrices en la memoria. Testimonios de infancias LGTB robadas*. Barcelona: Eagles.
- BARZANI, C. A. (2015). Pospornografía: ¿Disidencia sexual o pornografía cool? En *ActualidadDe. Erotismo y pornografía* (pp. 81-101). Buenos Aires: Topía.

- BERKINS, L. (2013). Los existenciaros trans. En *La diferencia desquiciada*. Buenos Aires: Biblos.
- BLEICHMAR, S. (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BLEICHMAR, S. (2000). Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. Una propuesta respecto al futuro del psicoanálisis. *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de Psicoanálisis*, 6. [shorturl.at/imvEL](http://shorturl.at/imvEL)
- BLESTCHER, F. (2017). Infancias trans y destinos de la diferencia sexual: nuevos existenciaros, renovadas teorías. En I. Meler (comp.), *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- BRAIDOTTI, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.
- BUTLER, J. (1990). *Gender Trouble*. Nueva York: Routledge.
- BUTLER, J. (1993). *Bodies That Matter. On The Discursive Limits Of "Sex"*. Nueva York: Rutledge.
- BUTLER, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós.
- CARPINTERO, E. (2012). La transgresión cuestiona lo natural del orden de la cultura. *Revista Topía*. [shorturl.at/dhmAP](http://shorturl.at/dhmAP)
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (2006). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos.
- DEMA, V. y VIEDMA, A. (2018). *Les rares. Relatos de diversidad sexual*. Buenos Aires: Milena Caserola.
- DUGGAN, L. (2011). After Neoliberalism? From crisis to organizing for queer economic justice. *The Scholar & Feminist Online*, 10 (1-2). [shorturl.at/afHK2](http://shorturl.at/afHK2)
- ENGUIG, B. (2010). Identidades inteligibles y cuerpos disidentes en la España contemporánea. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 2(2). [shorturl.at/oqwS0](http://shorturl.at/oqwS0)

- EYHEREMENDY, G., SÁNCHEZ, M., GIUSTO, L. y FERNÁNDEZ, A. M. (2017). *Diversidades sexuales: puntuaciones sobre algunos momentos de devenires trans*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXIV Jornadas de Investigación, XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2000). Morales incómodas. Algunos impensados del psicoanálisis en lo social y lo político. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 2, 171-189.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2015). Com-posiciones actuales de las diversidades sexuales. *Revista Generaciones*, 4(4), 2-20.
- FERNÁNDEZ, A. M. y DE BRASI, J. C. (comps.) (1993). *Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos e instituciones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- FERNÁNDEZ, A. M. y PERES, W. (comps.) (2013). *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*. Buenos Aires: Biblos.
- FOUCAULT, M. (1976). *Historia de la sexualidad* (vol. 1). Buenos Aires: Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (1984). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Bogotá: Siglo XXI.
- GENERELO, J. (dir.) (2012). *Acoso escolar homofóbico y riesgo de suicidio en adolescentes y jóvenes LGB*. Madrid: FELGTB-COGAM. [shorturl.at/fADJ8](http://shorturl.at/fADJ8)
- HALL, S. (2003). ¿Quién necesita «identidad»? En S. Hall y P. Du Gay (coords.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- HARDING, S. (1986). *The science question in feminism*. Nueva York: Cornell University Press.
- HEIDEGGER, M. (1951). *Ser y tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- KRISTEVA, J. (1980). *Pouvoirs de l'horreur*. París: Seuil.
- McDOUGALL, J. (1998). *Alegato por una cierta anormalidad*. Buenos Aires: Paidós.

- MEYER, I. (2003). Prejudice, social stress, and mental health in lesbian, gay, and bisexual populations: Conceptual issues and research evidence. *Psychological Bulletin*, 129(5), 674-697.  
doi: 10.1037/0033-2909.129.5.674
- PAVAN, V. (2017). *Niñez trans. Experiencia de reconocimiento a la identidad*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- PLATERO, R. L. (2012). *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada. Temas contemporáneos*. Madrid: Bellaterra.
- PLATERO, R. L. (2014). *Transexualidades. Acompañamiento, factores de salud y recursos educativos*. Madrid: Bellaterra.
- PRECIADO, P. B. (2005). Multitudes *queer*. Notas para una política de los «anormales». *Nombres. Revista de Filosofía*, 15(19), 157-166.
- PRECIADO, P. B. (2019). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.
- SEMPOL, D. (2013). *De los baños a las calles. Historia del movimiento lésbico, gay, trans uruguayo (1984- 2013)*. Montevideo: Sudamericana.
- SOLÁ, J. (2016). *La Chaco*. Buenos Aires: Hojas del Sur.
- SPINOZA, B. (1982). *Ética*. Buenos Aires: Aguilar.
- WAYAR, M. (2019). *Travesti: una teoría lo suficientemente buena*. Buenos Aires: Muchas Nueces.
- YELLATI, N. (2013). Transexualismo. *VI Encuentro Americano de Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana, XVIII Encuentro Internacional del Campo Freudiano*. [shorturl.at/HWY59](http://shorturl.at/HWY59)
- ZUBIAUR, I. (ed.) (2007). *Pioneros de lo Homosexual*. Barcelona: Anthropos.



RELECTURAS

2



# LAS PALABRAS NO ENTIENDEN LO QUE PASA...

**Elsa Leone**

Doctora en Medicina con postgrado  
en Psiquiatría Infantil de la UDELAR  
Miembro de la AUDEPP

*A Maro Plá de Arévalo, cuyas palabras me faltaron al  
escribir esta ponencia.*

*A Marcelo Viñar, Daniel Gil y tantos otros compañeros  
de Uruguay, Argentina y Chile, quienes me prestaron  
las suyas para poder hacerla.*

### Acerca del texto

El texto «Las palabras no entienden lo que pasa...» fue publicado originalmente en 1995, en el primer número de la serie Interrogantes, titulado *La violencia*. Este libro, cuya realización estuvo a cargo de la AUDEPP y la editorial Fin de Siglo, recogía las ponencias de varios autores presentadas durante las jornadas *AUDEPP se interroga sobre la violencia*, que tuvieron lugar el 31 de julio de 1993 en el Club Banco República.

La ponencia de Elsa Leone, cuyo título cita el primer verso del poema de Salvador Puig (de 1968) por la muerte del Che Guevara, formó parte del panel Ley-saber-transgresión en aquellas jornadas.

En la década del ochenta, antes y después del fin de la dictadura, la autora y un grupo de compañeras y compañeros de la AUDEPP integraron la Comisión por el Reencuentro de los Uruguayos (CRU), que prestaba atención a los familiares de los presos, a quienes volvían del exilio y a los que iban saliendo del penal. La CRU participó también en la organización de la venida de Europa de los niños «hijos del exilio», en el mes de diciembre de 1983. Los textos consultados para el trabajo que se expuso en las jornadas de 1993 y cuya relectura aquí se propone fueron en parte la transmisión de una experiencia y sus aportes teóricos, un complemento a esa práctica de la que sus autores participaron.

*A Mario Plá de Arévalo, cuyas palabras me faltaron al escribir esta ponencia.  
A Marcelo Viñar, Daniel Gil y tantos otros compañeros de Uruguay, Argentina  
y Chile, quienes me prestaron las suyas para poder hacerla.*

El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a la ignorancia, el miedo de hacer nos reduce a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia, que tiene miedo de recordar, nos enferma de amnesia; pero no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que pueda ocultar la basura de la memoria.

Eduardo Galeano, «La desmemoria» (1991, s. p.).

El propósito de este texto es pensar e interrogarnos sobre el tema de la violencia. ¿Pero de qué violencia hablaremos?: ¿de la individual?, ¿de la familiar?, ¿de la social?... ¿Podemos trazar fronteras entre unas y otras o hay inevitablemente una codeterminación entre ellas? ¿Cuál es la causa de la violencia? ¿Cómo y desde dónde pensarla?...

Tratemos de plantearnos algo concreto: la violencia en el Uruguay de hoy. Pero ¿podemos pensarla en un Uruguay aislado de la problemática de Latinoamérica y de la incertidumbre que se vive a nivel mundial, un mundo donde se han perdido puntos de referencia y donde se proclama el fin de la historia y la muerte de las ideologías, en este fin de siglo tan convulsionado?

Realmente creo que no. Y porque sigo convencida «de lo inevitable del cambio, no solo como ley natural e histórica, sino como imperativo ético» (Arias, 1953), y porque en la historia de la humanidad siempre ha habido y habrá ese horizonte utópico que las nuevas ideologías pretenden arrebatarlos, por todo eso es que me centraré en un punto que pienso que tiene que ver con el tema de esta mesa: ley-saber-transgresión. Esto es, preguntarnos sobre la violencia y su relación con la *ley de impunidad*.

La ley de impunidad, hipócritamente llamada Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado, con su mandato implícito de renunciar al derecho y al deber de *saber* lo que pasó durante la dictadura, ¿no fomentaría la *transgresión* a la Ley y, por lo tanto, la *violencia*?

Antes que nada, quiero dejar claro que sé que la violencia no tiene una causa única. Tampoco pretendo hacer un enfoque totalizador. De ahí la necesidad de encuentros transdisciplinarios como este.

Por otra parte, todo discurso no solamente está atravesado por lo que pasa en el entorno cultural, sino que, como dice Michel Foucault, está determinado por el discurso cultural. Por lo tanto, de una manera u otra, las circunstancias históricas, políticas y sociales siempre van a estar presentes e incidiendo. Esto es, para que quede claro, que no es del psicoanálisis exclusivamente desde donde hablaremos, sino desde las varias dimensiones que nos atraviesan en lo social, lo cual incluye también lo que nos pueda aportar la teoría psicoanalítica. Y debo aclarar, además, que este es un enfoque personal, que no compromete a la institución AUDEPP.

## LEY Y TRANSGRESIÓN

Nos preguntábamos si la ley de impunidad no *fomentaría* la transgresión a la Ley. Con dicha ley quedaron impunes los que violaron, torturaron y asesinaron, o sea, los que durante la dictadura militar transgredieron la Ley, violando cotidianamente las normas jurídicas que invocaban para legitimarse. Implica, entonces, confirmarlos en su convicción de que la acción violenta en el marco del Estado es impune, que nunca se sabrá lo que pasó ni quiénes fueron los responsables y, por lo tanto, que la Justicia no podrá tocarlos. En ese sentido, la justicia será burlada para siempre.

La Ley es algo que deviene en custodia de la sociedad, para lo cual es sancionada, aunque no desconocemos que el dicho popular es bien sabio

y que «hecha la ley, hecha la trampa». Pero con la ley de impunidad, ¿no se *legitimaría*, de alguna manera, que se puede delinquir sin que queden pruebas o, mejor dicho, que dichas pruebas se pueden silenciar?

Si bien esta ley estaría referida solamente a los que violaron los derechos humanos durante la dictadura, nos preguntamos:

¿La impunidad no se introdujo en el sistema político y en la vida cotidiana? ¿No produciría efectos de los cuales podría surgir algo así como: «puedo hacer cosas horrendas por las cuales nadie me va a pedir cuentas ni las tendré que rendir»? ¿No sería esto una incitación a transgredir la Ley y ello no contribuiría a la violencia? ¿Esta *justificación* del terror, así como tantas otras violencias que se ejecutan en nombre del Estado para «salvaguardar» la paz y la democracia, no formarán parte ya del *imaginario social* y, por lo tanto, estarán en todos nosotros sin que nos demos cuenta?

Sin querer hacer una extrapolación desde el psiquismo individual a lo social, que sería reduccionista, trataremos de pensar las condiciones subjetivas y que trascienden al sujeto que pudieron favorecer la aprobación de la ley. Sin dejar de tener en cuenta, como fundamentales, las razones políticas y económicas que están en la base de su procesamiento —que viola no solamente las promesas preelectorales sobre expectativas de verdad y justicia y los acuerdos internacionales que firmó nuestro país, sino también, y lo que es más importante, a la propia Constitución—, nos preguntamos si no hubo como un deslizamiento desde la impunidad de la dictadura a la impunidad en la democracia, salvaguardada por esta ley.

En la dictadura los militares asumieron un poder que era despótico y arbitrario. No defendían la ley aplicándola; ellos «eran la Ley». Decidían, sin ninguna lógica que pudiera ser anticipada, qué era lo prohibido y qué lo permitido, qué era lo penable y qué lo no penable, y había, en general, una desproporción entre la transgresión y la punición. Recordemos lo

que nos podía pasar si en un acto patrio se entonaba con más fuerza el «¡Tiranos, temblad!».

Para imponer los horrores que cometieron, pretendieron apropiarse de la verdad absoluta de la ley, disfrazada bajo un estatuto jurídico, en una suerte de *impostura de ley*, que legalizó el terror.

Marcelo Viñar nos decía en 1993:

Como psicoanalistas podemos intentar interpretar el dispositivo pseudo-legal de las dictaduras en América Latina y sus efectos en la esfera subjetiva transindividual. Nuestro postulado es que hay una sagacidad perversa en la lógica del orden instituido que utiliza los efectos psicológicos y sociales de la impostura. Es precisamente en razón de esa eficacia de la impostura que las dictaduras latinoamericanas actuales se escudan bajo una pseudo-legalidad costosa, obsesiva y espectacular que se agrega como un ornamento a los métodos clásicos y conocidos de la represión. Fachada jurídica que no sería necesaria si no se buscara otra eficacia más allá de la que puede lograr la violencia brutal y desnuda. (s.p.)

Esa otra eficiencia, pensamos, sería el *apropriarse* de instancias internas del psiquismo humano, de control y vigilancia, como forma de permanencia. De esta manera, es por el camino del miedo internalizado que esta *impostura de ley* viene a impregnar toda la trama social. Por lo tanto, los afectados no serían solamente las víctimas que pasaron por la experiencia del horror de la tortura, sino la sociedad toda.

Freud nos dice que la interiorización de la ley es una necesidad intrínseca del funcionamiento del aparato psíquico. El niño pequeño, en su indefensión, tiene una necesidad absoluta de los padres o de figuras sustitutas para sobrevivir. Por temor a la pérdida de su amor, que lo dejaría en el desvalimiento y lo llevaría a la muerte, siente que *debe* obedecerles y que *no debe* enfrentarlos. Esto hace que los vivencie como figuras

todopoderosas, protectoras, por un lado, y, por el otro, terribles y despóticas, todo lo cual quedará inscripto en el psiquismo.

Más adelante, con el Edipo, la identificación con los padres no solo hace que tengamos de ellos tales gestos, características o manera de ser, sino también lo que ellos nos transmiten, proponen y exigen dentro de la pauta cultural en la que están inmersos. Esta tarea luego es continuada por los maestros, los profesores y las diferentes figuras de autoridad del entorno social. En el interior del psiquismo se constituye, pues, un ideal, que no es solo un modelo de identificación, sino también una exigencia de realización que se impone al yo del sujeto como instancia vigilante, que juzga y castiga, a la que llamamos *superyó*. Y es en el *superyó* donde quedaría internalizado el padre todopoderoso y terrible que mencionábamos anteriormente.

Freud nos muestra cómo a través de la sublimación se produciría ese pasaje de los padres a otras figuras de autoridad, e incluso a Dios, o a formas más sublimadas, como sería la sujeción a dos fuerzas soberanas y abstractas: la razón y la necesidad. Daniel Gil (1990) nos dice:

El sujeto, cuanto más defectuoso haya sido su proceso de sublimación, cuanto menos abstractas sean las figuras superyoicas, cuanto más alejadas estén de la soberana Razón y Necesidad, más dependiente, más sometido, menos libre se encontrará, constituyéndose dentro del propio sujeto una relación donde el yo estará en una posición masoquista (de servidumbre voluntaria) y el *superyó* en una posición más despiadada y sádica de instancia tiránica (M. Viñar), y el sujeto más alejado de su libertad, es decir, de asumir su deseo y de ser sujeto deseante. (s.p.)

Queremos agregar que, en la estructura del psiquismo humano, así como está la relación de dependencia con los padres que llevaría al sometimiento, también están el enfrentamiento y la rebeldía con el padre

en el Edipo y luego con otras figuras de autoridad, que llevarían a la búsqueda de la independencia y a la libertad.

Nos preguntamos si esa *impostura de ley* no intentó aprovecharse de estas características del psiquismo humano de sometimiento a una *instancia tiránica*, que está en todos nosotros, más o menos fuertemente arraigada, y que es una consecuencia de la internalización de la figura más arcaica del padre de la primera infancia, todopoderoso y, por lo tanto, vivido como terrible y despótico: el padre de la horda para Freud o el padre del segundo tiempo del Edipo para Lacan.

¿No encajaba bien esta figura del padre terrible con las figuras terribles y despóticas del poder militar? ¿No se habrá querido aprovechar de eso para que se entronizara el poder despótico en la dictadura y esto se deslizara luego en la aprobación de la ley de impunidad? Los discursos y la propaganda a favor de la ratificación de la ley, en lo que se nos decía que si no había impunidad se podía volver a un régimen dictatorial, ¿no apuntaban a reafirmar el miedo y la sujeción psíquica a la mencionada instancia tiránica?

Hoy, a seis años y medio de aprobada la ley, ¿no siguen en la fantasmática y en la realidad todas estas cosas? Y esto: ¿no sería generador de paralización, por un lado, y de violencia, por otro?

## SABER

Preguntarnos por el presente y el futuro requiere inevitablemente del conocimiento del pasado.

La impunidad se sustenta en el silencio y el olvido. «Tenemos que mirar hacia el futuro. No debemos tener los ojos en la nuca», se nos dijo insistentemente. Pero ¿se puede construir un proyecto de futuro, apropiarnos

de la historia, tener identidad, con el mandato de «no se puede ni se debe saber lo que pasó», como queda implícito en la ley de impunidad?

Este no saber, esto que queda silenciado, esto que se pretende que se olvide —y que no es el olvidar que surge del recordar y elaborar, como nos muestra el psicoanálisis—, esto que no se recupera simbólicamente: ¿no retornará como síntoma en la violencia individual y social?

Saber lo que pasó permitiría elaborar (aunque: ¿se podrá elaborar realmente tanto horror?) el sufrimiento vivido y transmitirles a los jóvenes esta vivencia, para que ellos se reapropien de la historia y puedan asegurar así la continuidad de la memoria y la reestructuración de la trama social.

El conocimiento de la verdad y el que se hiciera justicia hubieran sido el acto simbólico de rescate de la memoria histórica, imprescindible para la vida de los pueblos y la cultura.

No hubo triunfo político, pero hubo triunfo simbólico. Hoy prácticamente nadie en el Uruguay niega que hubo tortura, muerte y desapariciones. «No pudimos hacer que se cumplieran la verdad y la justicia, pero eso no hace que haya que declinar la verdad y la memoria» (Gil, 1993, s.p.). Los casi dos años en que se luchó por el referéndum fueron un ejercicio de memoria que ofició como altoparlante de la defensa de los derechos humanos.

«El silencio lastima a quienes vivieron el terror, pero sobre todo a las generaciones jóvenes que ven dificultada su identidad, ya que no pueden construirla con una historia silenciada» (s.d.). Esto nos lleva a pensar en los jóvenes y lo que pasó con ellos en relación a dicha problemática. Sería muy importante plantearnos un nuevo encuentro, que los incluya a ellos, para pensar juntos esta temática. Por ahora, simplemente dejaremos planteadas algunas interrogantes...

¿Pueden los jóvenes tener proyectos de futuro, como los teníamos nosotros, con tantos años de historia silenciada? Este agujero en la memoria histórica ¿no dificultaría el logro de la identidad? Para constituir la

identidad son fundamentales las figuras identificatorias. ¿Cuáles fueron estas durante la dictadura?

El dilema era, para los jóvenes, que su proceso identificatorio debía desarrollarse en el interjuego entre las identificaciones previas con sus padres o sustitutos, las posibles identificaciones con personas o grupos que resistían como respuesta social a la dictadura o, lo más peligroso, la imposición como ideal de la figura de un Padre Terrible, cuyo discurso era algo así como: «no podés elegir, sino lo que yo te impongo», que podría conducirlos a la identificación con el agresor o a una sumisión devastadora. (s.d.)

Hemos perdido nuestros mitos y estamos en la dificultosa búsqueda de otros. Entonces, lo que no les pudimos transmitir a las nuevas generaciones, sumado a la incertidumbre que se vive a nivel mundial, ¿no les dificulta encontrar un camino, su camino?

¿Son los jóvenes quienes, «tan indiferentes como a veces rápidamente los tildamos o con una nueva mentalidad y con lo que tienen a mano, están tratando de crear sus propios mitos o utopías»? (s.d.).

Para terminar, diremos que, tal como ya dijo Hanna Segal (s.f.), «Nosotros psicoanalistas, que creemos en el poder de la palabra, en los efectos terapéuticos de verbalizar la verdad, no debemos permanecer callados» (s.p.).

## ADENDA 2020

Después de 25 años de escrito, con la nueva lectura para su publicación, me doy cuenta de que no estoy totalmente de acuerdo con el título que había elegido.

Las palabras no entendían lo que pasaba ante el horror. Pero había otras palabras que sí entendían lo que pasaba, aunque estaban prohibidas.

Igual siempre alguna *se escapaba* y encontraba la forma de *resistir*, como veíamos, por ejemplo, en expresiones del canto popular y en tantas otras cosas.

Luego de la dictadura, las palabras fueron recuperando el poder decir lo que pasaba. Pero al no saber la verdad de lo que sucedió, ¿qué hacemos con lo que se nos sigue ocultando?

Elsa Leone

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARIAS, H. (dir.). (1953). *Revista Cathedra*, 10 [revista de cultura eclesiástica]. Bogotá.
- FREUD, S. (1979a). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas* (vol. XX, pp.71-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1979b). Duelo y melancolía. En *Obras completas* (vol. XIV, pp.235-258). Buenos Aires: Amorrortu.
- GALEANO, E. (1991). *El libro de los abrazos*. Montevideo: Ediciones del Chanchito.
- GIL, D. (1990). Entre la servidumbre y la libertad. En *El terror y la tortura*. Montevideo: EPPAL.
- GIL, D. (1993). Prólogo. En M. Ulriksen y M. Viñar (comps.), *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*. Montevideo: Trilce.
- VIÑAR, M. (1993). La ley como impostura. En M. Ulriksen y M. Viñar (comps.), *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*. Montevideo: Trilce.



AVANCES  
DE INVESTIGACIÓN

3



# PSICOTERAPIA EN INSTITUCIONES DE SALUD CON ADOLESCENTES CON INTENTO DE AUTOELIMINACIÓN

**María José Morales**

Licenciada en Psicología de la UDELAR

Especialista en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA

Magíster en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA

Correo electrónico: [psimariamorales@gmail.com](mailto:psimariamorales@gmail.com)

ORCID: 0000-0003-3078-8516

## Resumen

Esta investigación, realizada en el marco de la maestría en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA, busca aportar al conocimiento de la psicoterapia en instituciones de salud con adolescentes que han realizado un intento de autoeliminación. Se centra en la percepción de pacientes acerca de su proceso psicoterapéutico e indaga específicamente en factores que favorecieron la adherencia al tratamiento. Sigue una metodología cualitativa basada en 16 entrevistas semiestructuradas a adolescentes que finalizaron sus tratamientos en instituciones de salud.

Aquí se presentan algunos de los principales resultados a los que arribé a partir de una interpretación de los discursos desde un marco teórico psicoanalítico. Analizo el papel de la institución de salud en la adherencia a la psicoterapia. Concluyo que la presencia de los adultos referentes comprometidos con el proceso fue fundamental para que las pacientes lograsen una buena adherencia y que los factores intersubjetivos de la psicoterapia asociados al compromiso, interés y disposición afectiva en el vínculo con el terapeuta aparecen como aspectos destacados por las adolescentes.

**Palabras clave:** psicoterapia, adolescentes, instituciones de salud, intento de autoeliminación

## PSYCHOTHERAPY IN HEALTH INSTITUTIONS THAT SERVE ADOLESCENTS WITH SUICIDE ATTEMPTS

### Abstract

The following research was carried out within the framework of the Master's Degree in Psychoanalytic Psychotherapy at IUPA, in which it was sought to contribute to the knowledge of psychotherapy in health institutions with adolescents who had carried out suicide attempts.

The research focused on the perception of the patients with regards to their psychotherapeutic process, aiming to investigate the specific factors of adherence to treatment. Since the study concentrates on the patients' perspective, it follows a qualitative methodology based on 16 semi-structured interviews to teenagers that completed their treatments in health institutions.

Below are some of the main conclusions reached from an interpretation of their feedback within a psychoanalytic framework. The role of the health institution in favoring or not the adherence to psychotherapy was analyzed. It was concluded that the presence of committed adults of reference to the process was paramount in order to get the patients to achieve good adherence. Moreover, the intersubjective factors related to commitment, interest and affective willingness in the bond with the therapist are aspects highlighted by the teenagers.

**Keywords:** psychotherapy, adolescence, health institutions, suicide attempt

## INTRODUCCIÓN

Cuando hablamos de *intentos de autoeliminación* (IAE) o *suicidio* estamos haciendo referencia a una forma particular de ejercicio de la violencia, en la cual esta es dirigida hacia el propio cuerpo. Es sabido que las altas tasas de suicidio que presenta Uruguay constituyen un problema social y sanitario. El suicidio ha ocupado en el período 2005-2009 el segundo puesto (luego de los accidentes de tránsito) como causa de muerte violenta en la población joven (Larrobla et al., 2014). Un intento de suicidio es el principal factor de riesgo individual para un nuevo IAE o, eventualmente, un suicidio consumado (OMS, 2014). Por tal motivo, es fundamental trabajar con la población que ha realizado IAE, tratamiento para el cual la psicoterapia constituye una herramienta privilegiada.

Además de la relevancia del tema a nivel sanitario, uno de los motivos para poner el foco en la psicoterapia con adolescentes con IAE estuvo vinculado a mi actividad laboral como profesional de la salud mental en dos instituciones de salud privadas. Los avances en cuanto a la implementación de políticas desde el Ministerio de Salud han derivado en que los técnicos que nos encontramos trabajando en instituciones de salud recibamos cada vez más pacientes con IAE, ya que esta es población prioritaria para recibir atención psicológica. El contacto periódico con estos pacientes me fue llevando a una serie de cuestionamientos y a una constante reflexión sobre mi práctica profesional. El abandono frecuente de los tratamientos interpelaba constantemente el trabajo clínico de quienes nos encontrábamos abocados a esta tarea y generaba interrogantes, sentimientos de impotencia y, por qué no, temor de cómo evolucionarían

estos pacientes. Algunos estudios realizados (Spirito et al., 2011) afirman que durante los tres meses siguientes a un IAE es cuando hay más probabilidad de que la persona pueda volver a intentarlo, pues se encuentra en un momento de importante vulnerabilidad psíquica. Por tal motivo, se considera esencial lograr que el paciente pueda sostener los tratamientos, al menos los primeros meses posteriores a haber realizado el IAE.

La continuidad de la psicoterapia con estos pacientes se convirtió en un gran desafío que generó la preocupación del equipo técnico del servicio de salud donde desarrollaba mi actividad laboral. Así, el tema de la adherencia al tratamiento fue surgiendo como interrogante... ¿Qué se ponía en juego para que algunos adolescentes sostuvieran los tratamientos y otros abandonaran? De esta manera se fue comenzando a construir el problema de investigación. Por una cuestión de cronograma y fundamentalmente de viabilidad de la investigación, decidí trabajar únicamente con aquellos adolescentes que sí finalizaron su tratamiento, es decir, que mantuvieron una buena adherencia a la psicoterapia. Por otro lado, en la búsqueda de antecedentes de investigación encontré que la mayoría de los que trataban sobre psicoterapia con adolescentes con IAE tenían el foco en la percepción de los terapeutas sobre el tratamiento. Mi interés como investigadora era escuchar lo que los adolescentes tenían para decir, por lo cual decidí realizar un trabajo que buscara conocer la percepción del otro involucrado en la diada del vínculo terapéutico: el paciente.

## DESARROLLO

El objetivo general de la investigación fue conocer la percepción que las adolescentes<sup>1</sup> que habían realizado al menos un IAE tenían sobre su proceso psicoterapéutico en los servicios de salud mental de dos instituciones de asistencia médica colectiva (IAMC). Uno de los objetivos específicos fue explorar qué aspectos, según las participantes, influyeron en su adhesión al tratamiento psicoterapéutico.<sup>2</sup>

Algunas de las principales preguntas a las que busqué dar respuesta fueron: ¿qué factores incidieron, desde la perspectiva de las adolescentes, para que mantuvieran la adherencia a la psicoterapia?, ¿cómo se sintieron las adolescentes en psicoterapia?, ¿cuáles son los factores intersubjetivos relevantes del vínculo terapéutico que favorecieron la adherencia a la psicoterapia? y ¿cómo ha incidido la institución de salud en su adhesión a la psicoterapia?

Principalmente busqué hacer énfasis en el registro subjetivo de las participantes sobre su propia experiencia, por lo cual la metodología utilizada fue cualitativa: recurrí a la entrevista semidirigida como herramienta principal para comprender y profundizar en la experiencia de las entrevistadas. Se entiende que la entrevista constituye una herramienta privilegiada para acercarse no solo al discurso de los entrevistados, sino también al registro emocional que acompaña el relato de las vivencias, aspecto que consideraba fundamental poder observar.

El diseño de investigación fue flexible: «El concepto de flexibilidad alude a la posibilidad de advertir durante el proceso de investigación situaciones nuevas e inesperadas vinculadas con el tema de estudio, que

---

1 De aquí en adelante, se hará referencia a «las adolescentes», ya que finalmente todas las entrevistadas fueron mujeres.

2 Si bien en la tesis se trabajaron otros objetivos específicos, en este artículo expondré solo lo referente a la adherencia a la psicoterapia.

puedan implicar cambios a las preguntas de investigación y los propósitos» (Mendizábal, 2006, p. 66). El análisis se retroalimentó constantemente del marco teórico, es decir que, a medida que el análisis de las entrevistas develaba experiencias de las adolescentes sobre el proceso psicoterapéutico no anticipadas, recurría a nuevas teorías para articularlas, lo cual posibilitaba a su vez nuevas interpretaciones del material empírico.

La elección de la muestra fue intencional: busqué establecer contacto con una población específica que respondiera a los objetivos de la investigación. Los participantes tenían que ser adolescentes que hubieran realizado IAE y hubieran estado en psicoterapia; debían haber tenido entre 10 y 19 años al inicio del proceso psicoterapéutico y no haberlo abandonado; además, debía haber transcurrido al menos seis meses desde la finalización del tratamiento al momento de la entrevista. La principal forma en que accedí a las adolescentes que luego constituyeron la muestra fue a través del contacto directo con los terapeutas de adolescentes de las instituciones.<sup>3</sup>

En total realicé 16 entrevistas, 8 en cada una de las instituciones, y todas las entrevistadas fueron mujeres; había dos posibles candidatos varones, pero no se los pudo localizar. El hecho de que la muestra al final estuviera compuesta únicamente por mujeres coincide con los últimos datos aportados por el Ministerio de Salud (2014), que muestran una importante prevalencia de consulta de mujeres en las IAMC por IAE (1815 mujeres y 568 varones). Teniendo en cuenta que se buscaba participantes que hubieran finalizado los tratamientos, cabría preguntarse si las pacientes mujeres (además de utilizar con mayor frecuencia los servicios de

---

**3** Es importante mencionar que el hecho de desarrollar mi actividad laboral en las dos instituciones de salud donde se llevó a cabo la investigación favoreció el acercamiento a los terapeutas y, por ende, a las participantes.

salud) tienden a sostener mejor los tratamientos psicoterapéuticos, interrogante que quedará para futuras investigaciones.

Una vez finalizado el trabajo de campo comenzó la etapa de procesamiento y análisis de los datos obtenidos. Este proceso estuvo orientado a la creación de categorías mediante la codificación de entrevistas empleando el programa informático MAX-QDA. La codificación no buscó dar cuenta de las experiencias singulares de cada entrevistada por separado, sino permitir la comprensión de experiencias y juicios comunes referidos a la temática de la investigación. Como es de esperar, la mayoría de los códigos producidos no fueron empleados. Únicamente utilicé aquellos que preservaban el espíritu original de la investigación y que pudieron conectarse entre sí.

## RESULTADOS

### El papel de la institución de salud

Por tratarse de procesos psicoterapéuticos que se llevaron a cabo en instituciones de salud del Sistema Nacional Integrado de Salud (SNIS), busqué analizar en primera instancia cómo el atravesamiento institucional podía interferir o no en los tratamientos. El «marco hospitalario», tomando el concepto utilizado por Pascale (Fernández, et al., 2010), actúa como objeto externo y propicia una función encuadrante de la situación analítica. De esta manera, da soporte a los procesos que se desarrollan en su interior, lo cual implica que la situación analítica quede inevitablemente entramada con lo hospitalario. Así, el vínculo terapéutico se instaura en un contexto más amplio, que es el de la institución. En cuanto a la institución de salud, aparecen en los discursos de las entrevistadas aspectos positivos y negativos.

### *Los consultorios médicos*

Uno de los elementos que indagué fue cómo podría afectar al tratamiento el hecho de tener que concurrir a sesiones de psicoterapia en un consultorio de policlínica adaptado a la profesión médica (de las 16 entrevistadas, 3 concurren a consultorios particulares y 13, a consultorios de policlínicas). En lo referente al espacio físico, las diferencias entre una psicoterapia privada y otra por medio de la institución se hacen especialmente notorias cuando las sesiones se desarrollan en los consultorios de las policlínicas y no en consultorios particulares.

Observé que, si bien al inicio del tratamiento concurrir a un consultorio dentro de la propia institución les generaba cierta incomodidad («al principio me sentía como una ratita de laboratorio», «era todo muy blanco»), las adolescentes lo terminaban naturalizando, por lo que no aparece esto como un obstáculo importante para el tratamiento. Incluso en algunas oportunidades concurrir a una policlínica en un marco institucional les generó una sensación de protección y cuidado. Por ejemplo, una de las adolescentes entrevistadas, que había sufrido abuso sexual y fue derivada con un terapeuta hombre, expresó que concurrir a una policlínica donde había más gente la hizo sentir más segura, de otra manera no habría realizado el tratamiento.

### *La psicoterapia con tiempo limitado*

Otro elemento considerado dentro del atravesamiento institucional fue la duración de la psicoterapia, que, como establece el plan de prestaciones del SNIS, es acotada (24 a 48 sesiones). Se introduce una variable técnica fundamental al tener que fijar un tiempo de finalización, esto implica una diferencia importante con el ejercicio de la psicoterapia en el ámbito privado, donde la duración no está establecida de antemano. Por lo tanto, en la psicoterapia en instituciones de salud no solo se pone en

juego el tiempo interno del paciente, sino también el institucional; esta es una de las maneras en que el «marco hospitalario» —retomando el concepto de Pascale (Fernández et al., 2010)— atraviesa los tratamientos. Me surgió entonces la interrogante de cómo operaría esta condición en las pacientes, teniendo en cuenta que los tiempos subjetivos no pueden ser adaptables a los institucionales. Del análisis del material se desprende que la mayoría de las adolescentes no sintieron que su tiempo subjetivo se viera precipitado por el tiempo institucional. Algunas frases así lo expresan: «Yo fui a mi ritmo y él me seguía, eso estuvo muy bueno» y «No era alguien que me presionaba a hablar de las cosas. Fue como todo a su tiempo».

En los tratamientos de tiempo acotado es importante promover la transferencia institucional, es decir, un vínculo que el adolescente y sus padres puedan seguir manteniendo con la institución (Vélez y Alveiro, 2008). Esta transferencia institucional permite a los pacientes mantener una sensación de seguridad al saber que pueden contar con un referente en caso de ser necesario, con un apoyo. Este referente no debe quedar depositado en la figura personal del terapeuta, sino que debe ser la institución. Dado que los técnicos no permanecen indefinidamente en las instituciones, es fundamental que el paciente pueda reconocer a la institución como ese *otro* (real y simbólico) que puede proveer una contención.

### *La experiencia de la internación*

Un punto importante que surgió como categoría emergente del análisis y que influyó en la percepción que tenían las adolescentes de la institución fue el haber atravesado una internación sanatorial previa a la psicoterapia como consecuencia del IAE (de las 16, 11 estuvieron internadas). Aquí es donde pude visualizar más ambivalencia en relación a la percepción que las entrevistadas tenían de la institución. Por un lado, la internación aparece actuando a favor del tratamiento como una medida

de contención y cuidado para la paciente, pero en otras ocasiones, como un obstáculo en la construcción del vínculo de confianza con el terapeuta. Algunas adolescentes expresaron que se mostraban reticentes a hablar de temas como la presencia de nuevas ideas de autoeliminación o conductas autolesivas recientes, por temor a que sus terapeutas sugirieran una nueva internación.

Se puede decir que la amenaza de ser internadas nuevamente podría obturar la confianza con el terapeuta y la posibilidad de trabajar sobre la presencia de nuevas conductas de riesgo. Este temor que expresan las pacientes y que puede interferir en el vínculo terapéutico forma parte de la especificidad del trabajo del terapeuta inserto en un servicio de salud. La transferencia que el paciente establece con el terapeuta en el vínculo terapéutico actual se ve impregnada por experiencias previas del paciente con la institución y con el equipo de profesionales. Por esto, es especialmente importante trabajar en psicoterapia la confianza en el vínculo con el adolescente, principalmente cuando este ya ha realizado un recorrido previo en la institución, que ha incluido la internación.

Por otro lado, la posibilidad de la internación surge como una medida de cuidado en ciertos momentos en los que la crisis de los adolescentes no puede ser contenida ni desde el entorno ni desde el espacio psicoterapéutico. En este caso, la institución actúa ejerciendo un marco protector tanto para el paciente como para la familia y también para el terapeuta.

### **La adherencia al tratamiento psicoterapéutico**

El análisis de la adherencia a la psicoterapia se hizo teniendo en cuenta tres factores: los aspectos subjetivos individuales (motivacionales) de la adolescente, el rol del entorno y lo intersubjetivo del vínculo terapéutico en el tratamiento. Del resultado del análisis se desprende la idea de que estas tres dimensiones se interrelacionan para lograr una

buena adherencia y que se destacan los aspectos intersubjetivos en la psicoterapia y el papel del entorno constituido por las figuras referentes significativas.

Los aspectos intersubjetivos del vínculo terapéutico surgieron como un elemento fundamental para que se sostuvieran los tratamientos. Algunas frases de las entrevistadas que reflejan lo mencionado son: «Yo sentía que era mi lugar ahí... y le podía decir lo que quisiera, de buena o de mala forma, que él me iba a saludar y me iba a despedir igual», «El tema es alguien que te escuche, que te preste atención, que esté ahí, que trate de darte una ayuda», «Yo creo que es un espacio que cuando vos estás ahí dentro es tuyo. Yo sentía que era mi lugar ahí».

El compromiso, el interés y la disposición afectiva del lado del terapeuta aparecieron como aspectos destacados por las adolescentes. El haberse sentido «en confianza» y «seguras» en un espacio cuidado y propio fue fundamental. Recordemos que los adolescentes que han realizado IAE se encuentran en momentos de gran vulnerabilidad psíquica y que proveer un ambiente de cuidado, estable y respetuoso, aparece como lo más importante y es sostenido por el compromiso con la tarea que demuestre el terapeuta. Estas reflexiones siguen la línea de lo planteado por Juan Pablo Jiménez (2005): «el compromiso del terapeuta, apreciado por el paciente, se asocia consistentemente con el éxito del tratamiento, mientras que el desapego o falta de compromiso del terapeuta tiende a predecir resultados pobres» (s.p).

El sostén que provee el vínculo psicoterapéutico ha sido un factor que prevalece y que ha favorecido el logro de una buena adherencia al tratamiento. Christopher Bollas (1993) plantea que «Es responsabilidad del analista mantener disponible su presencia continua (aunque no la use activamente)» (p.117). En este sentido, los resultados del análisis del material empírico atravesado por la lectura psicoanalítica llevan a reflexionar acerca de la importancia de la figura del terapeuta, de poder mostrarse

este como una presencia constante y disponible, más aun cuando su práctica está inserta en un entorno cambiante con reglas fluctuantes que escapan a su control.

Otro de los factores destacados que favorecieron la adherencia a la psicoterapia de las adolescentes fue la presencia, en la mayoría de los casos, de una figura del entorno que fuera importante para que se sostuvieran los tratamientos. Trabajé con el concepto de *adulto referente protector* (ARP), que es aquella

Persona adulta que sea para el niño y adolescente una referencia afectiva, capaz de protegerlo física y emocionalmente de la situación, en especial en la búsqueda de soluciones. Puede ser un integrante de su familia u otra persona adulta con quien se sienta seguro y protegido. (Larrobla et al., 2014, p.42)

En todos los casos encontré un ARP, principalmente constituido por algún miembro de la familia; la gran mayoría eran mujeres (madres, tías, abuelas). Estos adultos no solo acompañaron a las jóvenes en las cuestiones prácticas y logísticas (llevarlas a sesión, retirar y pagar las ordenes, por ejemplo), sino que además brindaron sostén afectivo a lo largo del tratamiento. Eran personas que apoyaban la permanencia de las adolescentes en la psicoterapia y las alentaban a concurrir a las sesiones cuando la voluntad no les alcanzaba, así como también eran quienes se entrevistaban con los terapeutas cuando estos lo solicitaban. Referentes afectivos del mundo exterior, *aliadas* del tratamiento, fundamentales para lograr la continuidad del proceso terapéutico.

Puedo afirmar, entonces, que la presencia de adultos comprometidos con el proceso fue fundamental para que las pacientes lograran una buena adherencia. Esto lleva a reflexionar acerca de la importancia de trabajar en forma paralela con los referentes más cercanos, respetando

siempre la confidencialidad del espacio del adolescente, de manera tal que los adultos puedan implicarse en el tratamiento, para, de esta manera, comprender el significado que ha tenido el IAE dentro de la configuración y la conflictiva familiar.

Si bien la investigación no estuvo orientada a medir la efectividad de la psicoterapia con este tipo de pacientes, es importante señalar que, salvo en un caso, ninguna de las adolescentes volvió a realizar un IAE luego de finalizado su proceso psicoterapéutico. Si bien reconocieron que experimentaron altibajos anímicos, el IAE no fue un recurso al que apelaron en siguientes oportunidades. Además, las entrevistadas manifestaron que manejan la posibilidad de consultar nuevamente con un terapeuta en caso de necesitarlo y lo relacionaron con el antecedente de haber transitado por una buena experiencia psicoterapéutica previa.

## LIMITACIONES DE LA INVESTIGACIÓN Y NUEVAS LÍNEAS EXPLORATORIAS

El objetivo de la investigación fue aportar al conocimiento de la psicoterapia con adolescentes con IAE al ofrecer algunas respuestas, pero también al abrir nuevas interrogantes. Es importante seguir reflexionando sobre algunas líneas de investigación, ya que se trata de un tema de gran relevancia a nivel social y sanitario.

El hecho de que la muestra estuviera conformada solamente por mujeres hace que los resultados puedan verse sesgados. En este sentido, sería importante poder ampliar la muestra y analizar si existen diferencias entre las narraciones de los diversos adolescentes y en los factores que inciden en la adherencia al proceso de cada uno.

Es importante señalar que solo se trabajaron casos *exitosos* de psicoterapia, lo cual se ve reflejado en que casi no se destacaron aspectos

negativos sobre los procesos. Sería interesante que, en futuras líneas de investigación, a los efectos de seguir profundizando en los factores de la adherencia, se realizara un estudio comparativo en el cual se pudieran incluir pacientes que abandonaron los procesos psicoterapéuticos.

Por otro lado, a propósito de ampliar el campo de conocimiento del psicoanálisis, considero importante profundizar en cómo el hecho de otorgar un significado al IAE dentro de la trama discursiva del paciente puede llevar a la posibilidad de simbolización y, por lo tanto, a evitar un nuevo episodio. Esto queda pendiente para nuevas líneas de investigación enfocadas en estudiar la eficacia de la psicoterapia psicoanalítica en el tratamiento con pacientes con IAE.

## §

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOLLAS, C. (1993). *Fuerzas de destino*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FERNÁNDEZ, B., GERPE, M. y VILLALBA, L. (2010). *El Programa de Psicoterapia del Hospital de Clínicas*. Montevideo: UDELAR-CSIC.
- JIMÉNEZ, J. P. (2005). El vínculo, las intervenciones técnicas y el cambio terapéutico en terapia psicoanalítica. *Revista Aperturas Psicoanalíticas*, 20. [shorturl.at/oDNS2](http://shorturl.at/oDNS2)
- LARROBLA, C., CANETTI, A., HEIN, P., NOVOA, G. y DURÁN, M. (2014). *Prevención de la conducta suicida en adolescentes. Guía para los sectores Educación y Salud*. Montevideo: UDELAR-CSIC.
- MENDIZÁBAL, N. (2006). Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa. En I. Vasilachis de Gialdino (coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp.65-105). Barcelona: Gedisa.

- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD. (2014). *Preventing suicide: a global imperative*. [shorturl.at/dyMQT](https://shorturl.at/dyMQT)
- SPIRITO, A., SIMON, V., CANCELLIERE, M. K., STEIN, R., NARCOTT, C., LORANGER, K. y PRINSTEIN, M. J. (2011). Outpatient psychotherapy practice with adolescents following psychiatric hospitalization for suicide ideation or a suicide attempt. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 16(1), 53-64. doi:10.1177/1359104509352893.
- VÉLEZ, P. y ALVEIRO, D. (2008). El proceso de terminación en psicoterapia de tiempo limitado: aspectos clínicos y técnicos. *Revista CES Psicología*, 1(2), 58-68. [shorturl.at/aiDNU](https://shorturl.at/aiDNU)



CONVERSACIONES

4



¿QUÉ PODEMOS APRENDER DE LA  
VIOLENCIA POLÍTICA Y SOCIAL  
DE CHILE? CONVERSACIÓN CON  
LORENA BIASON

**Luis Correa Aydo**

Por la Comisión de Publicaciones de la AUDEPP

María Lorena Biason Jara es psicóloga por la Universidad de Chile y psicoanalista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA). Tiene un magíster en Psicología Clínica y Psicoanálisis por la Universidad Adolfo Ibáñez, un postítulo en Formación Clínica en Psicoanálisis, mención Infanto-Juvenil, del ICHPA, donde se desempeña también como supervisora clínica. Es Secretaria Científica de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis (FLAPPSIP) y miembro titular del ICHPA. Actualmente se desempeña también como docente del curso Introducción al Psicoanálisis con Niños en ICHPA.

Lorena explica que como psicoanalista comenzó a interesarse en el tema de la violencia en sus múltiples manifestaciones: la del ámbito de la locura, la ejercida por el Estado y la de género. Sobre esta última ha elaborado y presentado en coautoría diversos trabajos, cuyos temas se relacionan con el psiquismo femenino y los fantasmas que prevalecen en la escucha clínica. Así, se fue formando en temáticas de género y ha llegado a posicionarse hoy como psicoanalista feminista.

Testigo y parte de la más masiva marcha feminista chilena, ocurrida en 2018, que fuera la antesala del estallido social de octubre de 2019, Lorena está convencida de que es imposible separar la violencia de género de la institucional y la del Estado.

## INTRODUCCIÓN

La Sociedad Chilena de Psicoanálisis (ICHPA), asociación integrante de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis (FLAPPSIP), celebró sus 30 años de fundación con una jornada científica que tuvo lugar los días 7 y 8 de noviembre de 2019. Como es notorio, toda la sociedad chilena se vio sacudida en esos días —concretamente a partir del 18 de octubre— por una eclosión de protestas populares sin precedentes desde la recuperación de la democracia. Varios eventos de carácter internacional, políticos, deportivos y culturales que hubieran tenido lugar en esos días fueron suspendidos, dada la magnitud de las manifestaciones y la intensidad de la represión. Los colegas chilenos decidieron realizar igual el evento programado y, pese a tener que cambiar la sede —ya que el centro cultural donde habría de llevarse a cabo fue clausurado preventivamente por las autoridades oficiales—, el programa se cumplió como estaba previsto, incluida la participación de los representantes de la AUDEPP y de otras asociaciones de la FLAPPSIP.

Fueron días muy especiales, de mucha calidez en el encuentro personal y de gran productividad en el trabajo. Pero también esas jornadas se vivieron rodeadas por un clima áspero, en el que el eco de las consignas populares y el sonido dramático de las sirenas irrumpían casi de continuo desde la calle, puntuando la escucha de las presentaciones científicas.

A quienes íbamos desde otros países —a pesar de la lógica ansiedad que causa estar en un entorno no familiar, con aspectos atemorizantes y muchas incertidumbres— nos resultó una oportunidad privilegiada de

ser testigos de primera mano de muchos aspectos complejos y contradictorios que se dan en estos procesos, que no suelen estar presentes en el desarrollo de las noticias y que no pueden percibirse a la distancia. Además, los organizadores pidieron a los ponentes que, en vista de los sucesos, revisaran sus aportes para considerar los elementos de la realidad sobrevenida.

Así lo hicieron varios, entre ellos, la Lic. Lorena Biason, colega chilena, a quien entrevistamos especialmente para este número de *Equinoccio*.

## LA CONVERSACIÓN

Lorena, en tu ponencia durante la celebración por los 30 años del ICHPA, titulada *Formación de analistas en tiempos revolucionarios*, comenzaste evocando la reunión de la Sociedad Psicoanalítica Británica de hace setenta y seis años, cuando los analistas trabajaban el texto *Sobre la neurosis de guerra* en medio del bombardeo alemán. También decías que hoy los analistas tenemos una mayor atención a la realidad externa. ¿Puedes explicarnos cómo piensas tú esas diferencias históricas y qué ventajas observas a favor de la teoría y la práctica psicoanalíticas en la postura que, entre otros, tú misma asumiste en la coyuntura chilena, diferente a la de los psicoanalistas ingleses de entonces?

Primero que nada, quiero agradecer esta entrevista como una oportunidad para seguir pensando; el pensar siempre es un modo de resistencia.

Considerando la realidad externa para entender el contexto en el cual hablo lo que hablo, se hace necesario tener en cuenta que cuando presento este trabajo en el ICHPA, a comienzos de noviembre, según cifras del Instituto Nacional de Derechos Humanos, entidad autónoma de derecho público, se registraban 160 personas diagnosticadas con trauma ocular severo, 2500 heridos y 20 fallecidos, según cifras oficiales. Hoy, a más de cien días del estallido social, las cifras dadas por la misma entidad ascienden a 3476 heridos, 31 muertos, 425 traumas oculares, 30 personas ciegas definitivamente —más del 85% por la Institución de Carabineros de Chile—. Hasta la fecha, ningún agente del Estado en la cárcel, casi ninguno formalizado. El Estado, sin formar parte de ninguna de estas querrelas ciudadanas ante tribunales. En este contexto digo lo que digo.

La realidad externa incide sobre nuestra clínica. Este estallido social nos hace también revisar nuestros referentes teóricos sin duda, y se

renueva, a mi parecer, la importancia del entendimiento de un psiquismo social que nos interpela a una comprensión metapsicológica. Así, por ejemplo, cuando se habla de la *realidad* que se requiere para poner el psiquismo a trabajar, so riesgo de hacer presentes viejas memorias primitivas, ¿con qué realidad nos enfrentamos? Nos preguntamos, por una parte, si entendemos por *realidad* aquellos enunciados donde se puede asentar el yo, que se requieren como ciertos en una época determinada, saberes compartidos sobre lo deseable, sobre el origen, etcétera. Y, por otra parte, ¿hoy en Chile cómo lo hacemos?, si el discurso oficial y lo percibido no condice, cuando desde el poder no se propician las certezas sobre las que el discurso del conjunto se asienta, y se atenta, entonces, contra la función de la palabra y el pensar... Es lo que queda reflejado en las frases de los manifestantes: «No era sequía, era saqueo», «No era depresión, era rabia», «No son 30 pesos, son 30 años», «Hoy estamos mal, pero es de verdad». Así se expresa la dificultad para discriminar entre lo real y lo representado.

Por otro lado, muy pronto, luego del estallido social, como si estuviera esperando emerger, uno empieza a escuchar que lo que circula en el colectivo comienza también a tener relevancia —o ahora lo podemos escuchar— en la intimidad de la consulta, a propósito de las historias personales. Imposible no pensar en lo colectivo que hay en el yo, entendiendo un modelo de aparato psíquico que no está determinado de una vez y para siempre a partir del deseo del otro o como síntoma del otro, ni tampoco un aparato psíquico en el que la realidad y lo externo operan como una mera proyección de lo intrapsíquico —que al parecer han sido las dos posturas más clásicas en la historia del psicoanálisis—. Me inclino, más bien, como lo hacen otros autores —entre ellos, Silvia Bleichmar, Piera Aulagnier, Jean Laplanche—, a pensar un aparato abierto, que cambia en ese encuentro con otro. Ni genetismo ni estructuralismo a ultranza,

entre los que se ha movido la trayectoria histórica del psicoanálisis —me parece—, como nos señala Bleichmar.

La diferencia entre incluir o no lo social y político en la comprensión psíquica y como parte del conflicto psíquico, que asumí en esta coyuntura que aún seguimos viviendo, la fui logrando de manera más pragmática que teórica, en un principio. Fue trabajando de manera directa primero y luego supervisando casos prácticos en los cursos de clínica infantil y psicodiagnóstico, más de veinte años atrás, con niños de una escuela en un sector de alta vulnerabilidad social en la periferia de Santiago. Me sorprendió ver que, a través de ciertos indicadores y desde una clasificación diagnóstica más tradicional, corresponderían a la psicosis. Luego, en la consulta, fui atendiendo a pacientes que se encontraban en el campo de la locura y a pacientes víctimas de violencia política, afectados ellos de manera directa o indirecta —atendí incluso a nietos de personas violentadas por la dictadura de Augusto Pinochet—. Por alguna razón me llegaban esos pacientes...

Fue a partir de estos casos, tanto en pacientes que eran víctimas de violencia social, política o económica como en pacientes del campo de la locura —es decir, casos en riesgo de desmantelamiento simbólico—, donde percibí que desde el Estado o sus instituciones, incluida la familia, se arrasaba con la subjetividad de estos pacientes y se obstaculizaban las posibilidades de que un yo pudiera advenir. Así, me fui dando cuenta de que a mí me resultaba poco fecundo separar lo social del conflicto intrapsíquico, dado que tenía la experiencia de que el abordaje clásico era insuficiente. ¿Qué hacer acá?, ¿señalar que tal niño es psicótico?, ¿que la población o la villa entera es psicótica?, ¿o más bien que son «psicóticos de la cultura», como plantean diferentes autores, entre los que cabe hacer una mención especial a Aulagnier?

Se observa en estos pacientes cómo el yo va perdiendo la capacidad de discriminar el peligro interno del externo. «Algo que se va a romper,

va a explotar», me decía el paciente, víctima de la dictadura militar de Pinochet, al asociarlo luego a la explosión mental y corporal, a la pérdida de límites internos pero también externos, al bombardeo de la moneda en Chile, que de pequeño vivió y tras lo cual debió exiliarse junto a su familia... Van desapareciendo, pervirtiéndose, los límites institucionales, previamente coherentes y comprensibles; se tornan inasibles las reglas sociales, con posible aparición de fenómenos mentales aniquilantes. No es solo la violencia: es la desmentida del discurso oficial frente a las causas de este sufrimiento. En estos tres tipos de violencia —la que se encuentra en el campo de la locura, en la política y en la económica— no hay esperanza de un futuro. Se está en un presente sin soporte, se altera la vivencia temporal. En definitiva, el yo siente cuestionados esos puntos de certeza en los cuales basa su identidad social.

Un querido paciente en el campo de la locura, hace poco, con una cordura solo vista en la locura y ahora facilitada por el encuentro con las significaciones necesarias, sobre los fundamentos compartidos con el grupo social, me dice de la realidad: «Ahora entiendo, Lorena: los que decían una cosa hacían otra, robaban, mentían y nos decían preocuparse por nosotros, mientras hacían sus propios negocios a costa nuestra». Y desde la realidad nacional hace con facilidad el enlace con su propia historia. No solo lo abusivo de los personajes que en su historia personal han ocupado lugares de poder, sino lo desmentido que eso abusivo quedó en su historia familiar; un vínculo que claramente cae dentro del ámbito de la perversión, al igual que lo que sucede en el país.

Cabe decir que ese paciente, hace un tiempo, antes del estallido social, venía dando cuenta con entusiasmo del valor que tienen para él las personas que pueden decir la verdad. Valoraba, por ejemplo, a los comediantes, que podían decir a las caras de las personas una verdad, incluso riéndose de ellas; comediantes que me hacen recordar a los bufones de los cuales hablaban Françoise Davoine y Jean Max Gaudilliere, personajes

infaltables en las fiestas de la Edad Media, que cumplían la función de desenmascarar, anular las convenciones, llegando a herir el amor propio de los cortesanos. Es la verdad que se empecinaba en averiguar, la verdad histórico-vivencial de la cual es portadora la locura. La verdad que estalla ante nuestros ojos en el despertar de Chile.

Si el analista, por temor quizás a perder su neutralidad —necesaria, por lo demás, en tanto ideal a seguir—, no logra incluir la realidad social, puede, me parece, en la tranquilidad de la consulta, llegar a resultar cómplice de lo real de la violencia que el Estado realiza a través del discurso oficial. Esta violencia de Estado, denegada, se vuelve a repetir ahora, ejercida quizás a través de otra institución, como puede ser el discurso oficial de la medicina o los diagnósticos psiquiátricos, o del mismo psicoanálisis, amparado en diversas teorías que atribuyen origen exclusivamente intrapsíquico al conflicto.

En el título de tu trabajo aludes a «tiempos revolucionarios». ¿Verdaderamente crees que lo que se procesó en Chile en ese momento fue una revolución en el sentido que en la historia política se le da al término? ¿Está en juego un cambio radical de las relaciones de poder o se trata de una revuelta contra un orden injusto, pero que no puede llegar a afectar la estructura socioeconómica básica de la sociedad chilena?

A veces pienso que pequé de entusiasmo al decir eso. Sin tener un importante conocimiento político, entiendo que los procesos revolucionarios son largos, tuvimos ya un estallido social y estamos en eso. Creo que es la tensión en la que estamos hoy. Lo que sí sucedió es que la represión en parte se levantó y se pudo pensar. La gente empezó a hablar, los programas de televisión de farándula cedieron ante la opinión pública, que empezó a informarse, a tener mayor conocimiento y a ofrecer un

discurso coherente que da cuenta de conocimiento cívico. Esto se nota casi inmediatamente después de transcurrido el estallido social, en un país en el que el gobierno actual ha eliminado los cursos de educación cívica de la enseñanza escolar. La gente empezó a querer conocer sobre la Constitución política, comenzó a preguntar; los jóvenes tuvieron otro lugar, donde los juegos electrónicos cedieron lugar en los celulares y las selfies comienzan a ocupar un lugar protagónico para juntarse, manifestarse y develar abusos de poder. Nuestros jóvenes comenzaron a marchar, a hablar por nosotros muchas veces —con letreros como el que decía: «Esto lo hago por ti, mamá»—; comenzaron los vecinos a conocerse, se retomaron y autoconvocaron los cabildos ciudadanos que habían sido implementados en el gobierno de Michelle Bachelet. ¿Cuál será el límite de ese pensar que ya se instaló? No lo sé. Quiero creer que llegará lejos, pero no lo sé. Y paralelamente, frente a este despertar, vino una gran represión, que inició con la mutilación ocular provocada por el disparo de perdigones como parte de la represión política.

Los medios de comunicación dejaron de dar cuenta de este estallido. Sí dan cuenta de diferentes daños a la propiedad privada, hablan de la posibilidad de caos: hay más insistencia en el miedo que en la esperanza inicial de este estallido. Todos los viernes han continuado las marchas, las manifestaciones, pero eso se dejó de mostrar. Por redes sociales y de manera más informal, se ha sabido de torturas, de algunas muertes, nuevamente de mutilaciones oculares, pero eso no se muestra en los medios oficiales o aparece muy aisladamente, no hay investigación periodística al respecto.

Recientemente se aprobó la *ley anticapucha* que condena con hasta tres años de cárcel a quienes se manifiesten con el rostro cubierto; hay jóvenes ya encarcelados por esto. Ante esta represión política, supongo —sin ser experta— que estarán en juego diversas variables. Pero una puede resultar referida al yo. Y acá entran en juego la autoconservación

y la autopreservación. Ir a las marchas implica la posibilidad cierta de ser arrestado o de que te saquen un ojo o de que quedes herido por los químicos de los carros lanzaagua. Si se quiere más protección vas detrás, mientras que en la primera línea van jóvenes que ponen el cuerpo para que uno pueda seguir marchando, con el lugar incómodo, por decir lo menos, que esto también genera. Algunos optan por la conservación de la vida, otros por la preservación narcisista del honor y los ideales. Se prefiere morir, pero lo que no se toleraría sería volver a la «normalidad», como me dice un joven valiente que se encuentra en la primera línea. Lo expresa también parte de la letra de la reciente canción de protesta creada por Mon Laferte:

Somos caleta, más que los pacos  
Somos más choros, peleamos sin guanaco  
Aunque nos quedemos cojos  
Aunque nos arranquen los ojos  
Si no, para qué

Ambas posturas son, por supuesto, válidas y respetables.

Otro gran límite que también está presente refiere a nuestra propia subjetividad y al efecto logrado en nuestro psiquismo por la implosión del modelo neoliberal extremo que ha tenido Chile; un modelo voraz, egoísta, que es el gran límite y obstáculo que vamos a tener, me parece, para continuar o retroceder, frente al paso que hemos dado. En nosotros como sujetos, eso que creemos decir cuando decimos *yo pienso*, *yo creo*, *uno mismo*, etcétera, tiene en una parte un aspecto ilusorio y trae con nosotros un núcleo de verdad histórica, como señala León Rozitchner. Así reconocemos un psiquismo colonizado, como en nuestros orígenes como pueblo chileno también nos reconocemos colonizados, domeñados, temerosos, seducidos por una idea de bienestar individual.

Por eso, también en las brechas de este programa inconsciente tendremos que ver en qué lugar nos vamos ubicando frente al poder y cómo, a través de esas fisuras que ha dejado el enquistamiento del modelo neoliberal en nuestro psiquismo, podemos hacer ese trabajo que permita recuperar el poder delegado, el deseo de hacer cosas con otros para un mejor vivir: esa es mi esperanza para permitirnos ir hacia un ideal fraterno.

La esperanza entonces está puesta en una Nueva Constitución, cuyo plebiscito será en abril, que permita dejar atrás, finalmente, la Constitución de Pinochet y abrir espacio a un sujeto ético, que considere al otro como un legítimo otro, en que se retome un adecuado contrato narcisístico, en el que tengamos la convicción de que vale la pena postergar parte de nuestros apetitos personales por amor, en un acuerdo grupal, a cambio de un lugar personal de valor, asignado por el conjunto, formando parte y contribuyendo a un bienestar colectivo.

Al reflexionar sobre las transgresiones al orden instituido, tú realizaste una analogía entre los fenómenos de cambio social y la «vocación» originaria del psicoanálisis, en tanto que la exploración del territorio inconsciente nace de un deseo de saber que apunta más allá de las verdades preexistentes, con lo cual desde su origen desafió al orden que se sustentaba en ellas. Luego cuestionabas hasta qué punto las instituciones psicoanalíticas mantienen esa actitud y te interrogabas con Piera Aulagnier: ¿acaso habremos pasado del deseo de conocer al deseo de hacernos reconocer? A partir de estas reflexiones, la pregunta que deseamos hacerte como formadora de nuevos analistas es: ¿cómo se pueden compatibilizar en la práctica formativa el rigor y la creatividad? O, dicho de otro modo: ¿qué dispositivos formativos pueden a la vez cuidar el legado conceptual del psicoanálisis y favorecer tanto la formulación de nuevas teorizaciones como la exploración de ampliaciones en el campo clínico?

Nuevamente me parece que con los formandos sucede algo parecido a lo que sucede con nuestros pacientes, en tanto la profundidad de sus análisis estará dada por el ancho de nuestro psiquismo. Así sucede, me parece, también con las instituciones psicoanalíticas: dada su estructura, favorecen o no el pensar, en el entendido de que para pensar hay que oponerse. En la medida en que logremos aspirar a una institución más saludable (hay que considerar también que puede haber instituciones enfermas que enferman a sus miembros), me parece que se puede transmitir a los formandos una rigurosidad teórica en un ambiente creativo y favorecedor del pensar. Reconocemos la necesidad de las instituciones psicoanalíticas como posibilidad de contener a sus miembros, circulando el afecto en el desarrollo de tareas colectivas. Pero también advirtiendo que pueden repetir la dinámica de la distribución del poder del Estado, que somete y reprime, y sabiendo que ese poder se cuele de manera inconsciente en cada institución y así hace obstáculo para seguir pensando. Me parece importante, nuevamente, tener una mayor consciencia y comprensión de lo anterior, tomando como ideal a tener en el horizonte una mayor distribución del poder en la institución. Me parece que es bueno sostener la pregunta sobre si, como institución y formadores, estamos favoreciendo la transgresión. Si esta es entendida, como propone Aulagnier, fuera del registro psicótico o perverso, más bien como un movimiento que lleva al sujeto a sobrepasar lo *sabido*, lo que se transgrede es una verdad planteada hasta entonces como una ley sagrada y como garantía de un saber. Así, inspirándome en lo que plantea la autora, se hace necesario no claudicar en transmitir a nuestros formandos, a costa de una permanente resistencia a los tiempos actuales en que se obtura la posibilidad de cambio, la invitación a la transgresión y al deseo de saber.

Por otra parte, me parece que, en los dispositivos formativos, tenemos que estar atentos a ciertos avatares que se pueden dar en la formación. Uno es el referido a los avatares conceptuales al interior del psicoanálisis.

Entendiendo que es una teoría, también es necesario interrogarla, así como a sus intervenciones. Hay que recordar que está implicada en el momento histórico en el cual se originó, con un compromiso social determinado, y que eso tiene efectos. Por ejemplo, se tiene que revisar lo que concierne a la creación de Sigmund Freud de un Edipo con matices familiaristas como fundamento de la sociedad en la cual nace el psicoanálisis, y rescatarlo como un valioso concepto más allá de cualquier contingencia, como pauta necesaria que cada cultura establece para la situación antropológica fundamental, como la llamaba Laplanche: esa diferencia abismante con un otro en un momento inicial de desvalimiento del ser humano. Dicho esto, se puede apostar a una subsistencia del Edipo más allá de cualquier contingencia.

Dentro del dispositivo formativo, otro aspecto a tener en cuenta es el referido al propio modelo neoliberal. El triunfo mundial de un modelo económico extractivista de materias primas, socialmente apropiado por una elite político-económica dominante y con metas políticas a corto plazo, implosiona, como señala el historiador chileno Gabriel Salazar, en lo más profundo de nuestras subjetividades y hace fracasar nuestros soportes para el ideal del yo. También, a mi parecer, debemos estar siempre advertidos de que este modelo y sus consecuencias pueden estar, de una u otra forma, presentes en la formación de nuestros analizados y en nosotros como formadores.

Así, frente a la perversión del sistema, el riesgo es que nuestros formandos resulten finalmente los consumidores a satisfacer, que la formación esté atravesada por el clientelismo imperante, que los seminarios de formación queden transformados en un espectáculo en que el entretener al espectador-estudiante sea un requisito, que los pacientes resulten finalmente usuarios o clientes, a los cuales hay que agrandar o no frustrar —«total, el cliente siempre tiene la razón»—, o que el analista termine

siendo un proveedor o empleado a quien hay que interpelar como tal y no ya en tanto un sujeto supuesto del saber.

Es claro que el psicoanalista, tomado individualmente y en su carácter de ciudadano, puede participar de las luchas sociales del modo que quiera hacerlo. Y es indudable que, en cualquier caso, estas luchas lo afectarán como persona, incluso en su práctica. Recordamos el testimonio de un colega que no podía concentrarse en su trabajo al estar pensando en su hija, que en esos momentos de mucha represión violenta participaba de las protestas. Ahora bien, ya pensando más en la articulación con lo teórico-clínico, tú dices que no es posible —al menos cuando en el contexto se agudizan las contradicciones sistémicas de la sociedad— separar el conflicto intrapsíquico de los conflictos sociales. Entonces: ¿qué modulaciones o especificaciones crees que se necesita introducir en los conceptos clásicos de *neutralidad* y *abstinencia* del analista en su ejercicio clínico?

Inspirándome en diversos autores, como Bleichmar, me parece necesario favorecer con nuestro actuar un psicoanálisis que esté inscrito en el marco de la ética y no en la moral. Así, la abstinencia del juicio de otro sería de carácter moral, pero no necesariamente ético. Entendemos que la ética no refiere solo al buen uso del método y de la teoría, sino que implica al analista como sujeto ético histórico-social, y que la neutralidad es ideal, pero sabemos de su imposibilidad desde los inicios. Otros psicoanalistas hablan del concepto de *implicación* como analistas, que me hace sentido (Volnovich, Alfredo Grande). Creo que resulta un nuevo golpe a nuestro narcisismo la pérdida de la ilusión de que era posible desubjetivarse a partir de lo que uno habla, como si no fuéramos nosotros, y de nuestras teorías y conceptos, también hablados por nuestras palabras, como si hubiésemos creído que era posible desligar la palabra de un contexto y una

producción histórica, que dan cuenta de un modo particular de situarse en la tensión inherente a los vínculos de poder. Dicha ilusión, como nos hace prestar atención Rozitchner, supone que la palabra describe lo ajeno y que la teoría, en un aspecto, también puede ser usada como escudo para instalarse e instalar la realidad convencional. El problema es hacer visible previamente aquello que, por formar sistema con nosotros, no se ve, como lo dice el autor. Así, vemos un Freud epocal, cuya teoría iba tan en consonancia con un modelo patriarcal en el que la sexualidad como logro alcanzaba la genitalidad con un ideal reproductivo. Y en el cual la mujer freudiana, como nos hace saber, no está atravesada por la castración porque no tiene nada al comienzo y solo le queda por ganar pene, hijo, «concepción proletarizada de la mujer», dice Bleichmar con humor.

Entonces, cuando se pide desde los propios colegas no ideologizar el psicoanálisis, ¿no es eso, lo que se está pidiendo, ya una ideología? ¿Qué nos queda entonces? Analizarnos y ampliar en lo posible nuestra conciencia, perder nuestra ingenuidad de creer en un ideal purista, como si fuera posible una asepsia, frente a eso que decimos cuando decimos, cuando *yo digo, yo pienso, yo creo...*, *yo*, en definitiva. Y en este estallido social de Chile quedó en evidencia lo que muchas veces nuestros cómodos encuadres silenciaban, el lugar social de nuestros consultorios y el hecho de que también nosotros somos fabricación social: nosotros como analistas, también sujetos, con lo de ilusorio que esto conlleva, en tanto portamos una cuota de verdad histórica, desde lo cual decimos lo que decimos.

Tiene consecuencias importantes en la clínica negar la realidad externa del paciente, pero también las tiene negarla en nuestra constitución. Obviamente, otra cosa es someter al paciente con nuestra ideología, y nadie dice eso. Pero me parece que una mayor neutralidad, como ideal a alcanzar, justamente se puede aproximar si nos encontramos alertas, en nuestro quehacer como psicoanalistas, ante las tareas que fija la estructura social. Lo negado abstractamente subsiste y nos determina, como nos

enseña Freud y nos recuerda Rozitchner, pero ahora con más fuerza si le dedicamos energía a que no aparezca.

Una teoría y una intervención también son una reproducción social. Otra vez me parece que es importante la ética, la del analista, como brújula a seguir. La ética del analista o, como dice Bleichmar, el analista como sujeto ético, histórico-social, una actitud que parte en el análisis desde el inicio, en un acuerdo contractual con los pacientes que permite las condiciones para que se despliegue lo infantil del paciente, entendido en los términos freudianos como sexualidad inconsciente, pero que se distancia de cualquier forma de puerilización o sometimiento del paciente o del analista.

La transferencia permite dar escucha a lo que el paciente proyecta sobre el analista en tanto objeto de su deseo, pero también tiene que ver con la figura del analista, que se actualiza en ese lugar del saber del otro. Tal como lo hizo ese otro esencial en la constitución psíquica temprana, el otro que anticipa, que lo incluye en una filiación, que proporciona significantes, lo nombra, lo hace ser otro, ese otro que decía algo sobre nuestro pensar, en ese tiempo inicial de la sexualidad en que se introduce ese objeto prínceps que es el pecho.

Es así que a mí me parece que debemos estar atentos a la diferencia entre cuándo, por ejemplo, es amor de transferencia y cuándo puede convertirse en otra cosa, en pasión o en sometimiento, con la posibilidad de alienación con el analista, con la institución o con ambos. La transferencia puede hacer al analizado o al formando un creyente, que «repite» el lugar que tuvo ante el otro en la constitución psíquica en su infancia; relación asimétrica inicial, relación de poder sin duda, que al inscribir la sexualidad, requiere de que ese otro pauté los límites de su propio poder. Nuevamente la ética, la sexualidad y el poder, ahora en el interior del análisis o de la institución psicoanalítica.

Más allá de la justicia de los reclamos es indudable que hubo acciones violentas de algunos manifestantes. En parte pueden entenderse como respuesta a la brutalidad represiva, pero tú propones un punto de vista más de fondo. En tu trabajo hiciste un aporte muy elaborado sobre la verdad histórica del sujeto. A modo de posible incidencia causal en las protestas, recuerdas que en los días previos al comienzo de las manifestaciones volvió a discutirse el papel de Pinochet y a cuestionarse, incluso, si fue o no un dictador y la veracidad de las violaciones a los derechos humanos durante su gobierno. Desde ahí podría entenderse que el estallido social obedece en parte a la inadecuación de un discurso justificador que pretende imponerse, pero que no puede dar cuenta del pasado traumático de la sociedad chilena, cuyos efectos materiales (económicos, políticos, culturales) aún se sienten. Si entendimos bien tu posición, los aspectos más violentos de la protesta, pensados desde el psicoanálisis, serían la expresión de ese resto no simbolizado. Ya no se trataría solo del malestar en la cultura, sino de un fracaso de la función metabolizadora de la cultura. Tú dices: «Se requieren certezas en el discurso del conjunto social sobre la realidad, para que las funciones yoicas, esencialmente historizantes, sostengan la singularidad de cada sujeto».

Te preguntamos: ¿crees posible una incidencia pública del psicoanálisis, de sus instituciones y representantes, para favorecer una comprensión más sutil de los fenómenos violentos en la sociedad?, ¿te parece posible lograr una divulgación comprensible y respetuosa de la complejidad de los hechos que ayude, al menos en parte, a reformular los relatos con los que se pretende dar a pensar la realidad?

Parto por el final. Sí, creo en lo valioso que resulta el psicoanálisis para la comprensión de la subjetividad y de las complejidades que vivimos, pero teniendo en cuenta ciertos resguardos y límites. Uno es que,

como ya dijimos, la misma teoría psicoanalítica aparece interrogada en sus compromisos sociales y no escapa de lo instituido. Digo que el psicoanálisis también es productor de violencia, alguna necesaria o primaria, como señala Aulagnier, mediante una interpretación que crea algo que no estaba, introduce algo que no figuraba, pero que es necesario; y otra, como ha sido, por ejemplo, en otro momento histórico el igualar la homosexualidad a la perversión. Eso es violencia secundaria, apuntalada en la primera, pero en este caso, no solo totalmente innecesaria, sino un acto de sometimiento a un orden ya instituido en el que participa reproduciéndolo, bajo un ideal heteronormativo dentro de un sistema patriarcal.

También habría que distinguir entre agresividad y violencia. En relación a la violencia, la víctima no puede escapar del victimario, física o simbólicamente, está a merced de él. Puede un policía violentar al ciudadano sin agredirlo, no así el ciudadano a este, aun cuando sea agresivo. No es un encuentro entre iguales. La violencia implica un lugar de poder, poder que se ha adquirido por delegación, en última instancia, del Estado. Los ciudadanos, a su vez, han renunciado a su poder inherente a ellos como seres humanos.

Otro concepto que brinda también el psicoanálisis y nos ayuda para entender en parte la complejidad de estos momentos es la referida al concepto de cultura y el malestar de vivir en ella. Tomemos el concepto de *trabajo en cultura* que Freud nos proporciona tres años después de haber escrito su texto *El malestar en la cultura*, que Nathalie Zaltzman rescata como un proceso estrictamente intrapsíquico. Cultura en ese sentido psicoanalítico ulterior designa, a diferencia de lo que proponía en *El malestar*, un proceso de elaboración intrapsíquica y transindividual de la experiencia de vida que modifica el desarrollo individual y también la evolución del conjunto humano. Deja de tener entonces un componente teleológico o de juicio moral sobre un momento particular de lo que es considerado bello, estético o de valor.

*Trabajo en cultura* implica el pasaje de un modo de pensamiento del ello al acceso al lenguaje, una transposición en el lenguaje común, compartido, que por ese pasaje transforma formas comunes del programa psíquico de la especie. Todo cambio general no tiene otra vía de transformación que la del psiquismo individual. Es ahí que la singularidad tiene un privilegio exclusivo, una importancia determinante en los cambios posibles de la condición humana. Es acá donde destaca el psicoanálisis frente a otros tipos de psicoterapias.

Por otra parte, como decía, la realidad capturada por el lenguaje permite, represión mediante, organizar la pulsión, con lo cual imposibilita los retornos de lo reprimido que da cuenta de los tiempos iniciales en la constitución psíquica de ese encuentro de la pulsión con el objeto. Se requieren ciertas certezas en el discurso del conjunto social sobre la realidad, para que las funciones yoicas, centralmente historizantes, sostengan la singularidad de cada sujeto. Se trata de certezas del discurso social que definen lo que es real y sus causas, lo que es verdadero o justo y lo que es falso o injusto, etcétera.

Chile despertó, ¿y con qué se encuentra?: con mutilaciones oculares, torturas, violencia sistemática; con que se queman lugares emblemáticos de la cultura... ¿De qué orden es esto? Si lo pensamos como una regresión colectiva, ¿es tan solo libidinal, sexual?, ¿es un retorno al pasado, a la barbarie, al hombre «primitivo», como planteaba Freud, que invade la escena sociopolítica? En ese enfoque queda enfatizado lo pulsional y se desestima la regresión narcisista. Zaltsman señala que esta regresión no engendra un retorno a un estado anterior de evolución, sino efectivamente a un estado posterior, anteriormente inexistente. La regresión no es la emergencia de una prehistoria; es una neoformación, ella produce la aparición de una posthistoria, incluso la creación de cosas inconscientes que jamás habrían tomado cuerpo antes, no lejos de la primera figura del mal.

Frente a la violencia, como lo que estamos viviendo, el riesgo es que se instaure una organización social nueva: una horda, pero sin padre; un odio, pero sin ambivalencias. Es a condición de la regresión narcisística que se produce una regresión libidinal. Este atentado al narcisismo favorece hoy la regresión libidinal.

Como logro de progreso del trabajo en la cultura está el concepto jurídico de *crimen contra la humanidad*, que permite una caracterización psicológica inédita: la de un sentimiento vital, irreductible, de pertenencia a la especie humana. Ni siquiera una vez, nadie puede ni debe caer fuera de la especie humana. Eso es lo que está en riesgo al no haber una realidad compartida sobre el genocidio de Pinochet, el que pueda hacer despertar una memoria primitiva que se opone al pensar y al proceso secundario, en un tiempo más allá de la palabra, y que pone en riesgo la estructuración psíquica.

En las consignas de los manifestantes se advierte una variedad de contenidos: económicos, políticos, de género, ambientales, referidos a los derechos de los pueblos ancestrales... Todo pareció encaminarse hacia la necesidad de reformular el pacto social básico que es la Constitución nacional. En general suele pensarse a esta ley fundamental de los estados en su dimensión político-institucional. Sin embargo, tú, pensando desde el psicoanálisis, señalaste la ligazón constitutiva de la sexualidad al poder, por lo que el nuevo pacto social naciente podría incluir aspectos no necesariamente plasmados en un texto constitucional, pero igualmente *constituyentes*. Desde esa perspectiva más amplia, queremos preguntarte: ¿visualizas la posibilidad de un nuevo orden sexual, una nueva matriz subjetivante que reconfigure las relaciones entre los géneros? Y más allá aun, en relación a los recursos naturales y teniendo en cuenta algunos planteos como los que hacen las comunidades mapuches: ¿puede pensarse y

formularse como propuesta viable la necesidad de una relación con la madre tierra no meramente extractiva, no tan marcada por el abuso y la ganancia devoradora?

Cuando se produce el estallido social, me atrevo a decir, lo que quedó en evidencia es la perversión del modelo y lo pervertidos que estábamos. Empezamos a consumir menos, íbamos a locales pequeños de barrio a comprar lo necesario, las plazas estaban más llenas con padres jugando con sus hijos, la gente se veía más amable para conducir o te saludaban en el transporte. Yo podía ver esto porque a su vez salía más temprano del trabajo, organicé de otra manera el consultorio y así también mis colegas. No es que yo lo vea así porque sea de izquierda simplemente, sino que el modelo neoliberal tiene algo que otros modelos económicos no tienen, algo que explica también el historiador chileno Gabriel Salazar:

la operación estratégica más exitosa de la «revolución neoliberal» ha consistido en haber logrado camuflar sus propias contradicciones y su propia crisis, sacándolas de las «estructuras» y escondiéndolas como invisibles bombas de tiempo, dentro de cada «familia proletaria» y dentro de cada «sujeto» adulto en edad de trabajar, lo cual equivale a instalarlas en la mente de los niños marginales.

Así era antes del 18 de octubre, cuando surge esta verdadera y única revolución que, al parecer, ha existido al menos en Chile: la revolución contra el modelo neoliberal; esta, como dice el historiador chileno, implosiona en lo más íntimo de un sujeto. No es que el modelo solamente falló, sino que se las arregla para que aquel ciudadano que queda cada vez más marginado haya sentido que algo hizo mal y que él mismo es la causa de este fracaso. Es el engaño del modelo de que cualquiera con esfuerzo puede lograrlo.

Otro autor, Mark Fischer —crítico musical y teórico de la cultura—, en su texto *Realismo capitalista* se hace la pregunta sobre cómo es que se ha vuelto aceptable que tanta gente, y en especial tanta gente joven, esté enferma. Y señala que la plaga de la enfermedad mental en las sociedades capitalistas sugiere que, más que ser el único sistema social que funciona, el capitalismo es inherentemente disfuncional y el costo que pagamos para que parezca funcionar bien es en efecto muy alto.

Desde distintos hemisferios y referidos a distintos países, ambos autores —Salazar y Fischer— están diciendo más o menos lo mismo. No sé si contesto a tu pregunta, pero ¿cuánto podremos desprogramarnos de este modelo que llevamos tan adentro?, creo que el tiempo va a ir dando la respuesta. El poder es inherente a los vínculos. Otra cosa es lo abusivo que se puede tornar ese poder y otra cosa, además, es que se pueda arrasar con el otro. Es que simplemente no puede haber ni favorecerse un tipo de vínculo donde se ponga en riesgo la humanidad. Este modelo cruel está arrasando con lo humano, con los ancianos y su sistema de pensiones, que no les alcanzan para vivir; con la infancia, porque desde los cuatro años los niños ya empiezan a competir y porque los niños quedan sin padres en tanto estos deben entrar en una carrera por subsistir.

Por otra parte, el trabajo de cultura —como mencioné anteriormente— requiere una mayor consciencia de la humanidad, cuyas representaciones, como resulta del concepto jurídico de *crimen contra la humanidad*, queden inscritas como capital de ideas colectivas e individuales, como mencionaba Freud, por vía de la instancia del yo, y que hagan posible modificar las metas instintivas de las conductas criminales. Lo más humano de lo humano. Tomando estas ideas es que se hace posible pensar en un nuevo lazo social.

Desde acá tendríamos todos que manifestarnos cuando la humanidad y su existencia estén comprometidas. Cómo tomarán escena los lugares de poder no lo sabemos. Pero sí tendríamos que condenar enérgicamente

y las instituciones protegernos y ser consistentes en su prohibición frente a la violencia infantil, frente al femicidio, frente al modelo extractivista —que pone en riesgo el agua y los cultivos por el uso sin control que hacen de ello algunos pocos—, cuando es violentada la población indígena, cuando son patologizadas las diferencias de género desde un modelo patriarcal y heteronormativo... Es decir, frente a todo lo que atenta contra el vínculo común entre los humanos. Y porque, ni siquiera una vez, nadie puede ni debe caer fuera de la especie humana: no se puede caer fuera de las palabras, nadie puede estar fuera de una filiación. Eso es lo que se pone en riesgo y es lo que, por ejemplo, el feminismo rescata. No es algo que se le hace a la mujer, pero que el día de mañana podría cambiarse al invertirse los lugares: es algo que no se debe permitir porque se pone en riesgo la especie humana. Ese es el logro del trabajo en cultura, del psicoanálisis y de los mecanismos de represión psíquica. El riesgo, el caos, una horda sin padre, sin tabú, la posibilidad de la presencia de eso inasible que es el mal, lo ominoso, esa memoria primitiva, podrían poner en silencio la vida y el deseo y también el reconocimiento de la importancia de ese lazo vital, de cada individuo como representante de la especie. El logro de devenir sujetos de cultura se da en función de una conciencia ganada por el yo sobre las tierras extranjeras del ello, y habla del cumplimiento del contrato narcisista, lo que permitiría recuperar el poder delegado para reconstruir al grupo y a las instituciones.

Conversando con un paciente que ha sido víctima de la represión, me señala: «Ahí estaba, a menos de cinco metros, cuando me disparan [refiriéndose a los carabineros], me quedé solo frente a ellos: me dispararon en el brazo y en la pierna, anteriormente había sido en la cabeza [me mostraba sus heridas]. No tenía susto, ni dolor, pero lo que no olvido aún es la sonrisa del que me disparaba, su cara de gozar mientras me disparaba, aún veo la cizaña en su mirada...». Y más adelante reflexiona: «te creo que fuera un poderoso, pero debe ser un gil más pobre que yo».

El mismo joven me explica lo importante que fue para él que le extrajeran las balas y perdigones que quedaron dentro de su cuerpo (lo cual va más allá de lo real, ya que algunos estudios señalan que algunos perdigones que se están usando, si no se extirpan, pueden liberar lentamente plomo y a la larga intoxicar o enfermar al sujeto). «No sé por qué estaba tan alegre ese día; conversando con un amigo, me dice que es como si me hubieran extirpado el veneno asesino del enemigo, y eso me hizo mucho sentido, ya no tengo nada del asesino».

Es esto el límite del psicoanálisis: el encuentro crudo con el mal, la dificultad para poder pensar algo que queda fuera del pensamiento, que es inasible y que refiere al mal. Es lo peor de lo humano, pero es lo humano totalmente humano, que deviene inasible en el momento mismo en que nos ocupamos de considerarlo.

Me parece que esto es algo relacionado con lo que se ve cuando Chile despierta, las metas instintivas de las conductas criminales propias de la humanidad que resultan tan difíciles de pensar. Pero intentar hacerlo constituye hoy un reto para el psicoanálisis.



RESEÑAS  
BIBLIOGRÁFICAS

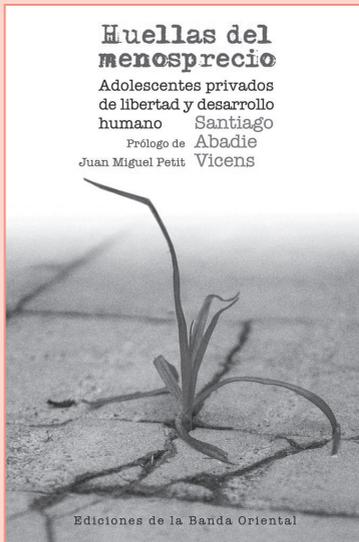
5



HUELLAS DEL MENOSPRECIO.  
ADOLESCENTES PRIVADOS DE  
LIBERTAD Y DESARROLLO HUMANO  
Santiago Abadie Vicens

**Martín Núñez**

Licenciado en Psicología de la UDELAR  
Especialista en Psicoterapia Psicoanalítica del IUPA  
Miembro de la AUDEPP  
Correo electrónico: martinunez84@gmail.com



**Título:** Huellas del menosprecio.  
Adolescentes privados de libertad  
y desarrollo humano

**Autor:** Santiago Abadie Vicens

**Año:** 2018

**Editorial:** Ediciones de la Banda  
Oriental

**Ciudad:** Montevideo

**Páginas:** 177

Ante la actual difusión mediática de sucesos violentos, emerge con fuerza la tentación de comparar el aquí y el ahora con el pasado. Comparación hecha, la mayoría de las veces, con signos de más y de menos: ¿es esta época *más* violenta o *menos* violenta que otras? De esta forma, la cantidad de violencia intenta convertirse, de forma infructuosa, en un parámetro descriptivo de una sociedad. ¿De qué manera se puede resolver una comparación de este tipo, entre siglos que tienen en su haber sus propios genocidios? ¿Cuál es la manera de cuantificar la violencia de un momento sociohistórico y transformar ese número en una pista para comprender la actualidad? La violencia, como factor siempre presente en la red vincular de una sociedad, encuentra su mejor marco de comprensión y de abordaje en un enfoque cualitativo, que apunte a indagar en las peculiaridades de la subjetividad imperante en una época, mediante la cual la violencia muestra su singular rostro. El difuso, y ampliamente difundido en los medios, concepto de *seguridad pública* es uno de los asuntos en los que la opinión pública uruguaya tiene posada su atención y sobre el que mayor cantidad de actores sociales se pronuncian. *Violencia, delincuencia, menores infractores, víctimas, victimarios y rehabilitación* son palabras que circulan y se asocian en el discurso cotidiano sobre seguridad pública, de una manera que no siempre permite profundizar en la comprensión de estos fenómenos y sobre los que, definitivamente, las políticas públicas aún no logran dar una respuesta del todo satisfactoria. *Huellas del menosprecio*, de Santiago Abadie, es un aporte que, dentro de este contexto, resulta especialmente atendible en la intención de enriquecer nuestra interpretación sobre estos fenómenos.

Santiago Abadie es docente de Filosofía y magíster en Desarrollo Humano por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, y entre sus diversas actividades llevó adelante talleres de filosofía con adolescentes privados de libertad en la Colonia Berro, entre el 2011 y el 2014. Es desde esa experiencia que desarrolla su tesis de maestría, que adapta y plasma en el libro aquí reseñado.

Este consta de cinco capítulos y un anexo, a través de los cuales Abadie transforma su experiencia con los adolescentes privados de libertad en la materia prima para varias líneas de reflexión, que encuentran como inquietud inicial la problematización sobre la concepción de rehabilitación en un contexto de encierro. ¿Qué supone rehabilitar a estos jóvenes internos de la Colonia Berro?, ¿rehabilitar desde dónde y hacia dónde? El autor nos propone transitar por estas y otras interrogantes distanciados del exclusivo enfoque punitivo, según el cual el encierro sirve como escarmiento para sujetos que llevan adelante conductas reñidas con la ley.

Sin romanticismos y con una propuesta que busca enriquecer prácticas concretas de trabajo, *Huellas del menosprecio* presenta un enfoque de rehabilitación centrado en la perspectiva del Desarrollo Humano, enfoque que se plantea como una alternativa a los modelos economicistas de desarrollo y que Abadie profundiza teóricamente en los primeros capítulos. Esta mirada ubica en el centro de cualquier proceso de rehabilitación el trabajo sobre la subjetividad de los jóvenes internados. La modificación de las conductas no puede ser duradera si no es el fruto de un proceso de reflexión y discernimiento que vaya en la dirección de construir un proyecto de vida lo más coincidente posible con lo que el adolescente considera valioso; este es uno de los planteos fuertes del libro.

El autor pone a disposición una serie de pistas para la comprensión de la estructura identitaria de los jóvenes privados de libertad con los que trabaja, a través del dialogo entre la teoría y el propio discurso de los

protagonistas. He aquí uno de los aportes más interesantes del libro: «El deseo de entender el modo en que estos adolescentes se comprenden a sí mismos condujo la investigación al encuentro directo con ellos y a escuchar su propia voz» (p.93). Este movimiento es coherente con el enfoque de rehabilitación del Desarrollo Humano, en el que es medular que el destinatario alcance mayores grados de autonomía a partir de la ampliación de sus márgenes de autocomprensión, lo cual lo instala en un lugar activo y protagónico en este proceso y lo distancia del papel de víctima. A través del relato que los adolescentes hacen de su propia biografía y que da cuenta de su forma de ser, estar, percibir y sentir, el libro da la posibilidad de bucear en subjetividades marcadas por el menosprecio y por el deterioro de una autopercepción positiva. El enfoque del Desarrollo Humano está directamente ligado al reconocimiento de la dignidad humana desde el amor, la igualdad de derechos y la valoración social, cuyas ausencias se traducen en menosprecio, lo que el autor refleja con claridad.

Uno de los varios aportes que hace Abadie, que resulta especialmente estimulante y que se constituye en un faro guía mientras se transita por el texto, es el de sobreponer enfáticamente el significante *adolescente* por encima del de *delincuente*. La adolescencia, como tiempo de transición identitaria, abre la puerta al cambio y su consideración evita la cristalización de un sujeto definido por su accionar delictivo. El autor hace gran hincapié en que está conversando con adolescentes y que, como tales, son propietarios de un enorme potencial para modificarse.

En los primeros tres capítulos del libro el autor desarrolla conceptos como *capacidad, funcionamiento, deriva, agencia, autonomía y reconocimiento* de una manera tan clara como rigurosa. Es de destacar cómo Abadie logra articular con precisión todo ese marco conceptual con la propia narración que los adolescentes hacen de sí mismos, en los capítulos cuarto y quinto. El libro se cierra con un anexo donde el autor nos regala una mirada descarnada y aguda del establecimiento donde estos

jóvenes están encerrados, sobre algunos sucesos vividos en los talleres de filosofía y sobre los afectos que circulan en ese espacio, afectos que atraviesan al propio escritor.

Este material tiene un marco teórico fundamentalmente filosófico y sociológico, con algunas pocas referencias al psicoanálisis. Los talleres propuestos persiguen objetivos educativos. Sin embargo, puede ser de especial utilidad para aquellos que consideramos imprescindible el intercambio entre el psicoanálisis y otras disciplinas que hagan un abordaje de la naturaleza humana, y para aquellos interesados en llevar adelante un *psicoanálisis extramuros*, a lo que nos ha inspirado Silvia Bleichmar. La perspectiva del reconocimiento, desarrollada en el libro, se vuelve una herramienta utilizable tanto para enriquecer las políticas públicas como para comprender la construcción de la identidad más allá de la realidad de los adolescentes privados de libertad.

*Huellas del menosprecio* no es un libro exclusivamente teórico, sino que es un recorrido por la existencia de estos adolescentes en situación de reclusión, recorrido que se ilumina conceptualmente. Tampoco es un texto que solamente apela al intelecto, pues en cada página el lector puede descubrirse movilizado afectivamente. No es un libro que alecciona o impone moralejas, pero toma la bandera del espíritu crítico frente al prejuicio y frente a las prácticas de encierro.

*Huellas del menosprecio* es una esperanzadora convocatoria a la empatía, a la escucha y al encuentro.

TRABAJOS DE LA LECTURA,  
LECTURAS DE LA VIOLENCIA.  
LO CREATIVO - LO DESTRUCTIVO EN  
EL PENSAMIENTO DE WINNICOTT

Ricardo Rodulfo

**Adriana Anfusso**

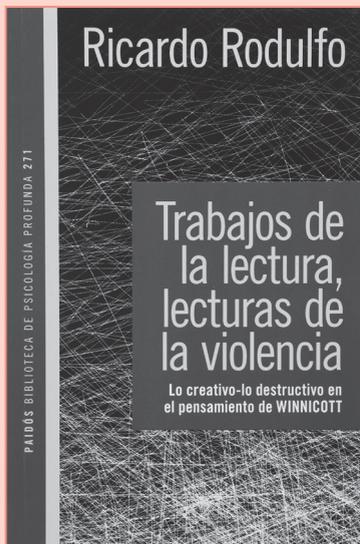
Licenciada en Psicología de la UDELAR

Profesora adjunta del IUPA

Miembro Habilitante de la AUDEPP

Miembro del Board Latinoamericano de los Encuentros Winnicott

Correo electrónico: [adriana.anfusso@gmail.com](mailto:adriana.anfusso@gmail.com)



**Título:** Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia. Lo creativo - lo destructivo en el pensamiento de Winnicott

**Autor:** Ricardo Rodolfo

**Año:** 2009

**Editorial:** Paidós

**Ciudad:** Buenos Aires

**Páginas:** 266

... si cada uno en tanto subjetividad no crea el mundo,  
engendrando lo que ya está allí...  
tal mundo no adquiere consistencia (de) real,  
y su ya estar allí es inútil.

Ricardo Rodulfo (2009, p.41).

Ricardo Rodulfo es psicólogo y psicoanalista especializado en niños y adolescentes, doctor en Psicología y catedrático en la Universidad de Buenos Aires, y director de la Fundación Estudios Clínicos en Psicoanálisis. Se trata de una figura muy conocida y respetada en nuestro medio, especialmente en la AUDEPP, donde sus visitas suelen provocar asombros, adhesiones y un torbellino de ricos intercambios y cuestionamientos.

Ha publicado más de quince libros, muchos solo y otros en colaboración con colegas, además de innumerables artículos en revistas y periódicos. Prolífico conferencista, en la actualidad ofrece online Seminarios de Formación en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes, con la colaboración de su esposa, Marisa Punta.

Rodulfo se concentra lúcidamente en los temas más complejos, discutibles y discutidos, también los menos frecuentados, de la obra de Donald Woods Winnicott. Por esta razón, quizás no sea este el libro más indicado para principiantes, aunque sin duda alguna resultará tremendamente esclarecedor y desafiante para quienes, habiendo ya incursionado en los textos de Winnicott, deseen profundizar y reavivar el interés por su obra.

Los diecisiete capítulos que componen este libro son de muy variada naturaleza y pueden leerse independientemente, ya que cada uno posee unidad conceptual. Algunos presentan casuística clínica del autor.

Con ellos, Rodulfo va tejiendo en red los conceptos de Winnicott sobre origen, derivados, funciones y efectos, tanto positivos como negativos, de la agresividad y sus múltiples variantes.

En el índice se pueden encontrar algunos capítulos sobre temas conocidos: «Del self», «El falso self y su verdad», «Transición», «La capacidad para estar solo», «El jugar sin fundamento» y otros cuantos con títulos abstractos y algo enigmáticos que despiertan curiosidad: «Nada», «Raíz», «Inercia», «La integración sin síntesis», «Oposición y ambigüedad», «Violencia de necesidad», entre otros.

Rodulfo explica el formato de su libro asemejándolo a la práctica de la escritura musical. Dice: «Tanto su estilo no académico como la naturaleza de las cuestiones a tratar me llevaron en este libro, sin proponérmelo, a elegir el procedimiento musical de la “variación”, del motivo de la variación y de la variación del motivo» (p.21).

Sin verbos a la vista, la peculiar sintaxis del título opera como un primer llamador, que el diseño gráfico de la tapa refuerza. Con letra grande y destacada, se lee: «Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia», frase nominal que se refiere a los dispositivos metodológicos que el autor utilizó para escribir este libro. Recién más abajo, y con letra mucho más pequeña, puede leerse el concepto que hilvana las ideas allí expuestas: «Lo creativo - lo destructivo en el pensamiento de Winnicott». Rodulfo parece subrayar que el camino recorrido importa más que el objetivo a alcanzar.

Las singularidades del título remiten a la experiencia personal de Rodulfo. Él confiesa que no fueron las lecturas rápidas, sino otras muy cuidadosas, por propia cuenta y sin intermediarios, las que le permitieron captar la profundidad de sentido y la importancia del vuelco ideológico que Winnicott introduce en este particular campo del psicoanálisis que está analizando. Fue tal modalidad lo que le permitió *hacerse de un nuevo Winnicott*, por lo que ahora comparte y recomienda el método a sus eventuales lectores para que, a su vez, cada uno construya el suyo

propio. Nada podría alegrar más a Winnicott, un abanderado del self, de la mismidad.

Rodulfo dedica especial atención a las especulaciones de Winnicott en torno a lo constructivo y sus contrapartidas habituales, más particularmente a la propuesta de una fuerza vital originaria única, de carácter constructivo-destrutivo con la «cualidad de lo viviente», de un amor primitivo que contiene «agresión, motilidad, espontaneidad, vivacidad, fuerza vital» (p.165). Recuerda que «Winnicott constantemente se pregunta por una raíz propia de la agresión o de la violencia» sin remitirlas a «alguna pulsión y menos aún a una pulsión de muerte» (p.143). Y agrega el dato de que «Winnicott y Lacan coinciden en obviar toda posible referencia a una pulsión de muerte como fuente originaria de la agresión» (p.144).

Los guiones que unen y separan y lo transicional, elementos tan propios de Winnicott, constituyen para Rodulfo un asunto que merece atención. A ellos se refiere como bordes o membranas «donde ocurren los procesos verdaderamente importantes» (p.119). Son como fronteras inestables o puertas batientes hechas para ir y venir, que mezclan sin hacer desaparecer del todo las diferencias y presentan ante nuestros ojos continentes poco explorados, como los del amor-odio, la madre-bebé o lo interno-externo. Se trata de unidades duales paradójicas que desplazan a la unidad tradicional e incluso al concepto de *sujeto*. Para discurrir sobre estas nuevas unidades de tipo yo-otro o dos-en-uno, Rodulfo acude a pensadores que le son afines, como Jacques Derrida, Zeljko Loparic y Jessica Benjamin.

Rodulfo desbarata los argumentos que presentan a Winnicott como un autor fácil y ameno cuyo único aporte habría sido el de lo transicional, mero complemento de las teorías reconocidamente fundacionales. Por el contrario, con entusiasmo contagioso cuenta cómo, al sumergirse en su obra, llegó a una «experiencia de descubrimiento» que le permite definir

a Winnicott como «un pensador dentro y con el psicoanálisis» (p.14), un pensador «de la existencia humana» (p.19).

Es interesante un detalle que Rodolfo coloca en primer plano: la frecuencia con que, muy desenvuelto y en varios de sus escritos, Winnicott se refiere a «mi teoría del desarrollo» (p.15). Interpreta el hecho como señal inequívoca de que Winnicott tenía conciencia plena de la originalidad y la libertad de su pensamiento.

También, Rodolfo comenta cómo debió esforzarse por develar para sí mismo (y de paso se lo devela a sus lectores) el sentido que Winnicott quiso dar a muchos conceptos que emplea de forma por demás idiosincrática. Así lo exige su frecuente uso de neologismos y las variaciones o ampliaciones de significado que aplica a términos ya extensamente consensuados. Se afana por transmitir de forma muy directa su personal visión del desarrollo humano y del tratamiento.

Entre 1955 y 1959, Winnicott escribió mucho sobre la agresividad. A una de sus formas se refirió como «agresión creativa», gesto que, si logra como respuesta la supervivencia y la no retaliación del ambiente, creará la externalidad, la alteridad y lo transicional. La «agresión destructiva» o «agresión reactiva», en cambio, es la que surge cuando expresiones tempranas de la fuerza vital, de la violencia inherente a todo bebé humano, que surge de la «motilidad, la espontaneidad o la vivacidad, reciben un choque temprano [...] por parte de un medio hostil» (p.166). En su opinión, estas *intrusiones* cierran el paso a los grados necesarios de oposición que necesita el bebé para poder crecer y desarrollarse, y suelen ser antecedentes de patología.

Winnicott se pregunta una y otra vez cuál es la raíz propia de la agresión. Rodolfo sostiene que hacerlo equivale a no aceptar que su origen es la frustración y a aceptar aun menos que lo sea la pulsión de muerte. Y lo resume, sin duda y con firmeza, así: «Punto clave que otra vez separa

a Winnicott del resto: Winnicott no asimila agresión = pulsión de muerte = destructividad = originariedad primitiva, como, entre otros, lo hace Klein» (p.139).

Winnicott propone un *giro copernicano* al plantear la hipótesis de una fuerza vital inicial constructivo-destructiva, el amor-discordia o amor-lucha. En los capítulos 8, 9, 10 y 11 es donde esos temas y otros colaterales están más desarrollados. Al abordar asuntos disruptivos como este, Rodulfo suele homologar a Winnicott con Derrida porque ambos comparten el «denuedo por desmarcarse de la tradición del “logos” y sus unidades conceptuales» y el «rechazo a la adaptación como criterio rector de valor terapéutico y el modo rotundo en que la asimilan a sumisión pura y simple, no cuando hay adaptación, cuando “solo” hay adaptación» (p.249).

La lectura de estas lecturas de Rodulfo sobre lo constructivo-destructivo en Winnicott genera una rica experiencia en la que convergen la sorpresa y el asombro, el interés y la curiosidad, al igual que la duda y los deseos de saber, todo lo cual nos hace sentir más vivos.



## NORMAS DE PUBLICACIÓN Y ARBITRAJE

Los artículos a ser publicados en *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, de AUDEPP-IUPA, deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- ▶ Se referirán a la teoría o a la técnica psicoanalítica, o a temas que puedan tener particular interés para la comunidad psicoanalítica.
- ▶ Serán trabajos inéditos, originales y relevantes en relación a la temática que traten.
- ▶ Si presentan postulados o hipótesis, tendrán que ser consistentes en cuanto a su argumentación y en cuanto a la evidencia clínica aportada para su fundamentación.
- ▶ Tendrán que respetar las debidas consideraciones éticas para publicaciones, refiriéndose a documentos como el Código de Ética para el ejercicio profesional del psicólogo de Uruguay, los documentos o posibles asesoramientos de la Comisión de Ética y de la Comisión de Publicaciones de la AUDEPP, y —particularmente para aquellos que se enmarquen dentro de la sección «Avances de investigación»— las consideraciones del Informe de Belmont (1979). Los artículos presentados por personas residentes en el exterior de Uruguay también deberán contemplar las consideraciones éticas propuestas en su lugar de residencia.
- ▶ En caso de presentar algunos elementos de material clínico, la revista prevé que el autor o los autores exhiban ante el escribano de la AUDEPP los consentimientos informados correspondientes. (Para su elaboración se puede consultar a la Comisión de Ética de la AUDEPP.) Dicho profesional labrará un acta certificando la posesión de este

documento, pero no se consignarán nombres de pacientes ni se pedirá una copia, con el fin de resguardar la estricta confidencialidad.

- ▶ Desde el punto de vista formal, los trabajos deberán adecuarse al título presentado y reflejarán la relación conceptual con la bibliografía elegida. Asimismo, se buscará una redacción clara, que contemple un público con interés y formación en el psicoanálisis.
- ▶ El estilo deberá regirse por los lineamientos del *Manual de Publicaciones de la American Psychological Association* (7.<sup>a</sup> ed., 2020).
- ▶ Deberá incluir un resumen en español de no más de 250 palabras y su correspondiente traducción al inglés.
- ▶ Deberá incluir la bibliografía exclusivamente referida en el cuerpo del artículo. Se estima que un artículo con las características de esta propuesta no deberá de sobrepasar las veinte referencias bibliográficas.
- ▶ Deberá indicar hasta cuatro palabras claves o descriptores. Estos deberán ajustarse a la lista de términos del Tesouro de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), accesible en [www.apdeba.org/tesauro-online/](http://www.apdeba.org/tesauro-online/). No obstante, la Comisión de Publicaciones se reserva el derecho de introducir variantes en los descriptores del artículo por razones de claridad y coherencia temática.
- ▶ Se deberá ajustar a las siguientes características (se especifican los máximos): 10 carillas de tamaño A4, con fuente Arial 11, interlineado 1,5 y máximo 30.000 caracteres (unas 5.000 palabras) para artículo, referencias bibliográficas y resumen.
- ▶ Cuando la Comisión de Publicaciones resuelva publicar trabajos que fueron presentados a congresos o jornadas científicas, se tendrá en cuenta que estos sean originales e inéditos y que hayan sido aprobados por un comité científico de lectura, con las mismas o similares exigencias de arbitraje especificadas más adelante.

- ▶ Los artículos deberán incluir el identificador digital permanente de autor (ORCID), el que se puede autogestionar en <https://orcid.org/>.
- ▶ Los autores de todos los trabajos aceptados para ser publicados deberán firmar personalmente o por envío de correo electrónico el formulario de cesión de derechos que se puede consultar y descargar en la página web institucional: <http://www.audepp.org/>.
- ▶ La presentación del artículo deberá hacerse en formato digital, enviando un mail con dos archivos al correo electrónico de la AUDEPP o personalmente en Secretaría en soporte pendrive. El primero de los archivos incluirá, además del título y el texto del artículo, el nombre completo y dirección electrónica del autor. El segundo —que será enviado a los árbitros— incluirá solo el título y el artículo, y excluirá eventuales menciones al autor en el cuerpo del texto.

### **Arbitraje científico: revisión por pares con sistema de doble ciego**

Los artículos que se presenten para ser publicados en *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, de la AUDEPP, serán sometidos al proceso de arbitraje o control de calidad académica *peer review* (revisión por pares). Esto significa que serán evaluados por al menos dos expertos del mismo campo que los autores. El sistema empleado será el de doble ciego, por lo cual los evaluadores no conocerán la identidad de los autores de los artículos, y los autores no sabrán la identidad de los evaluadores que intervengan en el caso concreto. No obstante, serán de público conocimiento los nombres de los integrantes del Comité Científico Internacional, quienes podrán ser consultados para sugerir a las personas más idóneas para el arbitraje, según la temática de los artículos a evaluar.

Los autores presentarán sus trabajos a la Comisión de Publicaciones en forma digital en dos archivos (con identificación de autor en uno solo)

respetando los aspectos formales de carácter general especificados antes. Estos requisitos también pueden consultarse en la página web de la AUDEPP: <http://www.audepp.org/>. Los trabajos que no cumplan esos requisitos no serán considerados.

La Comisión de Publicaciones hará llegar a los árbitros el archivo sin identificación de autor así como la guía de evaluación. El resultado del arbitraje será comunicado a los autores sin comentarios, se establecerá únicamente si el trabajo fue aceptado o no. No obstante, en aquellos casos en que la eventual publicación quede condicionada a la introducción de modificaciones, la Comisión hará llegar las sugerencias de los árbitros a los autores, quienes podrán aceptar realizarlas dentro de los plazos que se les comuniquen u optar por retirar su trabajo. El rechazo de un trabajo será definitivo y no podrá volver a presentarse para números posteriores de la revista.

## **Comité Científico Internacional**

Dra. Cinthia Cassan  
ICHPA (Santiago, Chile)

Dr. Norberto Lloves  
AEAPG (Buenos Aires, Argentina)

Mag. Olinda Serrano  
CPPL (Lima, Perú)

Psic. Lea Lubianca Thormann  
CEPDEPA (Porto Alegre, Brasil)









El próximo número de *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica* tendrá como número temático el aniversario de los 90 años de la publicación de *El malestar en la cultura*.

En esa obra, Freud analiza las fuentes de los sufrimientos humanos y se detiene especialmente en aquellos de origen social. Su conclusión es que este malestar no se debe exclusivamente a que las normas que regulan los vínculos sociales sean imperfectas, sino que es su existencia misma la que entra en conflicto con la tramitación de las pulsiones. Nos preguntamos: ¿sigue vigente esta concepción?, ¿en qué aspectos la podemos matizar o enriquecer si se la examina con perspectiva histórica?

Si bien el tema trasciende la situación excepcional que plantea la pandemia causada por el COVID-19 y las distintas presentaciones de la crisis socioeconómica que se le asocian, resulta ineludible considerar las interrogantes que nos ha generado este momento y abordarlo reflexivamente, apoyados en nuestros marcos teóricos referenciales.

## SUMARIO

### 1. NÚCLEO TEMÁTICO

D. W. Winnicott: Lo positivo de la agresividad y el odio en el desarrollo temprano y en el tratamiento - *Adriana Anfusso y Laura de Souza*

«S, pero yo no soy cag n...». Cuando la agresión está al servicio de la autopreservación - *Mara Eugenia Noble*

Efecto en la subjetivación de adolescentes en conflicto con la ley penal que participan en programas de prevención secundaria y terciaria - *Silvana Contino*

Los destinos del objeto - *Bettina Miglierina*

Neogenesis: un modo de abordaje de lo traumático - *Magdalena Lema y Silvia Tejera*

Infancias trans. Interpelaciones en la figura del psicoanalista - *Mauricio Clavero*

### 2. RELECTURAS

Las palabras no entienden lo que pasa... - *Elsa Leone*

### 3. AVANCES DE INVESTIGACIÓN

Psicoterapia en instituciones de salud con adolescentes con intento de autoeliminación - *Mara Jos Morales*

### 4. CONVERSACIONES

¿Qué podemos aprender de la violencia política y social de Chile? Conversación con Lorena Biazon - *Luis Correa, por la Comisión de Publicaciones de la AUDEPP*

### 5. RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Huellas del menosprecio. Adolescentes privados de libertad y desarrollo humano (de Santiago Abadie Vicens) - *Martín Níez*

Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia (de Ricardo Rodolfo) - *Adriana Anfusso*

